

GÉNERO Y JUVENTUD



*LOS IMAGINARIOS SOCIALES
QUE CONSTRUYEN SOBRE LAS
MUJERES DIFERENTES
JÓVENES*

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA (UNLP)

FACULTAD DE PERIODISMO Y COMUNICACIÓN SOCIAL

TESIS DE GRADO DE LA LICENCIATURA EN

COMUNICACION SOCIAL ORIENTACIÓN PERIODISMO

**“GÉNERO Y JUVENTUD: LOS IMAGINARIOS SOCIALES QUE
CONSTRUYEN SOBRE LAS MUJERES DIFERENTES JÓVENES.”**

AUTORES: LEANDRO MERLI. LEGAJO 13235/2

DOMICILIO: 68 N° 1239

TELEFONO: 4519869

MAIL: leandromerli_6@hotmail.com

MELISA KATOK. LEGAJO 13596/7

DOMICILIO: 40 N° 1035

TELEFONO: 4243890

MAIL: melikatok@hotmail.com

**SEDE DE LA FACULTAD EN QUE SE CURSO: EDIFICIO
MIGUEL BRU**

DIRECTORA: FLORENCIA SAINTOUT

PROGRAMA DE INVESTIGACIÓN: “COMUNICACIÓN, PRÁCTICAS SOCIOCULTURALES Y SUBJETIVIDAD”

RESUMEN DE LA TESIS: EN ESTA INVESTIGACIÓN NOS PROPUSIMOS INVESTIGAR LOS IMAGINARIOS SOCIALES QUE CONSTRUYEN LOS JÓVENES DE LA PLATA CON DIFERENTES VOLÚMENES DE CAPITAL SIMBÓLICO SOBRE LAS MUJERES. PARA ELLO REALIZAMOS ENTREVISTAS EN PROFUNDIDAD A JÓVENES DE AMBOS GÉNEROS DE ENTRE 18 Y 30 AÑOS, COMPARÁNDOLAS Y LUEGO INTERPRETANDO DICHOS DISCURSOS A LA LUZ DEL MARCO TEÓRICO RECOPIADO. TOMAMOS COMO EJES DE ANÁLISIS LAS CATEGORÍAS FAMILIA/HOGAR, SEXUALIDAD/PAREJA Y TRABAJO, YA QUE ENTENDÍAMOS QUE ESTAS ERAN LAS ÁREAS EN LAS QUE SE VEÍAN CON MAYOR CLARIDAD LOS IMAGINARIOS QUE SE CREAN SOBRE LAS MUJERES.

NUESTRO OBJETIVO PRINCIPAL FUE OBSERVAR SI LOS DISCURSOS HISTÓRICOS HEGEMÓNICOS SOBRE LAS MUJERES SEGUÍAN VIGENTES EN LA ACTUALIDAD O SI HABÍAN SURGIDO DISCURSOS IMPUGNADORES.

PARA ELLO PARTIMOS DESDE EL CONCEPTO ELABORADO POR SIMONE DE BEAUVOIR QUE “MUJER SE HACE, NO SE NACE”, ES DECIR, QUE ES UNA CONSTRUCCIÓN CULTURAL, DEFINIDA DE ACUERDO A LAS REPRESENTACIONES SOCIALES QUE CIRCULAN EN LA SOCIEDAD.

**PALABRAS CLAVES: MUJER, GÉNERO, IMAGINARIO SOCIAL,
JUVENTUD Y DISCURSOS HISTÓRICOS/HEGEMÓNICOS,
CONSTRUCCIÓN CULTURAL, PODER.**

MARZO DE 2009

INDICE

INTRODUCCIÓN	7
 CAPITULO I	10
Marco Teórico	
 CAPITULO II.....	21
Las áreas de la lucha simbólica	
 CAPITULO III.....	40
La realidad de las mujeres en números	
 CAPÍTULO IV.....	42
“Mujer se hace, no se nace”	
 CAPITULO V.....	48
Las voces del poder	
 CAPITULO VI.....	57
Herramientas metodológicas	
 CAPÍTULO VII.....	62
Discursos históricos hegemónicos	
 CAPITULO VIII.....	65
Descripción de los grupos por sector	

CAPITULO IX.....	76
Interpretación de las entrevistas	
CONCLUSIONES.....	96
BIBLIOGRAFÍA.....	98
ANEXO I.....	101
ANEXO II.....	131

INTRODUCCIÓN

En este trabajo nos propusimos conocer y analizar cuáles son los imaginarios sociales que construyen sobre las mujeres, con relación al trabajo, al sexo/pareja y a la familia/hogar, los diferentes jóvenes que habitan la ciudad de La Plata; además pretendimos observar si esos imaginarios coinciden o se contraponen con los discursos históricos/hegemónicos. Para ello buscamos examinar si existen diferencias entre los géneros y, a su vez, entre los jóvenes con diferentes volúmenes y estructuras de capital simbólico¹ en los imaginarios sociales que construyen sobre las mujeres.

Decidimos llevar adelante esta investigación porque como comunicadores sociales y jóvenes consideramos, a partir de las conversaciones cotidianas que tenemos con otras personas de nuestra edad, que se siguen manteniendo, en gran medida, los imaginarios sociales que tenían sobre las mujeres las generaciones precedentes. Este hecho nos preocupa porque significa una ausencia de progreso respecto al logro de la igualdad de género, a pesar de que se observan mejoras en la situación concreta de las mujeres actuales.

Más alarmante nos resulta que las mismas mujeres sean las que mantengan en sus discursos y prácticas cotidianas esos estereotipos históricos/hegemónicos, ya que son las principales perjudicadas de esta forma de organización social y cultural. Aunque no las únicas, porque esta situación tiene consecuencias negativas también para los hombres. Coincidimos con Rita Segato en que el tema no debe salir de las manos exclusivas de las mujeres, el sexismo debe ser reconocido como un problema de los hombres, cuya humanidad se deteriora y se degrada al ser presionados por la moral tradicional y por el régimen de estatus a reconducir todos los días, por la fuerza o por la maña, a su posición de dominación. (Segato, 2003; 146)

¹ Como explica Pierre Bourdieu, “El capital simbólico es una propiedad cualquiera, fuerza física, valor guerrero, que, percibida por unos agentes sociales dotados de las categorías de percepción y de valoración que permiten percibirla, conocerla y reconocerla, se vuelve simbólicamente eficiente, como una verdadera fuerza mágica: una propiedad que, porque responde a unas “expectativas colectivas”, socialmente constituidas, a unas creencias, ejerce una especie de acción a distancia, sin contacto físico.” El capital simbólico sólo en la medida que es percibido por los otros como un valor. Es decir, que se basa en un consenso social sobre el valor que se le da a determinada práctica, objeto, acción o demás. De tal manera que, para que algo sea percibido como “algo de valor”, se generan toda una serie de acciones cuya función es la construcción de la creencia que reconozca a ese “algo” como “valioso”.

Además, pensamos que es importante analizar los imaginarios sociales que tienen los diferentes jóvenes de La Plata sobre las mujeres porque deberían ser ellos los sujetos que impulsen los cambios en cuanto a los significados que se construyen en la sociedad, y porque justamente esos discursos son los que tomarán las generaciones venideras.

Al igual que Julieta Greco, consideramos que “los discursos son parte configurativa de la cultura, al ser ellos prácticas constituyentes de situaciones, objetos de conocimiento, identidades sociales y relaciones entre personas y grupos de personas, capaces tanto de mantener y reproducir el statu quo como de transformarlo”. (Greco, 2005; 5)

A su vez, verificamos, a través de la realización del Estado del arte, que existe escaso material que trabaje el imaginario social o las representaciones que producen los jóvenes sobre el género, por ello reflexionamos que es fundamental comenzar a trabajar dicha temática y crear un antecedente para futuras investigaciones. Justamente, Rossana Reguillo en su libro “Emergencia de culturas juveniles”, menciona que el género con relación a la juventud es una cuenta pendiente.

“Si las culturas juveniles han hecho su entrada al universo de los estudios socioculturales, sólo hasta hace pocos años, los y las jóvenes, como diferenciación genérica, es decir necesariamente relacional, representan, salvo excepciones, una incógnita por despejar.” (Reguillo, 2000; 90)

También, expresa que se debe investigar si los y las jóvenes en el comienzo de un nuevo siglo, han sido capaces de generar una crítica a los presupuestos tácitos en relación con una bio-política que ha logrado “naturalizar” la superioridad y el dominio masculino.

Para llevar a cabo esta investigación, en primer lugar, tuvimos que rastrear los discursos históricos hegemónicos que existían sobre el rol de la mujer con relación a los tres ejes a analizar. Así constatamos que, a lo largo de la historia, se han construido ciertos sentidos hegemónicos sobre la forma en que se definía a los géneros: El hombre ocupaba el lugar de máximo poder, ante una mujer que permanecía subordinada. En la actualidad, los imaginarios sociales que crean los jóvenes han ido modificándose, y ya no existe una sola visión que la mayoría comparte, sino que esto varía de acuerdo a la realidad sociocultural de cada sujeto.

En segundo lugar, construimos nuestro marco teórico tomando como principales conceptos el género, entendido como construcción social y cultural definida a lo largo de la historia; la juventud, vista como una concepción históricamente construida y determinada, cuya caracterización depende de diferentes variables: la diferenciación social, el género y la generación; y el imaginario o representación social, el cual consideramos que se refiere a aquellas representaciones que producen sobre la realidad los miembros de una sociedad.

A la hora de realizar este trabajo tuvimos en claro, en primer lugar, que los distintos roles que se le asignan a las mujeres por naturaleza no son tales. A través de los diversos procesos de socialización a los que estamos sujetos, tanto hombres como mujeres desde que nacemos, vamos interiorizando nuestro rol de género, volviéndolo parte de nuestra visión del mundo y de la vida. El sexo, hecho biológico, se convierte en género en la medida en que las diferencias sexuales son significadas por la sociedad.

Por lo tanto el concepto de mujer es una construcción social, tal como expresa Greco:

“Es un modelo para armar cuyos atributos son sugeridos por distintos aparatos sociales y que suelen ser asimilados por el sujeto de la dominación como normas de conducta y presiones sociales que acarrearán un conflicto con la sociedad en caso de no ser cumplidas. Estas normas y características configuran lo que en una sociedad y en un momento dado se entiende como "femeneidad", la cual históricamente ha sido elaborada en oposición a los caracteres otorgados a la "masculinidad". (Greco, 2005;6)

Para conocer las interpretaciones de los jóvenes se realizaron entrevistas en profundidad a personas de entre 18 y 30 años con diferentes volúmenes y estructuras de capital.

Por lo dicho podemos afirmar que nuestra investigación se enmarca dentro del área temática “Comunicación, prácticas socioculturales y subjetividad”, porque entendemos que la comunicación no sólo se produce en los medios masivos, sino también en la cotidianeidad, en las conversaciones cara a cara.

Además, consideramos que en la sociedad constantemente circulan y se enfrentan diferentes discursos que luchan por hacer prevalecer un sentido. Asimismo, coincidimos con los objetivos del programa en cuanto la importancia de desnaturalizar significados dominantes y abordar la comunicación y la cultura como una relación en la que ambos conceptos no pueden entenderse el uno sin el otro.

PRIMER CAPÍTULO

MARCO TEÓRICO

Género

Desde nuestra perspectiva de análisis creemos que el concepto de género se refiere a una construcción social y cultural definida a lo largo de la historia. Está definida por las representaciones que construyen las diferentes generaciones y culturas. Por lo tanto, no es una definición natural.

En este sentido, Mabel Burin sostiene que: “los modos de pensar, sentir, comportarse de ambos géneros, más que tener una base natural e invariable, se deben a construcciones sociales que aluden a características culturales y psicológicas asignadas de manera diferenciada a hombres y mujeres. Por medio de tal asignación, a través de los recursos de la socialización temprana, unas y otros incorporan ciertas pautas de configuración psíquica y social que hacen posible la feminidad y la masculinidad. Desde este criterio, el género se define como la red de creencias, rasgos de personalidad, actitudes, sentimientos, valores, conductas y actividades que diferencian a mujeres y varones”. (Charles, 2002)

Mario Margulis agrega a esto, “que los roles más tradicionales (ser madre y ama de casa) son atribuidos a la mujer tanto por los varones como por ellas mismas. Como afirma Evangelina Dorola, se ejerce una “violencia invisible entendida como naturalización de los roles asignados a las mujeres. La misma atraviesa verticalmente la estructura social y permanece reproducida o profundizada”. (Margulis, 2003; 276)

Esta naturalización de los roles lleva a que el hombre sea visto como el encargado de la autoridad. Por lo tanto, Graciela Di Marco siguiendo a Joan Scott (1986), considera las relaciones de género como campo primario de articulación del poder. Por lo tanto, expresa que un tema central en las relaciones entre varones y mujeres es la posibilidad desigual de ser considerado/a como autoridad. “Generalmente este lugar le es otorgado al varón, mientras que las mujeres suelen ejercer poder sin ser reconocidas como autoridad. Estas diferencias en la asignación de la autoridad remiten a un sistema de género que establece una relación jerárquica entre hombres y mujeres, ordenamiento apoyado en discursos que lo legitiman y naturalizan. El concepto de

patriarcado –forma de autoridad basada en el hombre/padre como cabeza de familia, con la mujer y los hijos subordinados a su autoridad– resume las relaciones de género como asimétricas y jerárquicas.” (Di Marco, 2005)

Uno de los autores que retoma la noción de Patriarcado es Eisenstein: (...) “Es la organización jerárquica masculina de la sociedad y, aunque su base legal institucional aparecida de manera mucho más explícita en el pasado, las relaciones básicas de poder han permanecido intactas hasta nuestros días. El sistema patriarcal se mantiene, a través del matrimonio y la familia, mediante la división sexual del trabajo y de la sociedad. El patriarcado tiene sus raíces en la biología más que en la economía o la historia. Las raíces del patriarcado se encuentran ya manifiestas a través de la fuerza y el control masculino en los propios roles reproductivos de las mujeres. La definición de la mujer en esta estructura de poder no se define en términos de la estructura económica de clase, sino en términos de la organización patriarcal de la sociedad.” (Eisenstein, 1984; 45)

Todo esto lleva a concluir en que a la historia de la mujer la creó el hombre, y por ello le dio un papel inferior, subordinado al de él. A partir de esto es que Simone de Beauvoir afirma que:

“ella no es otra cosa que lo que el hombre decida que sea; así se la denomina “el sexo”, queriendo decir con ello que a los ojos del macho aparece esencialmente como un ser sexuado: para él, ella es sexo. (...)La mujer se determina y se diferencia con relación al hombre, y no éste con relación a ella; la mujer es lo inesencial frente a lo esencial. Él es el Sujeto, él es lo Absoluto; ella es lo Otro”. (De Beauvoir, 1972; 18)

Imaginario social

Otra herramienta teórica para el abordaje es el imaginario social. En primer lugar, queremos aclarar que tomaremos como sinónimo de este concepto al de “representaciones sociales” o percepciones sociales. Estas constituyen sistemas de referencia que permiten a los actores interpretar y dar sentido al mundo; son categorías que les permiten organizar, clasificar información, acontecimientos, fenómenos, sujetos. Son construcciones cognoscitivas que orientan las prácticas de los actores.

Por su parte, Ana María Fernández expresa que las significaciones instituidas ayudan a mantener unida a la sociedad y, que a su vez, produce individuos, y estos mismos están en condición de reproducir a la sociedad. “Estas significaciones son imaginarias

porque están dadas por creación, es decir, no corresponden a elementos estrictamente reales, y son sociales porque sólo existen, siendo objeto de participación de un ente colectivo.” (Fernández, 1993; 242)

También resulta de importancia para nuestra investigación el hecho de que la autora mencione que lo histórico social no crea de una vez y para siempre significaciones imaginarias, sino que pueden aparecer nuevos organizadores de sentido, por lo que se puede lograr que se termine con la desigualdad de género y los estereotipos. Estos serían los imaginarios sociales radicales, aquellos deseos que no se anudan al poder. Por ello, es que en nuestra investigación queremos observar los nuevos imaginarios que producen los jóvenes, cómo lo hacen y si se diferencian de los discursos históricos hegemónicos.

Esta misma autora explica que el imaginario social es inseparable del problema del poder, porque los dispositivos de poder necesitan (además de sistemas de legitimación y reglas de justificación) mitos, rituales que hablen a las pasiones y disciplinen a los cuerpos. Actúa como régimen de verdad y asegura la presencia del poder aún cuando la fuerza está ausente. A partir de esto, podemos ver cómo la subordinación de la mujer con el hombre se mantiene aunque se deje de lado el uso de la fuerza.

Bourdieu y la teoría del habitus

Resultó fundamental para la realización de esta investigación el concepto de habitus de Pierre Bourdieu. Éste propone concebir a la realidad social como un proceso dinámico de estructuración formadora de la práctica, y no como mera contingencia de la acción o exclusiva objetividad de la estructura. Las estructuras, así entendidas, actúan en tanto condición de la acción pero al mismo tiempo son el resultado de esta acción. Las estructuras no son entonces externas a los individuos.

Así entenderá Bourdieu las percepciones del mundo y de las prácticas desde la noción de habitus. El habitus, generado por las estructuras objetivas, genera a su vez sistemas de prácticas y representaciones, dando a la conducta esquemas básicos de percepción y de acción, modos de experimentar y clasificar lo real. Se puede concebir al habitus desde su “capacidad infinita de engendrar en total libertad/controlada productos –pensamientos, percepciones, expresiones, acciones- que tienen siempre como límites de su producción, histórica y socialmente situadas; la libertad

condicionada y condicional que asegura está tan alejada de una creación de imprevisible novedad como de una simple reproducción mecánica de los condicionamientos iniciales

Las representaciones que tienen los actores del mundo y sus acciones en él están marcadas entonces desde sus estar dotados de determinados habitus, configurados de acuerdo al lugar histórico que ocupan dentro del espacio social, dado a su vez por un volumen y una estructura de capital particular que permite hablar de trayectorias posibles. A partir de esto, se puede entender por qué los jóvenes de diferentes realidades socioculturales crean diferentes representaciones sociales sobre la mujer.

Cabe aclarar que las prácticas y percepciones no son exclusivamente la ejecución del habitus: son producto de la relación dialéctica entre una situación y un habitus. En las prácticas y percepciones del mundo se hacen actos las disposiciones del habitus, y si bien los agentes tienden a reproducir las condiciones que engendraron sus habitus, en circunstancias nuevas, estas disposiciones pueden ser transformadas. Así, las dimensiones estructurales de la vida social se recrean.

El proceso de internalización

Creemos que los imaginarios sociales o representaciones que crean los sujetos se producen, en parte, por el proceso de internalización. Como explican Berger y Luckmann, la internalización constituye la base, primero, para la comprensión de los propios semejantes y, segundo, para la aprehensión del mundo en cuanto realidad significativa y social. (Berger y Luckmann, 1997; 165) Vale aclarar que sólo tomaremos este concepto de dichos autores y no toda su teoría.

“Esta aprehensión no resulta de las creaciones autónomas de significado por individuos aislados, sino que comienza cuando el individuo “asume” el mundo en el que ya viven otros. Por cierto que el “asumir” es de por sí, en cierto sentido, un proceso original para todo organismo humano, y el mundo, una vez “asumido”, puede ser creativamente modificado o (menos probablemente) hasta ser recreado. Sea como fuere, en la forma compleja de la internalización, yo no solo “comprendo” los procesos subjetivos momentáneos del otro: “comprendo” el mundo en el que vive, y ese mundo se vuelve mío.” (Idem)

Berger y Luckmann explican que la socialización primaria es la primera por la que el individuo atraviesa en la niñez y es la que lo convierte en miembro de la sociedad. Los otros significantes, que mediatizan el mundo para el niño, lo modifican en el curso de esa mediatización. Seleccionan aspectos del mundo según la situación que ocupan dentro de la estructura social y también en virtud de sus idiosincrasias individuales. (Berger y Luckmann, 1997; 166)

“Como el niño no interviene en la elección de sus otros significantes, se identifica con ellos casi automáticamente. (...) lo internaliza como el mundo, el único que existe y que se puede concebir.” (Berger y Luckmann, 1997; 171)

Juventud

El antropólogo Carles Feixa ofrece, en su libro dedicado al estudio de las llamadas “tribus urbanas”, una definición clara y concisa de este concepto, definiendo a la juventud como “la fase de la vida individual comprendida entre la pubertad fisiológica (una condición “natural”) y el reconocimiento del estatus adulto (una condición “cultural”)”. (Feixa, 2006; 26).

Según esta definición, la juventud sería “una condición universal, una fase del desarrollo humano que se encontraría en todas las sociedades y momentos históricos” (Feixa, 2006; 26).

Sin embargo, desde una perspectiva antropológica, la juventud aparece como una “construcción cultural” relativa en el tiempo y en el espacio. Así, “cada sociedad organiza la transición de la infancia a la vida adulta, aunque las formas y contenidos de esta transición son enormemente variables. Aunque este proceso tiene una base biológica, lo importante es la percepción social de estos cambios y sus repercusiones para la comunidad: no en todos los sitios significa lo mismo que a las muchachas les crezcan los pechos y a los muchachos el bigote”. (Feixa, 2006; 28).

Siguiendo esta línea de pensamiento, Feixa afirma que “para que exista la juventud, deben existir, por una parte, una serie de condiciones sociales (es decir, normas, comportamientos e instituciones que distingan a los jóvenes de otros grupos de edad) y, por otra parte, una serie de imágenes culturales (es decir, valores, atributos y ritos asociados específicamente a los jóvenes). Tanto unas como otras dependen de la estructura social en su conjunto, es decir, de las formas de subsistencia, las

instituciones políticas y las cosmovisiones ideológicas que predominan en cada tipo de sociedad”. (Feixa, 2006; 28).

De esta manera, el autor llega a definir históricamente la existencia de cinco grandes modelos de juventud, que corresponden, cada uno, a un tipo distinto de sociedad: “los “púberes” de las sociedades primitivas sin Estado; los “efebos” de los Estados antiguos; los “mozos” de las sociedades campesinas preindustriales; los “muchachos” de la primera industrialización; y los “jóvenes” de las modernas sociedades postindustriales”. (Feixa, 2006; 28).

De todos modos explica el antropólogo que cada uno de estos tipos, deben combinarse con otras estratificaciones internas (como las geográficas, históricas, étnicas, sociales y de género). Y agrega que “estas últimas distinciones –las de género– merecen una atención particular, pues acceder a la vida adulta nunca ha significado lo mismo para los hombres, para las mujeres, y para los que se adscriben a un “tercer sexo”. De hecho, la transición juvenil es esencialmente un proceso de identificación con un determinado género, aunque a menudo se haya confundido con un proceso de emancipación familiar, económica e ideológica que históricamente ha sido privilegio casi exclusivo de los varones” (...). Y dice que ese hecho es lo que “explica por qué, hasta fechas muy recientes, las imágenes sociales predominantes de la juventud se hayan asociado inconscientemente a las de la juventud masculina”. (Feixa, 2006; 28 y 29).

Después de definir y contextualizar cada uno de los modelos de jóvenes de la historia, el autor llega a la conclusión de que es en el momento de la sociedad industrial, cuando se difunden las condiciones sociales y las imágenes culturales que actualmente asociamos con la juventud, asociado en esa época con el concepto de “muchachos”. Y agrega que “sin duda, la Revolución Industrial tuvo mucho que ver con todo ello”. (Feixa, 2006; 45).

Así, afirma que ha sido Rousseau el inventor del joven, en 1762. “En el Emilio, el filósofo describe la adolescencia como una especie de segundo nacimiento, una metamorfosis interior, el estadio de la existencia en el cual se despierta el sentido social, la emotividad y la conciencia. Frente al perverso y despiadado mundo adulto, el autor opone el corazón, la naturaleza, la amistad y el amor, representados por la adolescencia. Su insistencia en el carácter natural de esta fase de la vida, la inevitabilidad de su crisis, la necesidad de segregar a los jóvenes del mundo de los

adultos, tendría gran influencia en las teorías posteriores de psicólogos y pedagogos”. (Feixa, 2006; 45).

De ese modo, concluye en el hecho de que como condición social difundida entre las diversas clases sociales, y como imagen cultural nítidamente diferenciada, la juventud no apareció masivamente en el escenario público hasta el lindar del siglo xx”. (Feixa, 2006; 45).

Durante la primera mitad del siglo xx, este concepto (que hasta entonces se había limitado en gran medida a los varones de la burguesía) se democratiza: “los rasgos de la adolescencia se extienden progresivamente a las muchachas, a los obreros, a las zonas rurales y a los países no occidentales. En esta época la escuela secundaria se universaliza, los jóvenes son expulsados del mercado laboral, y surgen las primeras asociaciones juveniles modernas dedicadas al tiempo libre”. (...) “También proliferan las teorías psicológicas y sociológicas sobre la inestabilidad y vulnerabilidad de la adolescencia”. (...) “Todas ellas sirven para justificar la separación de los jóvenes del mundo adulto. Aparece también una legislación especial, que con el argumento de proteger a la juventud estaba de hecho recortando su independencia”. (Feixa, 2006; 49).

Siguiendo a Feixa, luego, en la segunda mitad del siglo xx, se da la irrupción de la juventud, ya no como sujeto pasivo, sino como actor protagonista en la escena pública. A lo largo de los años sesenta, se producen una serie de cambios que modificarían profundamente las condiciones sociales y las imágenes culturales de los jóvenes.

El autor nombra cinco factores de cambio: uno es la emergencia del Estado de bienestar. “En un contexto económico de plena ocupación y creciente capacidad adquisitiva, los jóvenes se convierten en uno de los sectores más beneficiados por las políticas del bienestar, ansiosas de mostrar sus éxitos en las nuevas generaciones”. (Feixa, 2006; 53).

En segundo lugar, la crisis de autoridad, que conllevó una ampliación de las esferas de libertad juvenil. Tercero, el nacimiento del teenage market que ofreció por primera vez un espacio de consumo específicamente destinado a los jóvenes. En cuarto lugar, la emergencia de los medios de comunicación de masas, que permitió la creación de una verdadera cultura juvenil internacional-popular, que iba articulando un lenguaje universal a través de los mass media. Y por último, el proceso de modernización de los usos y costumbres supuso una erosión de la moral puritana, dominante desde los

orígenes del capitalismo, siendo sustituida por una moral consumista más laxa y menos monolítica. “Uno de sus resultados fue la llamada “revolución sexual”, posibilitada sobre todo por la difusión de los anticonceptivos, que por primera vez en la historia separó la genitalidad de la procreación, abriendo el camino a relaciones amorosas más libres y paritarias (Reich, 1978)”. (Feixa, 2006; 53 y 54).

Pero en los años setenta, esta imagen de la juventud comenzó a cambiar, y volvería a estar marcada por el conformismo social, la desmovilización política y el puritanismo. “Se trataba de cambios que afectaban, fundamentalmente, al final de la juventud, cuyas fronteras eran cada vez menos claras: el alargamiento de la dependencia familiar, la ampliación de las formas de cohabitación previas al matrimonio, los largos y discontinuos procesos de inserción laboral, el retraso de la primera paternidad, la pervivencia de las actividades de ocio en edades maduras, etc., son factores que marcan un postergamiento de la juventud”. (Feixa, 2006; 55).

Según el autor, en los noventa se produce la aparición de una nueva juventud, la llamada: “generación x”, cuya característica fundamental es la influencia de las nuevas tecnologías de la comunicación.

Luego, habla sobre la juventud en la era digital, período del que afirma que “por primera vez en la historia, los hijos son más expertos que sus padres en relación con una innovación central para la sociedad. Gracias a los medios digitales, la Generación de la Red desarrollará e impondrá su cultura al resto de la sociedad (Tapscott, 1998: 1-2)”. (Feixa, 2006; 56).

Afirma que estos nuevos adolescentes “han estado programados para utilizar todas las potencialidades de las nuevas tecnologías, y por eso son los mejor preparados para adaptarse a los cambios, para afrontar el futuro sin los prejuicios de sus progenitores”. (Feixa, 2006; 58).

Por último, Feixa propone bautizar a los jóvenes el presente siglo, el XXI, como la “generación @”. Y agrega que “el término pretende expresar tres tendencias de cambio que intervienen en este proceso: en primer lugar, el acceso universal –aunque no necesariamente general- a las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación; en segundo lugar, la erosión de las fronteras tradicionales entre los sexos y los géneros; y en tercer lugar, el proceso de globalización cultural que conlleva necesariamente nuevas formas de exclusión social a escala planetaria.” (Feixa, 2006; 58 y 59).

Afirma de estos jóvenes actuales que “siguen en casa de sus padres pasados los 30, se incorporan al trabajo a ritmos discontinuos, están obligados a reciclarse toda la vida, retrasan la edad de la fecundidad, e inventan nuevas culturas juveniles que empiezan a ser transgeneracionales”. (Feixa, 2006; 59)

Nosotros, por nuestra parte, creemos que actualmente no existe un solo modelo de juventud, sino varios y diferentes, de acuerdo a características económicas, sociales y culturales. Como explica Mario Margulis (..) “en la sociedad contemporánea, la noción de juventud resiste a ser conceptualizada partiendo únicamente de la edad, a ser reducida a mera categoría estadística. De hecho, no hay “juventud”, sino juventudes. Se trata de una concepción históricamente construida y determinada, cuya caracterización depende de diferentes variables: la diferenciación social, el género y la generación son las más notorias.” (Margulis, Urresti, Lewin y otros, 2007; 14).

Además, tal como menciona Barbero, creemos que los imaginarios sociales que crean los jóvenes representan anuncios y expresiones de los cambios sociales y culturales (Barbero, 1998). De aquí se justifica el por qué de los jóvenes como nuestro objeto de estudio, ya que vemos que en relación a la realidad de los géneros no se están produciendo los cambios que deberían darse, como si se dan en relación a otros temas.

Con relación a esto, es interesante tomar el concepto de Rossana Reguillo que sostiene que las representaciones y prácticas juveniles debieran ser leídas como “metáforas del cambio social”. “Aceptar este planteamiento permitiría romper con ciertas lecturas lineales que sólo atienden a las actitudes contestatarias o impugnadoras de los jóvenes, y privilegiar un acercamiento en términos de cambio social, es decir, “hacer hablar” al conjunto de elementos que entre los jóvenes apuntan a “nuevas” concepciones de la política, de lo social, de la cultura, en lo general; y, en lo particular, a los modos de relación con el propio cuerpo, con los elementos mágico-religiosos, con las instituciones. Porque el análisis de estas dimensiones revela las formas y contenidos que puede ir asumiendo la sociedad.” (Reguillo, 2000; 64)

En este sentido, Mario Margulis, sostiene que “la juventud se erige en vanguardia portadora de transformaciones (notorias o imperceptibles) en los códigos de la cultura, e incorpora con naturalidad los cambios en las costumbres y en las significaciones que fueron objeto de pugnas y controversias en la generación anterior”. (Margulis, 2003; 14)

A su vez, Rossana Reguillo retoma el concepto propuesto por Mary Louise Pratt: “zona de contacto”, en sus estudios sobre las formas de relación y representación entre las metrópolis colonizadoras y las “periferias”. Reguillo expresa que Pratt pone de relieve “que los sujetos se constituyen en y por sus relaciones mutuas”, lo que permite a la autora trascender en su análisis la dicotomía entre dominantes-dominados y mirar las relaciones en términos de “copresencia, de interacción, de una trabazón de comprensión y prácticas, muchas veces dentro de relaciones de poder radicalmente asimétricas”. Luego, Reguillo agrega que “Asumir este enfoque, que afortunadamente empieza a ser una perspectiva compartida por muchos estudiosos de las culturas juveniles, implica entender que los jóvenes no están “fuera” de lo social, que sus formas de adscripción identitaria, sus representaciones, sus anhelos, sus sueños, sus cuerpos, se construyen y se configuran en el “contacto” con una sociedad de la que también forman parte.” (Reguillo, 2000; 144)

Actualmente, observamos que la duración de la juventud se ha extendido por cuestiones socioeconómicas. Se produce una postergación de la adultez cada vez más evidente debido a algunos factores: mayor tiempo de ocio, la escolarización masiva y la moda. Por ello, analizaremos como jóvenes a las personas de 18 a 30 años.

Además, vemos en esta generación de jóvenes una mayor incertidumbre y vulnerabilidad ante la realidad social que les toca vivir. Es de suma valía lo que manifiesta Silvia Bleichmar en cuanto a que cuando se define juventud se alude inevitablemente a la posibilidad de goce y futuro. Pero la pregunta que realiza es: “¿Cuánto de juventud atraviesa esta etapa de quienes hoy tienen en la Argentina la edad que supone su ejercicio, su apropiación, su disfrute?” (Bleichmar, 2002, pág. 40)

Por ello, se responde a sí misma que reducidos a la inmediatez de la búsqueda de trabajo, o inmersos en una vida universitaria cada vez más costosa nada garantiza que el tiempo permita el devenir de algo que culmine o dé curso a una perspectiva de avance.

Esta situación lleva a que muchos jóvenes se sitúen entre la conservación de lo insatisfactorio y el temor a perderlo porque no vislumbran que puedan obtener algo de mayor envergadura en el futuro.

“Hoy llegó la hora de la liquidación de la juventud: contratos laborales que llegan a su renovación mensual; ausencia de perspectivas post-universitarias para quienes aún

estudian; jornadas de 14 y 15 horas de trabajo que no dejan margen ni para el café con los amigos ni para la vida cultural o social.” (Idem)

Carles Feixa, por su parte, relaciona un rasgo visible en la juventud actual (la de la crisis de autoridad) con un concepto de Gramsci: el de hegemonía. “Entendida como la capacidad de dirección ético-política ejercida más a través del consenso y del control ideológico que del uso de la fuerza, la hegemonía guarda gran relación con la cuestión juvenil: por una parte, la educación de las nuevas generaciones es fundamental en la reproducción de una obra hegemónica (y también en la articulación de proyectos contrahegemónicos); por otra parte, los jóvenes juegan un papel relevante como paradigmas de las “crisis de autoridad”, que en realidad ponen de manifiesto “crisis de hegemonía”” (Feixa, 2006; 74).

“La crisis consiste en el hecho de que lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer”. (...) “Son situaciones que anuncian “posibilidad (y necesidad) de formación de una nueva cultura” (Gramsci, 1975:312). Una nueva cultura que presupone un nuevo campo de fuerzas en el ejercicio de la hegemonía. Es probable que este carácter innovador sea una de las características diferenciales de las cultura juveniles: mientras las culturas populares se han distinguido históricamente por su “rebeldía en defensa de la tradición”, las culturas juveniles han aparecido, desde la segunda guerra mundial, como “rebeles en defensa de la innovación”, y han permeado la creación de nuevas formas culturales que responden de diversa maneras a las condiciones cambiantes de la vida urbana”. (Feixa, 2006; 75).

SEGUNDO CAPÍTULO

LAS ÁREAS DE LA LUCHA SIMBÓLICA

Nuestro análisis de los discursos de los jóvenes, obtenidos a partir de las entrevistas, se centró en los imaginarios sociales sobre las mujeres que esos actores poseen respecto a tres ejes temáticos que guiarán nuestro trabajo: Familia/hogar; Sexualidad/pareja y Trabajo. Estas grandes temáticas funcionan como principio de orden de los discursos de la juventud y, aunque no permitan abarcar la totalidad de los aspectos relacionados a los discursos sobre el género, sí alcanzan gran parte de los ámbitos en los que más se visualiza el peso de los discursos históricos-hegemónicos que hablan sobre la mujer, atribuyéndole roles y características particulares.

Además, tal como plantea Julieta Greco, *“dichas esferas han sido claves dentro de la construcción de discursos de género y de relaciones dispares de poder entre hombres y mujeres, por lo cual su análisis permitirá ver qué posicionamiento adoptan”* (en nuestro caso, los jóvenes) *“ante los discursos dominantes que significan la relación de la mujer respecto a esas áreas”*. (Greco, 2005; 46)

A partir de la bibliografía seleccionada, pudimos observar que en estos tres ámbitos, las transformaciones no se dan linealmente, de manera absoluta, sino que lo nuevo y lo viejo negocian y se entremezclan.

Es por eso que en este capítulo, nos dedicaremos a tratar de definir esos ejes temáticos, poniéndolos en vinculación con la temática de nuestro trabajo (es decir, los imaginarios sociales sobre las mujeres).

II.1 Hogar/familia:

El modelo de familia fue variando a lo largo del tiempo. Tanto el rol asignado a la mujer como el del hombre han sufrido diferentes transformaciones, que pueden ser vistas como avances en cuanto a su contribución para lograr la igualdad entre los géneros.

“Antes de la revolución sexual de los 60 predominaba un modelo clásico, monogámico de familia, en el cual existían expectativas y roles diferenciados para la

mujer, responsable de la organización doméstica y de las tareas reproductivas: gestar y tener hijos, encargada de lo que Jelin llama la reproducción cotidiana, es decir, de las tareas que permitan el mantenimiento y la subsistencia de los miembros de la familia y de la reproducción social, o sea, de las tareas dirigidas al mantenimiento de un orden social a través de la educación y socialización temprana de los hijos, la transmisión de valores y patrones de conducta.” (Margulis, Urresti, Lewin y otros, 2007; 178).

Hasta ese momento, la familia funcionaba como la principal institución patriarcal clave generadora de relaciones autoritarias y desiguales, basadas en las diferencias de edad y género.

A su vez, Anderson y Zinsser expresan que a lo largo de la historia la mujer se identifica primero como hija de su padre, mujer de su marido y madre de su hijo. *“La mayoría de las mujeres han vivido como miembros de una familia dominada por los varones.”* (Anderson y Zinsser, 1991; 14)

“Pero a mediados de la década del 60, en los 70 hasta la actualidad, esta naturalización de la familia “normal”, comienza a cambiar. Para la década del 60, la llamada revolución sexual tuvo consecuencias sobre el modelo de familia. Entre las más importantes figura el cuestionamiento a la regulación de la sexualidad a través de roles fijos entre hombre/mujer, donde ésta queda supeditada al poder del varón que tiene el patrimonio del goce. Lo que se discute es la confinación de la sexualidad a la reproducción, y el patrimonio del goce sexual adjudicado al mundo masculino”. (Saintout, 2006; 69)

Actualmente, en la Argentina, a partir del deterioro económico que comenzó durante la dictadura militar de 1976 y que se fue prolongando hasta nuestros días, las mujeres se vieron obligadas a hacerse cargo de la economía familiar como productoras, lo que llevó a que la autoridad anclada en la figura paterna sea fuertemente cuestionada.²

También, como afirma Mario Margulis cada vez más las mujeres deciden ser madres solteras. Hoy parecería que no es más necesaria la presencia de un hombre para que una mujer se piense teniendo hijos y criándolos. Esto conduce a meditar la idea de que la autoridad masculina está en baja. (Margulis, 2003; 85)

² El crecimiento de las jefaturas femeninas no ha cesado en los últimos treinta años. En 1980 representaban el 19 por ciento del total de las jefaturas. En 2001 ya eran el 27,7 por ciento de ellas. Hoy supera el 33 por ciento. (Dato estadístico extraído de <http://www.clarin.com/diario/2007/06/16/sociedad/s-06203.htm>)

Por otra parte, se observa que la autoridad familiar se ha vuelto más permisiva. A través de encuestas realizadas por Margulis, se denota que los padres les permiten tener sexo a sus hijos en sus propias casas. De esta forma, buscan cuidar a sus hijos (principalmente por el miedo al HIV) y supervisar, de algún modo, sus relaciones (Margulis, 2003; 58).

Además, se presenta dentro del seno de la familia, como menciona Margulis, que *“la racionalidad de los sectores medios los impulsa a que los hijos sean planificados de acuerdo con los bienes materiales disponibles, con las facilidades que ofrezcan las casas y el presupuesto familiar actual y esperable, pero también tomando en cuenta los tiempos de la carrera profesional de la mujer y su intersección o interferencia con los tiempos de la maternidad.”* (Margulis, Urresti, Lewin y otros, 2007; 32).

Con relación a las clases populares, Margulis ve que no se considera que la sexualidad esté separada de la procreación, no se ha constituido en un derecho al uso del propio cuerpo, en busca de afecto y placer. *“Si hay relaciones sexuales se tiene hijos.”* (Margulis, 2003; 213)

De todas formas, aún hoy se observa un considerable número de mujeres que, si bien no construyen actualmente su identidad de manera exclusiva a partir de las funciones de madre y esposa, siguen manteniendo una relación privilegiada con las tareas del hogar y, en especial, con la crianza de sus hijos.

En este sentido, las representaciones o imaginarios sociales que los hombres y mujeres tienen sobre los roles de cada uno de los géneros se adquieren a través de la internalización de determinados valores y pautas socioculturales. De hecho, nacemos dentro de una cultura y ésta nos impone demandas, formas de ser, esquemas de percepción y pautas de comportamiento que prescriben la adopción de posturas, actitudes y conductas frente al otro sexo. La familia es uno de los pilares de este aprendizaje durante el proceso de socialización temprana. No obstante, este aprendizaje también incluye la mediación de otras instituciones sociales, como la escuela o la iglesia.

Uno de los aspectos que aún hoy sigue vigente en el modelo de familia es, como afirma Bourdieu, el hecho de que *“el hombre no puede realizar sin rebajarse determinadas tareas domésticas consideradas inferiores (entre otras razones porque no se considera que pueda realizarlas), las mismas tareas pueden ser nobles y difíciles cuando son realizadas por unos hombres, o insignificantes e imperceptibles, fáciles y*

triviales, cuando corren a cargo de las mujeres; basta con que los hombres se apoderen de tareas consideradas femeninas y las realicen fuera de la esfera privada para que se vean ennoblecidas y transfiguradas.” (Bourdieu, 1999; 79).

De todas formas, van apareciendo algunos casos en que los hombres desarrollan tareas en el hogar, posibilitando mayor equidad entre los géneros. Margulis presenta el ejemplo de una pareja, en la que se produce la situación de que la mujer sale con sus amigas de noche y su marido se queda cuidando al bebé. Ante esto explica que:

“(…) en estas familias se abre un espacio de mayor diálogo y negociación en el que se juegan relaciones de poder, en circunstancias en las que no necesariamente una de las partes tiene el control y el dominio pleno sobre el resto de los miembros de la familia.” (Margulis, Urresti, Lewin y otros, 2007; 111).

Susana Torrado plantea que se ha pasado de un sistema de complementariedad asimétrica; en el que cada partenaire, uno activo, el otro inactivo, cumple un rol diferente (el de proveer recursos, el hombre; el de cuidar el hogar, la mujer) a un sistema de asociación simétrica en el que cada uno es activo y conserva la autonomía de su estrategia. (Torrado, 2003; 195)

¿Mujer=Madre?

“El amor materno no es un amor natural, representa más bien una matriz de imágenes, significados, prácticas y sentimientos que siempre son social y culturalmente producidos”. (Scheper-Hughes, 1997)

A lo largo de la historia, a las madres se les han conferido atribuciones desmesuradas. *“Por un lado, hay quienes las han personificado como figuras todopoderosas o “tododestructivas”. En oposición a ello, no faltaron los que las han definido románticamente como seres desvalidos, dependientes e indefensos o como criaturas angelicales dadoras de vida que se sacrifican por el cuidado de los otros.”* (Scheper-Hughes, 1997)

Susana Torrado menciona que hasta mediados de la década de 1940, prácticamente todas las exigencias relativas a la “feminidad” se resumían en una única regla: *“Sólo se es mujer si se es madre”.* (Torrado, 2003; 171)

Además, se especificaba que una buena madre debía ser: *“prolífica (cumplía su deber republicano de brindar hijos a la patria); nodriza (aseguraba la lactancia natural); higiénica (tenía la responsabilidad orgánica y sanitaria de la prole); abnegada (sacrificaba todas sus aspiraciones personales por sus hijos)”*. (Torrado, 2003; 171)

Por lo tanto, la figura del padre quedó libre de esta tarea, la responsabilidad de la salud del niño, de la población y de la raza se adjudicó exclusivamente a la “mujer-madre”.

A esto se le agrega lo expresado por Ana Fernández en cuanto a que no es lo mismo decir “para ser madre se necesita ser mujer”, que “para ser mujer se necesita ser madre”; sin embargo, esta ecuación de gran eficacia simbólica en nuestra cultura ha vuelto equivalentes ambos términos. (Fernández, 1993; 247)

En este sentido, resultan interesantes pruebas de esto las investigaciones llevadas a cabo por Scheper-Hughes en un contexto de alta mortalidad infantil, en los que se advierte cierta indeferencia hacia la muerte de los niños por parte de sus madres y hasta un infanticidio pasivo. Mario Margulis, sostiene sobre este trabajo que: *“Esto cuestiona la idea del amor maternal como un hecho natural o instintivo y resulta llamativo justamente porque se opone a una idea moderna de amor maternal que prescribe tener pocos hijos para invertir a fondo en cada uno de ellos. Así, sus hallazgos discuten la idea de que habría una ética esencialmente femenina o un ethos de responsabilidad maternal. Por lo contrario, sostiene que el amor maternal está compuesto por una matriz de relaciones, significados, sentimientos y prácticas que son social y culturalmente producidas.”* (Margulis, Urresti, Lewin y otros, 2007; 193).

En el mismo sentido se encuentra lo expresado por Anderson y Zinsser en cuanto a que la capacidad femenina de lactancia ha hecho que las mujeres fueran básicamente las responsables de ocuparse de la crianza de los recién nacidos, pero que la función de criar niños mayores parece ser determinada por la cultura y no por la biología. *“No se ha hallado ningún fundamento biológico del “instinto maternal” excepto inmediatamente después del nacimiento.”* (Anderson y Zinsser, 1991; 33)

Por esto, es fundamental desnaturalizar el concepto de maternidad y entender que no está basada sólo en el instinto, ni puede ser considerada como algo nato y dado en la mujer.

Por su parte, los movimientos feministas radicales actuales sostienen que, puesto que buscan la igualdad con el hombre y la capacidad de ser madre es precisamente lo que

más distingue a la mujer del hombre, la maternidad se convirtió para ellas en el mayor obstáculo. Creen que sólo podría lograr su máximo potencial si se liberan de la carga de la maternidad.

"Mientras la anticoncepción no sea ciento por ciento confiable (y esa es la razón fundamental por la cual abortan), las mujeres tienen que contar con la posibilidad de abortar para controlar su reproducción". Y añaden: "es muy claro que los ideales morales de igualdad, libertad y autodeterminación para las mujeres son factibles sólo si ellas controlan sus funciones reproductoras, el derecho al aborto se fundamenta, por lo tanto, en el derecho inalienable de la mujer a controlar su reproducción y en los valores básicos de la libertad, la autodeterminación y la igualdad". (García Cellay, 2008)

En cuanto al feminismo socialista, sostienen que una opción es la fecundación artificial, lo que supondría una "maternidad sin hombres".

Mientras que el feminismo de la diferencia tiene una de sus máximas expresiones en el llamado "orden simbólico de la madre", denominado así por Luisa Muraro, representante de este feminismo en Italia, en la obra que lleva ese mismo título. Según esta autora, este "orden simbólico" es una realidad esencial. De ahí que este feminismo exalte la maternidad como un hecho constitutivo y constituyente del ser "mujer". (García Cellay, 2008)

A diferencia de esto, el feminismo de la igualdad, apoyándose en la teoría de Simone de Beauvoir en cuanto que "mujer se hace", sostienen que el objetivo "natural" de la mujer no es el de ser esposa y madre al servicio del varón. *"Luchamos, si, porque no se nos niegue ningún derecho, pero luchamos, sobre todo, para acabar con la dualidad masculino/femenino, por acabar con la división de papeles en función del sexo."*(Gamba, 2005)

Por otra parte, Margulis aclara que las mujeres de las clases populares, si bien utilizan métodos anticonceptivos para regular la maternidad, algunas de ellas consideran que tener hijos es algo natural, *"representación que se reproduce y reactualiza persistiendo a pesar de los cambios en sus habitus de clase."* (Margulis, Urresti, Lewin y otros, 2007; 152).

En cambio, el mismo autor sostiene respecto de las jóvenes de clase media, que el orden de sus prioridades *"puede seguir la pauta que esgrime la ordenación de los hitos más trascendentales de la vida en los que se anteponen proyectos que apuntan a la realización personal, laboral o educativa como la antesala necesaria para la iniciación*

de la vida reproductiva". (...) "Mientras que para una chica de los sectores populares, y más aún si ésta pertenece al estrato de menores recursos, la escasa posibilidad de que se le presenten proyectos de vida futuros, sean éstos laborales o educativos, junto con las exiguas condiciones materiales de existencia, a lo que se agregan conductas de riesgo frente a los embarazos y una visión sobre las relaciones entre los géneros basada en valores tradicionales, nos ayuda a comprender por qué son tan frecuentes el matrimonio y la maternidad a temprana edad". (Margulis, Urresti, Lewin y otros, 2007; 115).

Así, en este sentido Margulis afirma que uno de los motivos por los que las mujeres de sectores medios y altos utilizan métodos anticonceptivos es el de tratar de planificar y postergar la maternidad para abrir la posibilidad de desarrollarse en otras esferas sociales. Aunque, pese a que usan esos métodos para regular la maternidad, algunas siguen considerando que tener hijos es algo "natural", inherente al ser mujer.

Según la herencia cristiana, el culto a la Madre María fue difundido a partir del siglo I y durante el siglo II a través de los evangelios llamados apócrifos. Significó elevar la maternidad por encima de la naturaleza, el Culto abre el acceso a la trascendencia para las mujeres más humildes. El mito y culto de la Virgen Madre permitieron que los cristianos compensaran la desaparición de las diosas con la ascensión de solo una mujer.

La leche materna tenía un significado simbólico: alimento primordial, nutriente vital para el recién nacido, producto suave del seno femenino, la leche evocaba la consagración sin límites de la madre, la relación íntima que entabla con su niño. Los místicos imaginaron la gracia divina con la forma de la leche que alimentaba el alma. (Oberman)

Además, desde el cristianismo se sostiene que la capacidad de la mujer de procrear determina su cualidad intrínseca de *"dar contención al otro"*, cualidad que debe ser desarrollada plenamente por ella orientando sus actividades hacia aquellas tareas que apunten al crecimiento y la protección del prójimo((Rössler y Fanning, 1999)

No obstante, se cree que la maternidad es un elemento clave en la identidad femenina, pero se advierte que ello no significa que haya que considerar a la mujer únicamente bajo el aspecto de la procreación. Así, se explica que la virginidad es otra inclinación marcada por voluntad divina: la virginidad sería la dimensión espiritual de la

vocación cristiana y la maternidad física representaría la dimensión concreta de esa vocación (Ratzinger y Amato, 2004)

II.2 Sexualidad/pareja:

El sentido que se le ha dado a la sexualidad ha variado a lo largo de la historia y de acuerdo a cada sociedad. Sin embargo, en este terreno, la mujer siempre ha ocupado el lugar de la pasividad.

“Podemos pensar que lo que acontece en la esfera de la afectividad y de la sexualidad en un momento histórico dado es parte de lo que esa misma sociedad performatiza y nombra como tal. En un determinado momento encontramos maneras de actuar, experimentar y percibir en las esferas afectiva y sexual, que a su vez son nombradas, y por ende calificadas y percibidas, de modos particulares. Estos modos de “nominación” constituyen un punto de anclaje y referencia para los habitantes de esa cultura, expresan y demarcan un modo de ser y de estar en el mundo.” (Margulis, 2003; 102)

El acto sexual en sí mismo está considerado en función de la primacía de la masculinidad. *“La oposición entre los sexos se inscribe en la serie de las oposiciones mítico-rituales: alto/bajo, arriba/abajo, seco/húmedo, cálido/frío, activo/pasivo, móvil/inmóvil. (...) Se deduce de ahí que la posición considerada normal sea lógicamente aquella en la cual el hombre “toma la iniciativa”, “está arriba”. (Bourdieu, 1999; 31).*

La aparición de la píldora anticonceptiva, símbolo de la revolución sexual de los años 60, permitió regular con más eficacia la fecundidad; a esto se le sumó la mayor permanencia de las mujeres en el sistema educativo y el incremento de su participación en el mercado de trabajo. Estos factores condujeron a una mayor autonomía femenina y a prefigurar relaciones de género más igualitarias. Aunque la influencia de estos acontecimientos no es igual en todos los sectores sociales, (por ejemplo, las adolescentes de los sectores populares cuentan que son sus parejas y no ellas quienes tienen la última palabra en la adopción de métodos anticonceptivos (Margulis, Urresti, Lewin y otros, 2007; 161), no hay dudas de que marcan el clima de la época actual, caracterizado por el debilitamiento de ciertas normas y restricciones tradicionales en

torno a la sexualidad, el cuerpo y los roles femeninos. Por ejemplo, como afirma Mario Margulis, una mujer puede tener varios novios a lo largo de su vida, con sexo completo, e incluso novios “serios” sin que ello implique atribución de facilidad o de inestabilidad afectiva. (Margulis, 2003; 78)

Esta mayor igualdad ha tenido como consecuencia la transformación de los modelos de pareja. *“Si antes las relaciones de pareja se basaban en un proyecto común se subsumían dos personas, hoy es posible hablar de amor confluyente o de la persistencia del individualismo en la vida en pareja que hace que los cónyuges lleven una “doble vida”, no en el sentido de poligamia, sino porque se preserva una vida personal por fuera del matrimonio. (El amor confluyente presupone la igualdad de dar y recibir en la pareja).”* (Margulis, Urresti, Lewin y otros, 2007; 196).

Sin embargo, y a pesar de estos avances se siguen presentando zonas irresolutas, contradictorias y conflictivas. Hay muchas mujeres que no obtienen placer, que no disfrutan de una actividad sexual y que todavía se sienten como otorgándole algo al otro, como teniendo sexo para el otro.

Además, hay una doble moral sexual permisiva para los hombres y restrictiva para las mujeres, en la que se valora el hecho de que la mujer carezca de experiencia sexual, sucediendo lo contrario con los hombres.

“Sigue todavía hoy viéndose mal una mujer que expresa su condición de persona sexual. Sigue en pie la idea de que una mujer tiene que mostrar, pero que no tiene que mostrar demasiado, no tiene que poner en evidencia sus necesidades ni sus deseos, no tiene que demostrar que busca sexualmente.” (Margulis, 2003;140)

Florencia Saintout explica que en cuanto a las relaciones sexuales previas de las mujeres, la gran mayoría de los varones dice ver con naturalidad no “ser los primeros” en la vida de sus parejas. Pero también, una parte importante expresa que prefieren que la mujer con la que formen una familia no haya tenido antes ninguna relación de pareja. (Saintout, 2006; 78)

A su vez, Margulis explica que en las clases populares gran parte de los hombres no les permiten a sus parejas utilizar métodos anticonceptivos:

“Las pautas culturas que rigen la dinámica del sexo y del deseo masculino proponen una muchacha dócil y sometida; ante el sexo debe ser pasiva, poseída, seducida, tomada de sorpresa. Tomar o usar algún anticonceptivo femenino supone una actitud de deliberación, de anticipación que contraría el estereotipo femenino. Mucho más

llevar consigo un preservativo o pedirle al varón que lo use. Se somete a estas circunstancias porque pesa sobre ella el modelo cultural, a lo que se agrega el temor a ser sustituida por otra: debe complacer al compañero porque de lo contrario será abandonada.” (Margulis, 2003; 214)

En otro orden, se observa que cada vez más se reduce la edad de iniciación sexual de los jóvenes. Margulis, a través de la realización de una encuesta, sostiene que tanto en hombres como en mujeres existe una tendencia hacia una iniciación más temprana en los años más recientes. (Margulis, 2003; 54)

Asimismo, agrega que el debut sexual temprano en el hombre “(...) *tiene que ver con que sigue presente en la cultura un mandato social que valoriza su iniciación temprana y un papel activo en la sexualidad*”. (Margulis, 2003; 55)

También indica que se ha reducido el número de jóvenes que se inicia con una prostituta, mientras que las mujeres dicen haberse iniciado en el contexto de una relación afectiva

El cuerpo observado

Por otro lado, una de las consecuencias visibles de la aún hoy existente dominación masculina es el hecho de que convierte a las mujeres en objetos simbólicos de deseo; tiene el efecto de colocarlas en un estado permanente de inseguridad corporal. Existen fundamentalmente por y para la mirada de los demás, es decir, en cuanto que objetos acogedores, atractivos, disponibles. Se espera de ellas que sean “femeninas”, es decir, sonrientes, simpáticas, atentas, sumisas, discretas, contenidas.

Incesantemente bajo la mirada de los demás, las mujeres están condenadas a experimentar la distancia entre el cuerpo real, al que están encadenadas, y el cuerpo ideal que exhiben los medios de comunicación. “*Al sentir la necesidad de la mirada de los demás para construirse, están constantemente orientadas en su práctica para la evaluación anticipada del precio que su apariencia corporal, su manera de mover el cuerpo y de presentarlo, podrá recibir.*” (Bourdieu, 1999; 87).

De las varias influencias sobre cómo percibimos a los hombres y las mujeres, los medios de comunicación son los más persuasivos y de los más poderosos. Entretejidos con nuestra vida cotidiana, los medios comunican imágenes de ambos sexos, muchas

de las cuales perpetúan percepciones irreales, estereotipadas y limitadas. (Charles, 2002)

Alicia Puleo (Puleo, 2005) menciona al patriarcado de consentimiento, en los cuáles a través de los medios de comunicación, estereotipos de belleza, entre otros, se marcan pautas, referentes y modelos que incitan a perpetuar el sistema de dominación, entendido como orden natural de las sociedades. Las personas mismas buscan cumplir con mandatos o estereotipos de género que la sociedad propone, sea gracias a los medios de comunicación, a la escuela, o a los roles familiares. Es decir, la socialización en general contribuye para que se propague el patriarcado por consentimiento en un complejo intercambio psicológico de identificación con las formas sociales más relevantes.

De este modo, a las mujeres, desde muy niñas, se envía el mensaje de que es necesario ser joven, bonita y atractiva, así como tener un cuerpo delgado y bien formado. Atributos que aparecen en la mayoría de los personajes femeninos de la televisión, porque su cuerpo se pasea con frecuencia en la pantalla. (Charles, 2002)

“La exageración de los dotes femeninos de seducción, tan en boga actualmente en los medios de comunicación, en aras de una aparente liberación de la sexualidad, se han convertido en otra forma de control sobre el cuerpo femenino. Parafraseando a Basaglia, una cultura en donde se exalta el aspecto sexual en la vida de una mujer en detrimento de otras cualidades a desarrollar, impide igualmente que esta sexualidad sea verdaderamente suya”. (Figuerola Perea; Rivera Reyes, 1990)

Mercedes Bengoechea menciona que en el cine y la televisión se reduce a la mujer a una de sus partes (sean piernas, trasero o escote). *“Lo mismo ocurre con los carteles y anuncios, esos poemas visuales a “unas piernas”, por ejemplo, que reproducen el cuerpo femenino perennemente segmentado y observado. Un caso extremo es ese rumor que circula persistentemente, a saber, que en el cine diversas “partes” de las actrices son sustituidas por las de otra mujer, como parece que ocurre en Pretty Woman con Julia Roberts.”* (Bengoechea, 2007)

Por lo tanto, el cuerpo observado es el cuerpo objetivado, ello objeto, que tiene dueño, y llevado a un extremo posible de ser poseído, comprado, vendido, e incluso mutilado.

Por otro lado, Sánchez y Femenias advierten que es real y preocupante el uso constante de la fuerza contra las mujeres. Es decir, a la violación sobre los cuerpos de

las mujeres con el fin de mutilarlas, castigarlas, disciplinarlas o matarlas como neta exposición de la más radical misoginia. (Sánchez y Femenías, 2008, 66)

“Como todo sistema dominación, basado en la fuerza, las armas o el dinero, la dimensión simbólica de la violencia, que se pone de manifiesto en muchos discursos, la obtiene la adhesión voluntaria de las dominadas: “es que me quiere y se preocupa por mí”. En eso radica la eficacia: legitima las condiciones previas la violencia para que esta no se perciba como tal.” (Idem, 41)

Segato nos muestra que la violencia cruenta no constituye un acto sin sentido sino que más bien es un acto disciplinador y vengador contra una mujer genéricamente abordada. Un acto de castigo a aquella mujer que se la percibe como rompiendo el sistema de estatus tradicional. (Segato, 2003; 139) Además, es un tema de poder, ya que por sentirse el hombre agresor, superior a la mujer, ejerce violencia contra ella, lo que atenta contra la libertad, el respeto, la capacidad de decisión y el derecho a la vida de las víctimas. (Sánchez y Femenías, 2008, 143)

Siguiendo esta línea de pensamiento, Pilar López Diez plantea en su investigación sobre “Las mujeres en el discurso iconográfico de la publicidad”, el análisis desde la perspectiva semiótica y de género de una publicidad calificada como sexista y agresiva contra la mujer, aparecida en el diario español “El País”.

Desde la perspectiva de género, afirma la autora que en esta publicidad, al igual que en muchas otras de su tipo, se representa a *“la mujer como imagen, (al) hombre como portador de la mirada”*. Y agrega que *“en un mundo ordenado por el desequilibrio sexual, el placer de mirar ha estado dividido entre lo activo/masculino y lo pasivo/femenino. La mirada masculina determinante proyecta sus fantasías sobre la figura femenina que es diseñada convenientemente. En su tradicional papel exhibicionista, las mujeres, simultáneamente, son miradas y exhibidas con su apariencia codificada para impactar de forma tan fuerte visual y eróticamente que se puede decir que connotan “lo ser mirado”. La mujer exhibida como objeto sexual, es el leitmotif del espectáculo erótico (...) ella retiene la mirada, juega y significa el deseo masculino” (...).* Y *“significa el deseo masculino porque como signo es construida desde los presupuestos ideológicos de quien tiene el poder y, por lo tanto, la posibilidad de poder construir unas u otras representaciones de las mujeres”*. (López Diez; 28)

Luego, en sus conclusiones, López Diez afirma que *“la poderosísima e influyente industria publicitaria, con la práctica de la publicidad agresiva, construye*

representaciones de subordinación y cosificación de las mujeres que perjudican gravemente las estrategias comunes de avance y liberación de los sectores más concienciados de la sociedad". (López Díez; 31)

Entre dos amores

A mediados del siglo XVIII aparece en Europa, reemplazando las relaciones de pareja establecidas por la conveniencia y el linaje, el amor romántico. Este tipo de amor, anclado en un principio en la mujer, si bien le da un lugar que la fija en la maternidad como abnegación y sacrificio, y al matrimonio como meta, significa una ganancia de autonomía con respecto a los matrimonios por conveniencia ya que habla del derecho a la elección basada en el amor que se piensa a su vez como condición subjetiva. Luego de la llamada revolución sexual y en franco avance hasta la actualidad este ideal de amor es severamente criticado planteando un nuevo lugar para la mujer y en consecuencia también para el hombre.

Ese nuevo lugar tiene que ver con la libertad de la mujer para manejar su cuerpo y optar por una sexualidad no restringida a la procreación, lo que le permite pensar el amor en su ligazón al goce propio y a un cuerpo autónomo.

Margulis explica que en contraposición al amor pasional, el amor romántico tenía un predominio de los lazos afectivos por sobre el ardor sexual. *"Juntamente con la nueva división sexual de las tareas, la promoción y el sostén del amor pasó a manos de la mujer; la subordinación de ésta al hogar y su consiguiente separación del mundo exterior eran la base ideal para el nuevo tipo de afectividad."* (Margulis, 2003; 103)

Por su parte, Giddens (Giddens, 1998) señala que el amor romántico depende de la capacidad de proyección de la pareja. A este patrón opone el amor confluyente, en el que la continuidad de la relación activa y contingente que tiene a la igualdad entre los géneros como supuesto y que presupone, incluso, la negociación de la sexualidad como parte central de la relación, en contraposición al amor romántico, que tiene su origen y base en la organización sexual de la sociedad.

II.3 Trabajo:

Entre los cambios significativos que se han producido en los últimos tiempos en las mujeres, está el de su mayor acceso al mercado laboral, que puede ser entendido como una nueva ventaja y libertad individual para ellas.

Así como al hablar del concepto de “mujer” nos referimos a una construcción histórica y cultural, podemos decir lo mismo, siguiendo a Mario Margulis, sobre el trabajo. En este sentido, se puede decir que la forma en que actualmente lo situamos en el centro de nuestras vidas individuales, es pensable desde el industrialismo. *“Este tipo de trabajo tiene la particularidad de ser la causa por la que se pertenece a la esfera pública, se tiene una identidad social y se está inserto en una red de relaciones.”* (Margulis, Urresti, Lewin y otros, 2007; 197).

Si tomamos esta definición del trabajo, se puede entender cómo la posibilidad de desarrollo profesional que ahora tienen las mujeres, no sólo se relaciona con un mayor nivel de libertad individual, sino que también significa una modalidad a su alcance para poder adquirir una identidad social.

Pero el mayor nivel de acceso de las mujeres al trabajo, contrario a lo que el común de la gente piensa, no puede verse sólo reflejado en una ventaja para el género y su condición desigual respecto a los hombres. Ni tampoco puede tomarse como un proceso acabado.

Lejos de ello esa nueva libertad, ese mayor acceso al empleo, trajo consigo, para las mujeres, un nuevo conflicto: el de tener que realizar dos trabajos. Por un lado, el desarrollado en el mercado laboral, y, por otro, seguir manteniendo el orden y la limpieza en el ámbito privado del hogar y continuar ocupándose de la crianza de sus hijos, en el caso de que los tuvieran.

La “doble carga” de las mujeres es una tradición que se remonta a las antiguas culturas romanas, griegas y hebreas. (Anderson y Zinsser, 1991)

Como plantea Magdalena León, las mujeres continúan realizando esta actividad fundamentalmente porque le otorgan el valor que la sociedad patriarcal capitalista nunca ha querido reconocerle. Un trabajo que se realiza día tras día los 365 días del año, en el hogar y fuera de él, en el barrio y desde el puesto de trabajo remunerado, que crea redes familiares y sociales, que ofrece apoyo y seguridad personal y que permite la socialización y el desarrollo de las personas. (León, 2003)

A pesar de que para algunos hombres el hecho de que sus mujeres trabajen, puede significar un impulso para que empiecen a colaborar con las tareas del hogar, en el grueso de los casos, las mujeres debieron arreglárselas para complementar ambos trabajos (el de la esfera privada y el del ámbito público) de lo que se deduce la aparición de un conflicto para ellas en el terreno laboral, en cuanto a que comienzan a requerir del doble de energías que las que tenían antes para ocuparse solo del trabajo hogareño.

Pero pese a esto, sigue sin tenerse en cuenta las tareas domésticas como una labor importante que demanda mucho esfuerzo. *“El hecho de que el trabajo doméstico de la mujer no tenga una equivalencia monetaria contribuye a devaluarlo, incluso ante sus propios ojos, como si ese tiempo sin valor mercantil careciera de importancia y pudiera ser dado sin contrapartida, y sin límites, en primer lugar a los miembros de la familia, y sobre todo a los niños.”* (Bourdieu, 1999; 122).

En este punto, es interesante tener en cuenta lo que señala Ana María Fernández (Fernández, 1993) acerca de los logros que son observables desde enfoques macro sociales que celebran la inserción de la mujer en el proceso productivo, mientras que en el nivel individual sólo pueden ser apreciados los conflictos, las sobre exigencias y los costos que paga cada mujer por los mencionados avances.

Las nenas con las nenas, los nenes con los nenes

Por otra parte, lejos de haberse logrado una igualdad en el terreno del empleo entre ambos sexos, la división sexual del trabajo y, en especial, de las profesiones, que entraña una desigualdad que perjudica, como siempre, al subordinado, en este caso, al género femenino, se siguen manteniendo a pesar de los avances y las transformaciones.

Una de las consecuencias de esta división sexual del trabajo, es la concentración del empleo femenino en un reducido número de ocupaciones de baja productividad y escasa remuneración, que se constituyen como típicamente femeninas porque involucran tareas afines a la reproducción: demandan cualidades maternas y requieren habilidades para las que se considera que las mujeres están “naturalmente” capacitadas.

Las principales ramas de actividad en que se insertan las mujeres urbanas son el servicio doméstico y el comercio, que concentran a casi el 40% del total. Luego le siguen los servicios sociales y de salud y la enseñanza, que absorben alrededor del 30%. (Fuente: Las mujeres que trabajan ganan 26,5% menos que los hombres. En <http://redcame.org.ar/news.php3?id=192> 2 de septiembre del 2008)

Margulis citando a Catalina Wainerman (Margulis, Urresti, Lewin y otros, 2007; 209) sostiene que la división del trabajo por género es resultado de procesos históricos, sociales y culturales, que determinan que una ocupación adquiera su marca genérica. La segregación genérica del mercado de trabajo implica que las oportunidades, los beneficios, las tareas y las posiciones que ocupan las mujeres y varones se repartan de manera desigual. La segregación horizontal se refiere a la distribución entre sectores de actividad. La vertical alude a la distribución de posiciones jerárquicas dentro de un mismo sector.

La primera es la que origina ocupaciones con fuerte concentración de mujeres o de varones. La segunda produce la concentración de mujeres en los niveles inferiores y la de los varones en los superiores de un mismo sector de actividad.

Hay, además, otro tipo de segregación: la salarial, que determina que las mujeres perciban menores remuneraciones que los varones por iguales tareas, circunstancia apoyada en la creencia de que el sueldo de las mujeres es complementario al del marido, y comprobada por los números de las estadísticas realizadas sobre el tema.

Aunque lo prohíba la Constitución, las mujeres en la Argentina ganan hoy un 26,5% promedio menos que los hombres. En la base del fenómeno se esconde la precariedad en que trabaja la mayoría de las mujeres: más de la mitad está empleada en negro, sin obra social ni aportes jubilatorios. (Fuente: Las mujeres que trabajan ganan 26,5% menos que los hombres. En <http://redcame.org.ar/news.php3?id=192> 2 de septiembre del 2008)

Anderson y Zinsser explican que ya en el siglo VIII A.C. el poeta griego Hesíodo aconsejaba a un granjero que para ahorrar dinero debía *“despedir a los hombres contratados y contratar a una muchacha sin hijos.”* (Anderson y Zinsser, 1991)

Este dato sobresale en el estudio que realizó el INDEC y UNICEF sobre la “Situación de las Mujeres en la Argentina”. Allí se señala que las mujeres, en un porcentaje mayor que los varones, se ocupan en empleos no calificados. Y que sigue creciendo el

número de mujeres jefas de hogar que tienen ingresos por debajo de la línea de pobreza. (Idem)

En promedio, las mujeres ganan un 26,5% menos que los hombres, pero esta brecha se acentúa en las profesiones más calificadas. En esos rubros las mujeres tienen ingresos en promedio alrededor de un 35% menos que los varones, mientras que en los niveles operativos y no calificados la diferencia negativa se reduce al 16,4% y 19,5%, respectivamente.

Estas diferencias, en parte, se deben a que los hombres trabajan más horas. Pero, "a igualdad de horas trabajadas, las mujeres asalariadas con calificación profesional son las que más padecen la discriminación salarial, ya que perciben un ingreso horario promedio un 30% menor que sus pares varones". En los niveles técnicos, estas diferencias se atenúan, mientras en las tareas operativas y no calificadas "las diferencias de ingreso horario promedio son levemente favorables a las mujeres". (Idem)

Pierre Bourdieu expone que en la incorporación creciente de mujeres en distintos ámbitos laborales conduce a ciertas reacciones emocionales violentas de los hombres. *"Se entiende si sabemos que las propias posiciones sociales están sexuadas, y son sextantes, y que, al defender sus puestos contra la feminización, lo que los hombres pretenden proteger es su idea más profunda de sí mismos en cuanto que hombres, sobre todo en el caso de categorías sociales como los trabajadores manuales o de profesiones como las militares que deben una gran parte, por no decir la totalidad, de su valor, incluso ante sus propios ojos, a su imagen de virilidad."* (Bourdieu, 1999; 119).

En este mismo sentido, Luis Bonino (Bonino, 2002) explica que el hombre no quiere aceptar a veces que su posición como profesional en el mercado laboral puede ser ocupada por mujeres que compiten en el mismo campo. Sánchez y Femeninas indican que en ocasiones se producen situaciones límites tales como el acoso. "En el lugar de trabajo el acoso puede ser suscitado por el sentimiento de envidia que embarga al acosador por no poseer alguna cosa, virtud, riqueza, destreza, etc, que la acosada tiene. El acosador desacredita a la víctima, pretende aislarla, intimidarla, inducirla a error hasta lograr que ella abandone el trabajo." (Sánchez y Femeninas, 2008, 161)

De todos modos, es preciso decir que actualmente “los varones jóvenes, y más pronunciadamente cuanto más capital cultural poseen, aceptan generalmente la idea de que la mujer pueda trabajar, tener sus proyectos.” (Saintout, 2006; 121)

El crecimiento laboral de las mujeres

La transformación de la situación laboral de las mujeres en la Argentina comenzó con la política económica puesta en práctica a partir de la dictadura de 1976, la cual produjo un estancamiento global y una amplia recesión industrial con el consiguiente retroceso del empleo manufacturero e industrial y el aumento de las actividades terciarias (comercio y servicios).

Las mujeres incrementaron su participación en el mercado laboral, especialmente las de edades medianas, casadas y unidas, cónyuges del jefe de hogar. "Mientras más mujeres acudían al mercado laboral, más varones, especialmente jefes de hogar se retiraban (involuntariamente) de él. (...) Estos movimientos sugieren que las mujeres salieron a trabajar para apuntalar los ingresos familiares sumamente deteriorados, en reemplazo de los aportes de sus cónyuges varones al presupuesto familiar." (Paridad en el trabajo)

Por lo tanto, la tasa de actividad de las mujeres pasó de 26,5 en 1970 a 26,9 en 1980 y entre los hombres disminuyó del 79,6 a 75.

Entre 1980-1990, la fuerza de trabajo ocupada y subocupada se feminizó y la desocupada se masculinizó. Es decir, las mujeres aumentaron su presencia en la población ocupada en proporción similar a como lo hicieron en la población activa, pasando del 33-38 por ciento en 1980 al 35-39 de 1990. Pero también aumentaron su presencia entre la población subocupada, pasando de representar de entre 44 y 48 por ciento en 1980 a alcanzar entre 52 y 73, superando a los varones. Estos ganaron terreno entre la población desocupada, llegando en 1990 a representar entre el 58 y el 63%.

El cambio fue radical ya que terminó con tendencias históricas establecidas. La mujer participó en el mercado laboral hasta edades avanzadas y cualquiera sea la etapa del ciclo vital, rompiendo su tradicional preferencia a participar a edades jóvenes antes de formar un hogar.

Durante la década 1990-2000 aumentó la participación de las mujeres ocupadas en todas las edades y disminuyó la tasa de empleo de los hombres en edad central, en particular los de entre 25 y 49 años (del 92 al 86,7 por ciento).

Además, la participación en el desempleo abierto creció para la población en edad joven (menores de 25 años), las mujeres en edades centrales y de manera muy importante los varones de 50 años y más. Y se confirmó la mayor desocupación de los jefes masculinos que pasaron de representar el 30 por ciento de los desocupados en 1990 más de 34 por ciento en 1999.

Por último, se incrementaron las tasas de subocupación en ambos sexos, siendo notorio el aumento entre las mujeres de bajo nivel educativo (del 18,3 por ciento en 1990 a más del 35 por ciento en 1999). En contraposición, las mujeres con nivel superior o universitario permaneció en niveles constantes (alrededor del 17 por ciento).³

³ Los datos estadísticos fueron extraídos de “Paridad en el trabajo.” Instituto social y político de la mujer.
http://www.ispm.org.ar/paridad_trabajo/index_trabajo.html

TERCER CAPÍTULO

LA REALIDAD DE LAS MUJERES EN NÚMEROS

Las mujeres constituyen el 51,3 % de la población de nuestro país, de acuerdo al último censo poblacional realizado en 2001 por el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC). Traducido en números, ese porcentaje representa a 18.601.058 millones de mujeres, mientras que el número de hombres alcanza los 17.659.072 millones, cifra que equivale al 48,7 % de la población argentina.

De acuerdo a datos oficiales, dentro de la población económicamente activa, las mujeres representan el 47,4%, ante un 72,2% masculino (Fuente: Encuesta Permanente de Hogares. Junio 2008. INDEC). A la vez, un 33,6% de esa población activa femenina son Jefas de Hogar mientras el porcentaje de hogares cuyo Jefe es un varón es de 66,4 %. Estos datos indican que, aunque el número de mujeres Jefas de Hogar se ha incrementado, el hombre sigue siendo el principal proveedor económico.

Al mismo tiempo, El estudio que han realizado el INDEC y UNICEF sobre la Situación de las Mujeres en la Argentina señala que hay un aumento de los hogares encabezados por una mujer. El año pasado, alcanzó el récord del 27,8% del total de familias, pero con la característica "que aumenta este tipo de hogares en los sectores de ingresos más bajos". Obedece a que "la crisis y el aumento de la desocupación provocan cambios del mercado laboral, que se reflejan en un mayor aporte económico al hogar por parte, fundamentalmente, de las mujeres de los sectores más empobrecidos". (Fuente: Las mujeres que trabajan ganan 26,5% menos que los hombres. En <http://redcame.org.ar/news.php?id=192> 2 de septiembre del 2008)

El informe señala además que en estos hogares pobres sostenidos por una mujer, el ingreso es 26,5 % menor que en el caso de los hogares pobres mantenidos por un hombre, dado que en promedio las mujeres reciben \$ 320 mientras los hombres obtienen \$ 420. Además, el 80% de las mujeres jefas de hogar ocupa un empleo informal y carece de seguridad social, mientras en el caso de los hombres, un 54 % de ellos se encuentra en esas condiciones de precarización laboral (Fuente: *"Para ellas, la crisis es peor"*. Diario El día. 24 de octubre de 2004. P. 8).

Otros datos acerca de la situación laboral de las mujeres en Argentina señalan que, respecto a principios de la década pasada, casi un 40% más de mujeres pasaron a trabajar a tiempo "super completo" (más de 46 horas semanales), mientras el número de hombres que trabaja a tiempo parcial (menos de 29 horas semanales) se triplicó (Fuente: *"Trabajo a tiempo completo"*. Diario El día. 24 de octubre de 2004. P. 9).

Por otra parte, pese a la existencia de reglamentaciones nacionales e internacionales que establecen que todos los individuos deben recibir igual retribución por igual trabajo, en Argentina la discriminación salarial en detrimento de las mujeres es una realidad. En el aspecto formal la igualdad está planteada, pero en el aspecto material las normativas aún no se han puesto en práctica. El salario de las mujeres es en promedio un 26,5 % menor al de los hombres, y esta diferencia aumenta en los sectores profesionales: las mujeres con estudios universitarios perciben un sueldo 40% inferior, quienes poseen estudios terciarios cobran un 30% menos que los hombres, mientras que para aquellas mujeres que realizan tareas no calificadas, la diferencia respecto al salario masculino es del 17, 5% (Vallejos, 2003).

En cuanto a su situación civil, el último censo del Indec arroja los siguientes resultados respecto a las mujeres de más de 15 años de edad: el 28,5% (5.303.683) de ellas está casada, el 10,7% (1.990.142 mujeres) convive con su pareja, el 23,1% (4.299.591 mujeres) es soltera, el 4,3 % (803.219 mujeres) son divorciadas/separadas, mientras el 8% (1.489.248 mujeres) son viudas.

Por otra parte, un 87,8 % de las mujeres de entre 35 y 39 años es madre, mientras que entre las mujeres de 25 a 29 años lo es el 63,3% y entre las mujeres de 45 a 49 años, esa cifra alcanza el 90,9%. Esto significa que 1 de cada 10 mujeres no es madre (En la primera franja etaria, el porcentaje de mujeres que no son madres corresponde al 12,2%; en la segunda franja, el número es de 36,7%; y, en la última, un 9,1% de las mujeres no ha tenido hijos) (Datos del INDEC citados en Peker, 2004).

Con relación al Gran La Plata, en la Encuesta Permanente de Hogares realizada por el INDEC durante el primer trimestre del 2008, se refleja que las mujeres constituyen el 50,7 % de la población y el 43 % de ellas son jefes de hogar. Por otra parte, la tasa de empleo de mujeres es de 56, 4 %, mientras que el de hombres es 47,6. Dentro de la población económicamente activa, las mujeres componen el 62,3%, mientras que los hombres el 53,6%. En cuanto a la situación civil, el 1,9 de las mujeres de entre 14 y 20 años están casados o unidas en pareja.

CUARTO CAPÍTULO

En la realización de nuestro estado del arte encontramos varias investigaciones sobre género y otras que analizaban las prácticas y las representaciones de la juventud. Sin embargo, no pudimos rastrear trabajos que traten la relación entre ambas temáticas. Por ello consideramos fundamental comenzar a trabajar dicho tópico y crear un antecedente para futuras investigaciones

“MUJER SE HACE, NO SE NACE”

Históricamente la mujer ha ocupado un lugar subordinado al del hombre en la sociedad. Pero los distintos roles que se le asignan a las mujeres por naturaleza no son tales. A través de los diversos procesos de socialización a los que estamos sujetos, tanto hombres como mujeres, desde que nacemos vamos interiorizando nuestro rol de género, volviéndolo parte de nuestra visión del mundo y de la vida. El sexo, hecho biológico, se convierte en género en la medida en que las diferencias sexuales son significadas por la sociedad.

Esta idea es apoyada por la corriente feminista posestructuralista, ya que expresa que es un error concebir lo femenino como una esencia, natural e invariable. En esta vertiente se insiste en que debemos rechazar todo intento de definición de la mujer:

“Cualquier definición, tal como lo ve esta segunda corriente, es una forma de estereotipar, de encasillar a la mujer. Lo que debemos hacer es admitir la pluralidad, la diversidad, la diferencia entre distintas personas, ya sean hombres o mujeres. La tarea feminista, entonces, consiste en deconstruir todos los conceptos de mujer.”
(Castellanos, 1995)

El posestructuralismo plantea que la idea misma de que hay una manera "natural" o esencial de ser "humano" es un producto cultural, históricamente determinado.

Por su parte, Simone de Beauvoir con su libro, “El segundo sexo” modificó el rumbo de los debates de emancipación de las mujeres, al extremo de que los estudios de género contemporáneos, y gran parte de la base teórica del feminismo, no serían lo mismo sin esta obra. En él expresa que *“La mujer no nace; se hace”*; con esta frase

negó la existencia de un destino biológico para la mujer. Por lo tanto, "Ser mujer no es esencia ni destino" es, ante todo, una construcción cultural, histórica y social.

Coincidiendo con esta idea, Margaret Mead explica que *"Si la sociedad considera útil establecer una cierta pauta caracteriológica para un grupo de sus miembros, lo hará sin tener en cuenta sus cualidades reales, y tendrá éxito casi siempre."* Una de las razones por la cual los sujetos repiten sin cuestionar este status quo es que: *"Inevitablemente, la cultura dentro de la cual vivimos modela y limita nuestras imaginaciones, y permitiéndonos actuar y pensar y sentir en cierta forma cada vez más improbable o imposible que podamos actuar o pensar o sentir en formas contradictorias o tangenciales a ella misma."* (Mead, 1976; 21)

Anderson Y Zinsser plantean que al igual que la fuerza masculina, la capacidad para la maternidad y la mayor longevidad femenina podrían haber conducido a la dominación. Pero consideran que la dominación de cualquier género sobre el otro, por la mera razón fisiológica, no es inevitable ni universal. *"En términos biológicos, cualquier sexo podría dominar al otro, pero no es determinante quien lo haga, ni tampoco que uno deba hacerlo."* (Anderson y Zinsser, 1991; 33)

Por lo tanto, como afirma Pierre Bourdieu para comenzar a pensar como terminar la dominación masculina, *"Hay que preguntarse cuáles son los mecanismos históricos responsables de la deshistoricización y de la eternización relativas de las estructuras de la división sexual y de los principios de división correspondientes. (...) devolver, por tanto, a la acción histórica, la relación entre los sexos que la visión naturalista y esencialista les niega."* (Bourdieu, 1999; 7 y 8).

Con respecto al concepto de género en relación a la juventud, Rossana Reguillo en su libro "Emergencia de culturas juveniles", menciona que el estudio del concepto de género visto desde la juventud es una cuenta pendiente. *"Si las culturas juveniles han hecho su entrada al universo de los estudios socioculturales, sólo hasta hace pocos años, los y las jóvenes, como diferenciación genérica, es decir necesariamente relacional, representan, salvo excepciones, una incógnita por despejar."* (Reguillo, 2000; 90)

Luego, expresa que se debe investigar si los y las jóvenes en el comienzo de un nuevo siglo, han sido capaces de generar una crítica a los presupuestos tácitos en relación con una bio-política que ha logrado "naturalizar" la superioridad y el dominio masculino.

Los efectos de la nueva realidad de géneros

Según el sociólogo Mario Margulis (Margulis, Urresti, Lewin y otros, 2007; 12) a pesar de los grandes cambios ocurridos en cuanto al rol y la imagen de la mujer en la sociedad, preservan en la cultura vestigios de muchos siglos de prohibiciones y represión en el comportamiento sexual. Afirma que los varones han experimentado cambios, pero que son las mujeres quienes han tenido que enfrentar un cambio mayor, ya que tuvieron que adaptarse a modelos muy diferentes respecto de las generaciones que las precedieron.

“Las mujeres jóvenes participan en un mundo que les ofrece nuevas libertades, más derechos y menos desigualdad respecto del varón, pero que les exige un aprendizaje y la necesidad de innovar frente a situaciones afectivas, a tener que diferenciarse de los modelos que habían incorporado en la infancia dentro de su familia. Se socializan incorporando los valores afectivos, estéticos, el clima de su propia generación que ha desechado antiguas restricciones, pero también y al mismo tiempo, siguen identificándose con sus madres y conservan, en su intimidad, en su mundo emocional y afectivo, reminiscencias de las prohibiciones del pasado”. (Margulis, Urresti, Lewin y otros, 2007; 12-13). Por su parte, sostiene que los varones, que deben procesar en sus relaciones de pareja la mayor autonomía y libertad de la mujer, están todavía muchas veces apegados a modelos femeninos más tradicionales, que les garantizan roles activos y les permiten también aferrarse a modelos de masculinidad en los que se sienten más seguros.

Esta nueva realidad de los géneros, hace que muchas veces se generen altercados y competencia entre ambos, ya que los hombres pretenden mantener el rol pasivo de las antiguas mujeres.

Siguiendo con esta línea de pensamiento, Luis Bonino, plantea, a partir de las encuestas que realizó, que los varones son reacios a aceptar la igualdad con la mujer, porque creen que a través de ello, las mujeres pasarán a ocupar las posiciones de poder y ellos de subordinados. (Bonino)

“Este proceso provoca desencuentros en las parejas. Al varón le cuesta aceptar a veces que su posición –por ejemplo, como profesional en el mercado laboral- puede ser interpelada por mujeres que compiten en el mismo campo”. (Idem)

Mujer, maternidad y hogar

En la actualidad, como manifiesta Alicia Oiberman, *“es imperioso repensar la maternidad ya que en su recorrido histórico se inició tanto en ley natural y llega a nuestro tiempo como una elección. Sin embargo si las madres y la maternidad no salen de las sombras fue (y sigue siendo) una cuestión de poder. El control de la fecundidad es el lugar por excelencia de la dominación de un sexo sobre el otro.”*(Oiberman)

En la actualidad se observa que se está produciendo un cambio importante que va otorgándole a la mujer, poco a poco, el lugar de igualdad con relación al hombre. Justamente, María Elisa Molina (Molina, 2006) plantea que la era postmoderna parece ofrecer un escenario nuevo a los esfuerzos de la mujer por superar su situación de inferioridad:

“En el contexto de las múltiples investiduras del sí mismo, la identidad de madre - como una de esas investiduras- se relativiza y pierde centralidad. El valor de la mujer deja de estar puesto casi totalmente en la procreación y la crianza, tareas que empiezan a ser consideradas como opciones a las que se puede renunciar”. (Idem) O, como afirma Margulis, se opta por postergar la maternidad hasta alrededor de los treinta años, cuando ya ha alcanzado sus metas laborales y personales.

Pese a esto, las mujeres jóvenes deben convivir con el mito explicado por Ana María Fernández: *“en el mito mujer=madre, no es lo mismo decir “para ser madre se necesita ser mujer”, que “para ser mujer se necesita ser madre”; sin embargo, esta ecuación de gran eficacia simbólica en nuestra cultura ha vuelto equivalentes ambos términos”.* (Fernández, 1993; 247)

A su vez, como sostiene Margulis, *“no hay que perder de vista la otra cara de la maternidad, es decir, aquella responsable de las representaciones con las que se subordina a la mujer identificándola con la esfera privada.”* (Margulis, 2003; 269)

En cuanto a los hombres, a pesar de que ayudan de maneras que en el pasado no eran frecuentes, siguen sin “hacerse cargo” plenamente de las responsabilidades que surgen de la llegada de los hijos, sin tener en cuenta los proyectos y deseos de la mujer ajenos al hogar.

En cuanto a las tareas del hogar, Villareal Montoya (Villarreal Montoya, 2001) dice que a los aportes que realiza la mujer no se los considera como históricos o

trascendentales, sino que se las ideologiza como labores propios de su sexo, como no hacer nada.

Como explica Margaret Mead, la envidia del papel masculino puede provenir tanto de una subvalorización del papel de la esposa y de la madre como de una sobrevaloración de los aspectos públicos del éxito reservados a los hombres:

“Cuando todo el éxito se logra fuera del hogar, las mujeres de empresa e iniciativa odian que se les diga que deben confinarse al hogar, pero cuando el hogar mismo es subvalorizado, las mujeres también cesarán de disfrutar el hecho de ser mujeres, y los hombres no envidiarán ni valorizarán el papel femenino.” (Mead, 1976; 89)

Historia de la subordinación

“Toda la historia de las mujeres la han hecho los hombres”, menciona De Beauvoir explicando así el motivo por el cual la mujer permanece subordinada al hombre. (De Beauvoir, 1972;125)

Por su parte, la antropóloga Buxo Rey sostiene que las sociedades humanas han creado sistemas de racionalización cultural en apoyo de las asimetrías entre los sexos. La mujer es identificada como más cercana a la naturaleza en su forma primaria de subsistencia y como objeto de relación sexual; mientras que el hombre está relacionado con la cultura, ya que es el creador, organizador y promotor de la evolución social. (Buxo Rey, 1978; 64)

Con relación a este punto, Buxó Rey expresa: *“En cuanto el proyecto de la cultura es siempre trascender la naturaleza, tecnología, ritual y otros, el hombre de algún modo la subordina a sus propios fines con lo cual la inferioridad social de la mujer vendría a ser un resultado de su condicionamiento biológico”.* (Idem.)

Como menciona Julieta Greco, esta idea ha sido apoyada por los distintos discursos que han circulado en el curso de la historia de Occidente sobre la naturaleza y la esencia femenina, que se han vuelto predominantes y hegemónicos, por su carácter de institucionalizados y avalados por una entidad profesional. (Greco, 2005)

Por ejemplo, el filósofo griego Aristóteles fue uno de los precursores en la elaboración de dicotomías entre lo masculino y lo femenino. En su pensamiento, la mujer es planteada como una versión incompleta e imperfecta del hombre y se supone que ella es la materia inerte de la existencia (el cuerpo) y el hombre el que le da la forma activa

(el alma). También sostiene que en el varón existe un privilegio de la razón y en la mujer, un privilegio de los sentidos.

Desde la religión, el segundo texto del Génesis relata que la mujer fue creada a partir del cuerpo de Adán, para mitigar la soledad del hombre y satisfacer su necesidad de relacionarse con otro ser que se halle a su nivel. Según estos discursos, el hombre ha sido llamado a la posición de líder, prueba de ello es su estructura corporal e intelectual; mientras la mujer es asignada a la subordinación masculina.

Un tercer grupo es el de los discursos biologicistas, que son justamente los que más cumplen esa función de transformar en “naturales” los roles y características atribuidas a la mujer. Esos discursos se apoyan en las diferencias anatómicas entre los sexos para legitimar la división de género y, sobre todo, la hegemonía masculina. Configuran un listado de rasgos “naturales” específicos de la femeneidad y la masculinidad. Uno de sus argumentos básicos para proclamar la supremacía del hombre, reside en el mayor tamaño del cerebro masculino respecto del femenino. Además, la menstruación de la mujer y sus variaciones hormonales han sido citados por estos discursos como prueba de la debilidad física femenina y como factores de su carácter sensible, inestable e irritable.

Para que ese tipo de discursos no continúen influyendo en la realidad actual, es fundamental que las jóvenes de hoy en día, puedan construir, como afirma Mario Margulis, “su propio camino y resolver los modos de ser mujer –en este presente- sin el auxilio de los modelos heredados, compartiendo sus circunstancias con sus coetáneos, las amigas y los amigos de la misma generación”. (Margulis, 2003; 43)

QUINTO CAPÍTULO

LAS VOCES DEL PODER

A lo largo de la historia de la humanidad han surgido, desde diferentes fuentes de conocimiento, discursos que han subordinado a la mujer definiéndola como inferior al hombre. En ellos, la mujer es tratada como “el otro”, aquella que tiene que servir al hombre para que éste logre sus objetivos.

En su mayoría sin una justificación concreta, estos discursos se han instalado como pertenecientes al ámbito de lo natural. Esta “naturalidad” es lo que ha permitido a los discursos histórico-hegemónicos mantenerse a través del tiempo, y lo que ha dificultado que se logre la igualdad entre los géneros.

Álvaro García Mesenguer se preguntaba ¿Es sexista la lengua española? (1994). Explicaba que cuando una lengua es sexista, en mayor o menor medida, sus hablantes también lo son, sean hombres o mujeres porque la lengua conforma los modos cotidianos de habla de varones y mujeres, sus categorías de pensamiento y la cosmovisión desde la cual “ven” instaurado el mundo.

En el mismo sentido, Elida Sánchez y María Luisa Femenías mencionan que hay dos niveles de discriminación: en primer lugar, el androcentrismo del lenguaje invisibiliza un conjunto de temas, puntos de vista, problemas, propios de la mujer. Un ejemplo de esto es la necesidad de acuñar términos “nuevos” como “acoso sexual” o “feminicidio”. Estos términos hacen visibles fenómenos que habitualmente han pasado desapercibidos o que, por implicar sólo a las mujeres quedan naturalizados.

En segundo lugar, el lenguaje apela a dichos, léxicos o modos que son estricta y evidentemente discriminatorios. Un claro ejemplo son los insultos típicos que trascienden las cultura y los tiempos, como el apelativo de “puta” aplicado como insulto a toda mujer en cualquier circunstancia y no como nombre de un trabajo. (Sánchez y Femenías; 2008, pág. 36)

La premisa de la inferioridad innata de las mujeres fue avalada por importantes pensadores como el filósofo griego Aristóteles que en el siglo IV A.C. decía: *“Este principio de necesidad se extiende a todo el género humano. Esta desigualdad es*

permanente debido a que la “facultad de discernimiento” de las mujeres “carece de autoridad” como la de un niño.” (Anderson y Zinsser, 1991; 50)

Por otra parte, en los escritos de Homero, en la ley romana, en el Antiguo Testamento, las mujeres están explícitamente sometidas a los hombres y esta relación se justifica de varias maneras. La cuarta ley de las Doce Tablas de Roma se llama “poder paterno” y concede al padre la autoridad única y absoluta sobre sus hijos.

Tal vez el discurso que más ha establecido la subordinación de la mujer al hombre es aquel dice que Eva fue creada a partir de una costilla de Adán y ella fue “engañada” por la serpiente para desobedecer al Señor. De hecho, el fundamento principal para la subordinación femenina se da en el castigo de Dios a las mujeres:

*Tantas haré tus fatigas cuantos sean tus embarazos:
con dolor parirás los hijos.
Hacia tu marido irá tu apetencia,
y el te dominará. (Génesis 3,16)*

Vale aclarar, que también presentaremos los discursos culturalistas. Si bien estos no forman parte de los históricos/hegemónicos, consideramos que es importante su difusión y aporte porque tienen una postura diferente, ya que plantean el carácter no natural y, por lo tanto, cultural de la diferenciación entre los géneros.

Discursos sobre la familia y el hogar

Como explican Anderson y Zinsser, en los escritos griegos, romanos y hebreos la función deseable y más común para toda mujer de rango superior al de esclava era la de esposa y madre. Como esposa, madre o hija de un guerrero, una mujer tenía una función valiosa y honorable, en tanto permaneciera dentro de la familia y el matrimonio. En la Odisea de Homero, Penélope, la esposa fiel, que permanece leal a Ulises aun después de veinte años de separación, es exaltada como hija, esposa y madre ideal. (Anderson y Zinsser, 1991; 41)

Cada una de estas culturas (la griega, la romana, la celta, la germana) argumentó que el cuerpo físico de la mujer (su menstruación, su útero, su capacidad para dar a luz) la excluían por definición de la guerra, la ley, el gobierno y buena parte de la

religión. Asimismo, creían que el cuerpo de la mujer necesitaba ser confinado a la resguardada esfera del hogar, siempre que fuera posible; le otorgaron al hombre de su familia la autoridad y el poder sobre ella, y consideraron su vida como algo casi exclusivamente relacionado con la familia.

Además de ser fiel y fértil, la esposa tenía una tercera responsabilidad hacia su marido: debía cuidar la casa. Estas primeras culturas transmitieron el modelo tradicional de que una buena esposa debía velar por las necesidades básicas de su familia, “ya fuera la más rica matrona romana supervisando a sus esclavos, o la más pobre de un clan germánico trabajando en el huerto de su casa.” (Anderson y Zinsser, 1991; 64)

Madre + ama de casa = mujer ideal

En lo vinculado a la esfera del hogar, Julieta Greco explica que *“los discursos biologicistas hegemónicos sostienen que las capacidades reproductivas de cada sexo determinan sus funciones dentro del núcleo familiar. Así se establece la primitiva división sexual del trabajo –o la división del trabajo en función del sexo-, sintetizada bajo la fórmula “La mujer engendra y cuida, el hombre provee.” (Greco, 2005; 61)*

A partir de esto, se observa que el cuidado de los hijos es una tarea exclusiva de la madre: “es ella quien los lleva en su vientre y los alumbró, mientras que al hombre se le adjudican las tareas de proveer el sustento y representar la autoridad suprema dentro del hogar. Enfoques funcionalistas han señalado esta división de roles de género en términos de *“funciones instrumentales”* -las correspondientes al hombre- y *“funciones creativas o expresivas”* -las atribuidas a la mujer.” (Idem.)

Además, los biologicistas plantean la existencia de una “naturaleza femenina” y prescriben que la mujer madre posponga sus intereses individuales a los de sus hijos. A su vez, imprimen a la maternidad el carácter de “excluyente”, es decir, que cualquier otra actividad que realice la mujer constituye un descuido a su función “trascendental” como madre. (Idem.)

Las raíces de la subordinación femenina

De acuerdo a los discursos de la iglesia católica, el hombre debe tomar la posición de líder, y prueba de ello es su estructura corporal e intelectual, mientras la mujer es asignada a la subordinación masculina en cuanto se une al hombre.

La supremacía masculina es ejercida en primer término en el seno de la familia y se lo considera "líder nato" de la misma, mientras el deber de la mujer es obedecerlo: *"El marido es el que gobierna la familia y cabeza de la mujer; la mujer como carne de su carne y hueso de sus huesos ha de estar subordinada y obediente al marido, no, sin embargo, como una sirvienta sino como una compañera de tal clase que la obediencia prestada es tan honorable como digna."* (Rössler; Fanning)

Mientras que explican que el cuidado de los hijos y del hogar pertenecen naturalmente a la mujer, ya que ella se encuentra más capacitada que el hombre para esas funciones.

La capacidad de la mujer de procrear determina su cualidad intrínseca de dar contención al otro, cualidad que debe ser desarrollada plenamente por ella orientando sus actividades hacia aquellas tareas que apunten al crecimiento y la protección del prójimo.

Más allá de que consideran que la maternidad es un elemento clave en la identidad femenina, sostienen que no se debe pensar a la mujer únicamente bajo este aspecto. Así, plantean que la virginidad es otra inclinación marcada por voluntad divina.

La maternidad: ¿Instinto biológico o construcción cultural?

Por otro lado, los discursos culturalistas consideran que el hecho de que la mujer tenga la capacidad reproductiva de procrear no implica que necesariamente deba ser madre, no es un *"mandato biológico"*. También, aclaran que el hecho de dar a luz y ser la responsable de la alimentación del bebé durante sus primeros meses de vida no significa que todas las demás tareas vinculadas a la crianza y cuidado de los hijos no puedan ser realizadas de igual modo por el padre. (Greco, 2005, pág 67)

Discursos sobre sexualidad/pareja

En los escritos hebreos, la mujer se define en relación al hombre y se considera objeto del deseo masculino.

Desde los más antiguos escritos de estas culturas existe una estricta división entre la mujer buena y la mala. Una buena hija era una hija virginal. Cuando perdía su virginidad se convertía en esposa (una mujer sexualmente activa buena) o en una prostituta (una mujer sexualmente activa mala).

“La mayor virtud de la mujer es la castidad”, declaraba un texto pitagórico de la Italia del siglo II A.C., y este sentimiento se repetía en todas las culturas. Una importante tradición heredada de las mujeres europeas consistió en que serían definidas como buenas o malas, decentes o indecentes, respetables o perdidas, por sus relaciones sexuales con los hombres.

En las culturas celtas y germanas, el adulterio era básicamente un crimen de mujer. Un hombre podía cometerlo sólo si mantenía relaciones sexuales con la esposa de otro hombre, no con otra mujer.

Un poderoso motivo de crítica a las mujeres era el empleo de su atractivo sexual para influir en los hombres. La solución de estas primeras culturas al problema consistió en el intento de dividir a las mujeres en categorías particulares y distintas: la esposa y la prostituta. Una esposa debía ser obediente a su esposo y seguir sus mandatos, incluso en la cama. La sexualidad femenina independiente fue estigmatizada como característica de la prostituta. Por ejemplo, en las *Obras morales* Plutarco dice que una esposa *“no debe evitar o poner objeciones cuando su marido comienza a hacerle el amor, pero tampoco debe ser ella quien empiece. En un caso ella está sobreexcitada como una prostituta, en el otro se comporta de modo frío y carente de afecto”*. (Anderson y Zinsser, 1991; 68)

La mujer presa de su anatomía

Los discursos biologicistas asignan a la mujer un rol pasivo en la sexualidad y al hombre un rol activo, posicionando a él como "macho predador" y a ella como "objeto de presa": *"A causa de su condición anatómica el macho humano era depredador*

natural y la hembra humana le servía de presa natural" (Miller, 1981, citado en Morey y Rainero, 1998: 33).

Dentro de estos discursos se ha planteado la existencia de una diferencia entre hombres y mujeres en cuanto a su receptividad a imágenes visuales y materiales narrativos eróticos. De acuerdo a este discurso, los hombres son mucho más receptivos a este tipo de estímulos y lo son de una manera distinta, mientras supone que es raro que una mujer sea excitada eróticamente por la imagen visual de un varón y que ésta sólo puede *"alentarla románticamente"*, pero no sexualmente.

Culturalistas: la crítica a la mujer-objeto

En referencia al discurso hegemónico por excelencia en torno a la sexualidad femenina -aquel que la posiciona como "sexualmente pasiva", mientras cataloga al hombre como "sexualmente activo"- la psicóloga argentina Ana María Fernández sostiene que esta asignación de roles en verdad revela una relación de poder entre un dominador –el participante activo- y un dominado –el participante pasivo-. (Fernández, 1993; 258)

Fernández explica que la anatomía de la mujer occidental ha sido castrada simbólicamente, mediante la invisibilización –por ignorancia o inhibición- del clítoris como fuente del placer femenino. Esta invisibilización, producida gracias a los significados dominantes respecto a las zonas erógenas femeninas, produce la pasivización femenina, al hacer que muchas mujeres *"actúen, piensen y sientan como si no tuvieran clítoris"*, o que se piensen a sí mismas como varones castrados, desconociendo su capacidad de orgasmos múltiples, sus posibilidades de autoestimularse y creyendo que su sexualidad se concentra sólo en la vagina. (Fernández, 1993; 251)

Otro de los dispositivos difundidos para prolongar y perpetuar el protagonismo masculino, según Fernández, es la creencia de que el placer de la mujer depende exclusivamente del hombre: *"Parece ser que este juego de ilusiones complementarias se funda desde un mito: la clave del erotismo de la mujer está 'en manos' del hombre."* Este mito hace creer a la mujer que ella es pasiva y que sólo ese hombre es capaz de generarle placer, y ello, sumado a la idea internalizada por la mujer de que "es de otro",

la llevan a mantenerse fiel. Esta fidelidad, en última instancia, permite que la familia siga unida, con lo cual Fernández revela a este mito como parte de los dispositivos de sostén de la familia patriarcal. (Fernández, 1993; 253)

En esta estereotipación erótica, la mujer aparece como objeto, pasivo, acompañante atento y receptivo a las demandas del hombre, sujeto activo, protagonista, guía y mentor del encuentro sexual.

Así, la mujer es construida como un cuerpo que busca y necesita de la aprobación de los demás, y de allí deriva la adjudicación del narcisismo como un rasgo típicamente femenino.

Dice Bourdieu: *"Las mujeres existen por y para la mirada de los demás, es decir en cuanto que objetos acogedores, atractivos, disponibles. La supuesta "feminidad" sólo es a menudo una forma de complacencia respecto a las expectativas masculinas"* (Bourdieu, 1999; 86).

Fernández señala que la subjetividad femenina está organizada bajo *"el mito del amor romántico"*, es decir, la mujer estructura la imagen de sí misma a partir de la existencia del amor de un hombre y organiza su mirada de mundo a través de una clave fragilizada y sentimentalizada. Esta subjetividad crea condiciones para que la mujer establezca relaciones dependientes en las que espera que el amor del hombre la confirme como ser humano: necesita que el hombre, a través de los gestos y las palabras, confirme su amor, y de ese modo, la confirme a ella misma. (Fernández, 1993; 258)

Discursos sobre el trabajo

La mayoría de las mujeres de las culturas romanas, griegas y hebreas trabajaron la tierra. Una tradición heredada por las mujeres europeas radicaba en que a ellas se les pagaba un salario menor que a un hombre, aunque realizaran el mismo trabajo. "Ya en el siglo VIII A.C. el poeta griego Hesíodo aconsejaba a un granjero sobre el modo de ahorrar dinero. En invierno debía *"despedir a los hombres contratados y contratar a una muchacha sin hijos."* (Anderson y Zinsser, 1991; 65)

La “doble carga” de las mujeres (dedicarse al trabajo casero y al cuidado de los hijos y aportar unos ingresos adicionales) es otra tradición que se remonta a estas antiguas culturas.

La doble carga laboral

Desde la Iglesia Católica se mantiene que la realidad de la mujer en cuanto a la esfera del trabajo es diferente de la del hombre. Como explican Ratzinger y Amato, las mujeres deben dedicar todo su tiempo al trabajo doméstico, o bien llevar adelante una flexibilización de los horarios y condiciones laborales, para que de esta forma no se vea interferido su trabajo dentro del hogar, ni tampoco la unidad y estabilidad familiar. (Ratzinger; Amato, 2004)

Esta cuestión de la estabilidad familiar es fundamental para la Iglesia Católica, ya que como expresa Julieta Grieco *“sostiene que los matrimonios en los que la mujer trabaja fuera del hogar son menos estables y están más expuestos a su disolución, debido a que no es posible para la mujer ejercer roles sociales tan contradictorios como ser madre, obrera, ama de casa y amante, y tampoco es posible ejecutarlos bien a todos ellos. De allí dictamina la dificultad contemporánea de la formación de familias estables.”* (Greco, 2005; 57 y 58)

La división sexual del trabajo

Por otra parte, los discursos biologicistas expresan como medida de la división sexual del trabajo una extensión de las funciones primitivas de cada sexo.

Como plantea Pierre Bourdieu, esta estructura dominante se basa sobre tres principios: *“1) las tareas apropiadas para las mujeres son aquellas que constituyen una prolongación de las funciones domésticas (cuidado, servicio, enseñanza); 2) las mujeres no pueden tener autoridad sobre los hombres, por ende, no pueden ocupar una posición de mayor jerarquía o autoridad que un hombre y deben conformarse con*

una posición subordinada; 3) el hombre posee el dominio absoluto de las máquinas y los instrumentos.”(Bourdieu, 1999; 117)

El lado oscuro del éxito

Los discursos culturalistas señalan que el concepto de división sexual del trabajo se refiere a la asignación de labores de acuerdo al sexo de las personas, a partir del preconceito de que hombres y mujeres poseen diferentes atributos y capacidades, los cuales los convierten en aptos para cierto tipo de tareas e inadecuados para otros. Por lo tanto, se considera al trabajo como un *"agente socializador de género."* (Greco, 2005; 67 y 68)

Julietta Greco, citando a la autora Rose-Marie Lagrave, explica que hoy la dominación masculina ha cambiado sus mecanismos de exclusión de la mujer por otros más sutiles y más difíciles de percibir. *“Ya no se la confina al hogar como antaño, pero detrás de la imagen de unas pocas mujeres "exitosas" –cuya difusión corre por cuenta de los medios de comunicación, cómplices según la autora de este proceso de "oscurantismo"- se oculta la precariedad del trabajo femenino o la desigualdad de oportunidades laborales respecto al hombre.”*

SEXTO CAPÍTULO

HERRAMIENTAS METODOLÓGICAS

Metodológicamente realizamos una descripción de los imaginarios sociales que construyen sobre las mujeres los diferentes jóvenes de la ciudad de La Plata. Una descripción que estuvo atenta a las formas en que los sujetos, diferencial y colectivamente, incorporan el mundo y en movimientos de creación y reproducción lo vuelvan a nombrar.

Para llevar a cabo dicha descripción tomamos, por un lado, las interpretaciones de los jóvenes sobre el rol que ocupan las mujeres en cuanto al trabajo, al sexo/pareja y hogar/ familia.

Luego, trabajamos con las interpretaciones que permiten los puntos de vista teóricos sobre las de los actores. Finalmente, realizamos una comparación de las significaciones de los jóvenes con los discursos históricos/hegemónicos. Hay que aclarar que el proceso de interpretación implica que las hipótesis se ponen al final. Y, consiguientemente, la interpretación se pone en marcha desde el principio.

Por lo tanto, esta es una investigación cualitativa, ya que *“pretende dar cuenta de significados, actividades, acciones e interpretaciones cotidianas de distintos sujetos, situados estos en un contexto específico o en un ámbito de dicho contexto. Así, la perspectiva cualitativa no está interesada en contar y medir cosas, ni convertir observaciones en números: se interesa por preguntar, interpretar y relacionar lo observado, es decir, por construir sentido sobre la problemática que condujo al campo de investigación”*. (Obregón, 1999; 126)

A su vez, la investigación cualitativa, tal como explican Cohen y Piovani, *“se centra en la práctica real, situada, y se basa en un proceso de investigación interactivo en el que intervienen el investigador y los participantes.”* (Cohen y Piovani, 2008; 54)

Además, hay que tener en cuenta que busca descubrir lo nuevo y desarrollar teorías fundamentadas empíricamente, y es su relación con la teoría, con su creación, con su ampliación, con su superación lo que la distingue. Es decir, que provee nuevas perspectivas sobre lo que se conoce. Por lo tanto, intentaremos crear y desarrollar nuevas teorías o conceptos sobre las representaciones que tienen los jóvenes sobre la

mujer, tomándonos de las diversas herramientas que tiene este método y aplicándolas sobre la realidad cultural.

La entrevista en profundidad

Para conocer las interpretaciones de los jóvenes se realizaron entrevistas en profundidad a personas, de ambos géneros, de entre 18 y 30 años, con diferentes volúmenes y estructuras de capital. Entendemos que la entrevista en profundidad resulta útil para obtener informaciones de carácter pragmático, es decir, de cómo los sujetos diversos actúan y reconstruyen el sistema de representaciones sociales en sus prácticas individuales.

Por lo tanto, se desarrollaron entrevistas reflexivas en las que acudimos a ellas con una serie de temas que conversamos con el entrevistado.

Es fundamental el hecho de que, como sostienen Delgado y Gutiérrez, *“las preguntas adecuadas son aquellas que se refieren a los comportamientos pasados, presentes o futuros, es decir, al orden de lo realizado o realizable, no sólo a lo que el informante piensa sobre el asunto que investigamos, sino a cómo se actúa o actuó en relación con dicho asunto.”* (Delgado; Gutiérrez, 1995; 89) Por lo tanto, la entrevista abierta, se sitúa en *“el decir del hacer”* (Idem), basado fundamentalmente en que el hecho de hablar con los interlocutores de lo que hacen y lo que son (lo que creen ser y hacer) es el primer paso de toda etnografía.

A partir de dichas entrevistas, buscamos observar si existen diferencias o similitudes en todos o en algunos de los ejes sobre los que se los interrogó en cuanto a las construcciones de sus imaginarios o representaciones sociales de las mujeres.

A su vez, tendremos en cuenta lo planteado por Mario Margulis a la hora de analizar las entrevistas: *“Una forma posible de comprender la situación de la entrevista que no es más que una epitomización de una situación social en la que el actor social percibe presiones sociales externas a las que responder con su comportamiento, es por medio de la analogía dramatúrgica tal como fue desarrollada por Erving Goffman. Según esta perspectiva, la escena social posee las cualidades de una escena teatral en un sentido metafórico. El actor trabaja para conferir una impresión de su persona (una imagen) que responde al rol que ha de cumplir en la situación social en la que se encuentra.”* (Margulis, 2003; 97)

De este modo, consideramos que los datos (es decir, las interpretaciones de interpretaciones) que se obtuvieron en las entrevistas deben leerse a la luz de lo que los jóvenes nos comuniquen a nosotros, en tanto investigadores, pero también a los jóvenes y adultos que no estuvieron presentes físicamente en la entrevista, pero sí en su imaginario.

La cantidad de jóvenes que componían la muestra fue un número indeterminado al comienzo que fue definiéndose a partir de un criterio de saturación:

“La saturación es un fenómeno por el que, superado un cierto número de entrevistas el investigador tiene la impresión de no aprender nada nuevo, al menos por lo que respecta al objeto sociológico de la investigación”. (Bertaux, 1993)

Elegimos esta herramienta porque la importancia de la investigación no radica en la cantidad, sino en las diferencias en los imaginarios sobre las mujeres existentes entre los/as entrevistados/as.

Trabajo de campo

En nuestro trabajo de campo realizamos entrevistas en profundidad a jóvenes de 18 a 30 años de diferente capital simbólico. Este trabajo nos llevó alrededor de dos meses, entre septiembre y octubre, en los cuales entrevistamos a dieciséis personas: dos pertenecientes a la clase alta; siete de clase media; dos que formaban parte de los llamados “sectores populares” y cinco de clase baja.

Dentro de estos grupos contamos con: dos personas de nacionalidad boliviana y tres religiosos practicantes (dos católicos y una evangelista).

Es necesario aclarar que ninguno de los grupos era totalmente homogéneo, sino que estaban contruidos también atendiendo a las diferencias que presentaban internamente. Estas diferencias estaban dadas fundamentalmente por el género, la edad y su historia escolar.

La elección de estos jóvenes diferentes se produjo a partir de la hipótesis de que tendrían percepciones distintas, por los que nos interesó ver las yuxtaposiciones, alianzas y antagonismos entre las mismas.

Con respecto a las entrevistas, en primer lugar, nos encontramos con dificultades en el armado de estas, por ejemplo preguntas repetitivas o que no eran de fácil

comprensión. Por lo tanto, lo fuimos resolviendo eliminando o agrupando preguntas, reformulándolas y creando otras. Fue necesario explicar algunas que se prestaban a confusión, como aquella que consultaba sobre una mujer u hombre que tuviera muchos amantes. Con la palabra “amante” se interpretaba a una persona que era infiel y no con el sentido que le queríamos otorgar, es decir, un sujeto soltero que mantiene relaciones sexuales ocasionales con distintas personas. Por lo tanto, mientras fuimos avanzando con el trabajo de campo, aclarábamos en la formulación de la pregunta el sentido que le dábamos a la palabra “amante”.

A su vez, surgió la dificultad a la hora de dar respuesta a la pregunta que se refiere al modelo ideal, tanto de la mujer como del hombre. Los sujetos no sabían que modelo de persona citar, por lo que, en contra de nuestra idea de cómo realizar una entrevista, tuvimos que dar algunos ejemplos, que quizás hayan influido en sus respuestas.

También se dificultó la comprensión de la pregunta sobre el fundamento de las diferencias de roles de género, por lo que se hizo necesaria una explicación de la diferenciación entre los conceptos de cultura y naturaleza, que son definiciones a las cuales, por nuestra formación académica, tenemos internalizadas y por eso pensamos que no iban a surgir estas dificultades.

A la hora de conseguir los entrevistados nos encontramos con algunas complicaciones. Ya sea por la falta de tiempo de los sujetos seleccionados o por no tener contacto cercano con personas de los sectores populares. Estos fueron los de mayor complicación y a los únicos que tuvimos que salir a buscar a la calle.

Al pertenecer la mayoría de los/as entrevistados/as a nuestro entorno (amigos, familiares, vecinos, compañeros de trabajo) se produjeron ciertos condicionamientos en sus respuestas. Sobre todo en el hecho de que conocían el tema de nuestra investigación por lo que acomodaban sus discursos a lo que pensaban queríamos obtener y siempre teniendo en cuenta que iban a ser leídos por otros y que podían ser mal vistos por sus verdaderas respuestas. Por ello, se observa que en ocasiones comienzan sus explicaciones aclarando “no quiero ser machista, pero...”.

Por otra parte, a mí (Melisa) me pareció que los hombres me respondían, por ser mujer, lo políticamente correcto, y en otros casos, se disculpaban conmigo por el carácter machista de algunas de sus respuestas. En cambio no ocurrió lo mismo con las entrevistas que Leandro realizó a hombres o mujeres.

Además, nos encontramos con que, al tener un conocimiento mutuo con los entrevistados, no se explotaban todo lo que podían haberlo hecho, dando ciertos puntos por sentado.

Sin embargo, pese a las dificultades con las que nos encontramos en el desarrollo de este trabajo de campo, pudimos realizarlo en los tiempos en que nos lo habíamos propuesto.

Interpretación de las entrevistas

A la hora de interpretar los discursos de los diferentes jóvenes, el primer paso fue el de dividirlos en los ejes Trabajo, Hogar/familia, Sexualidad/pareja y Temas generales. Luego comparamos los grupos de jóvenes con diferente volumen de capital simbólico internamente y entre sí, buscando similitudes y diferencias.

Finalmente interpretamos esos discursos a la luz de lo desarrollado en el marco teórico, tratando de explicar el por qué de esos imaginarios sociales sobre las mujeres, teniendo en cuenta el volumen de capital simbólico con el que contaban.

La interpretación de las entrevistas se basó en observar si esas representaciones se correspondían con los discursos históricos hegemónicos que hablaron sobre las mujeres, o si surgían en las respuestas de los jóvenes discursos impugnadores.

SÉPTIMO CAPÍTULO

DISCURSOS HISTÓRICOS HEGEMÓNICOS

En este capítulo nos proponemos analizar los discursos surgidos de las entrevistas, comparándolos con los conceptos o planteos que han circulado a lo largo de la historia sobre el rol de la mujer en la sociedad. La idea de llevar adelante esta tarea respondió a que observamos, en las charlas que mantenemos en nuestra vida cotidiana con jóvenes de diferentes sectores sociales, que se mantienen los estereotipos femeninos de generaciones anteriores. Por ello, queremos constatarlo o no en esta investigación, teniendo en cuenta los discursos de la Iglesia Católica, de las culturas antiguas, de la vertiente biologicista y culturalista.

Discursos sobre hogar/familia:

La mayoría de los/as entrevistados/as tiene una postura diferente a los discursos históricos hegemónicos que han circulado que dicen que la mujer debe ser la única encargada de las tareas del hogar, y que el hombre sea el que tome las decisiones. De todos modos, siguen habiendo sujetos que concuerdan con esos discursos, por considerar que la mujer está más capacitada para esas funciones.

En cuanto a la educación de los hijos, las opiniones están divididas: un grupo coincide con los discursos históricos afirmando que la mujer por naturaleza tiene mayor facilidad y paciencia para enseñar a los niños. Por otro lado, el otro grupo opina que la educación debe ser compartida entre el hombre y la mujer.

Con respecto a la maternidad, la mayor parte de los/as entrevistados/as sostiene que la mujer sin hijos no es completa, al igual que lo expresado por los discursos históricos hegemónicos. El resto de los/as entrevistados/as indica que, coincidiendo con la vertiente impugnadora culturalista, el hecho de que la mujer tenga la capacidad reproductiva de procrear no implica que necesariamente deba ser madre, no es un *“mandato biológico”*.

Discursos sobre Trabajo:

En este sentido, también hay una división, entre los que opinan que la mujer debe dejar de trabajar cuando tiene hijos (es decir, comparten la postura de los discursos de la iglesia católica) por considerar que se desvirtúa la estabilidad de la familia. Los restantes consideran que la mujer debe seguir trabajando, aunque un grupo piensa que tiene que tomar un receso durante los primeros meses de vida de los bebés.

A su vez, la gran mayoría de los jóvenes explican que la mujer puede trabajar a la par del hombre, aunque también hay sujetos que manifiestan, al igual que los discursos eclesiásticos, que la mujer no debe trabajar para poder ocuparse del cuidado de los hijos y del hogar.

En cuanto a la existencia de oficios naturales de la mujer, en general se mantiene la postura de la vertiente biologicista de que el género femenino está más capacitado para la enseñanza, el servicio doméstico y el cuidado.

Discursos sobre Sexualidad/Pareja

A partir de los dichos de la mayor parte de los jóvenes, se deduce que hay un progreso en cuanto a los discursos históricos sobre la sexualidad de la mujer. Ya que varios sostienen que la mujer puede tener relaciones sexuales casuales con diferentes hombres. Aunque hay una parte que comparte la visión de los discursos hebreos, germanos y celtas de que sólo los hombres pueden tener sexo por placer con diferentes mujeres.

Con respecto al rol sexual de la mujer, se ha superado la postura de los discursos históricos hegemónicos que le otorgaban un papel pasivo, y, además, empieza a surgir la postura de que la mujer puede incluso ser más activa que el hombre.

Asimismo, también se ha superado el mandato de los discursos eclesiásticos de que la mujer debe iniciarse sexualmente después del matrimonio. Actualmente, esta idea sólo continúa en el imaginario de los jóvenes religiosos practicantes.

Por otra parte, todos coinciden en que a la mujer se la sigue tratando como un objeto sexual, concepto que circula en los discursos biologicistas. Aunque ellos aclaran que no comparten esta postura.

En cuanto a la demostración de sus deseos sexuales por parte de la mujer, el mayor porcentaje de los/as entrevistados/as opina que es incorrecto, porque explican que de esa forma pierden su feminidad, coincidiendo con los discursos celtas, hebreos y germanos.

Con relación a las exigencias sexuales por parte del hombre a la mujer, ya no se producen, como sostenían los discursos de las culturas antiguas. Más aún, en las entrevistas realizadas surgió el hecho de que ahora son las mujeres las que más proponen actividades sexuales.

Por otro lado, la mayoría de los jóvenes entrevistados condenan la infidelidad para ambos géneros por igual. Sin embargo, un grupo sigue sosteniendo lo expresado por los discursos de las culturas antiguas, en los que se cree que la infidelidad de la mujer es peor.

Discursos sobre los Temas Generales

Existe una división sobre el origen de las diferencias de género. Un grupo comparte el pensamiento de los discursos eclesiásticos y biologicistas, es decir que afirman que son naturales; mientras que el restante mantiene que son culturales.

OCTAVO CAPÍTULO

DESCRIPCIÓN DE LOS GRUPOS POR SECTOR

XVIII. 1 Eje Hogar/familia:

GRUPO 1: Sectores subalternos “A”⁴

En cuanto a las tareas del hogar, la mayoría coincide en que deben hacerlas ambos, excepto una mujer que menciona que las tiene que hacer la mujer, y respecto de las decisiones todos opinan que las deben tomar ambos, lo mismo que con la educación de los hijos.

En relación al momento para tener hijos, el mayor porcentaje cree que tiene que ser cuando estén dadas las condiciones económicas. El grupo minoritario se divide en: uno que se refiere a la estabilidad de la pareja, otra al matrimonio y el último a “estar preparado”. Respecto de si la mujer sin hijos es completa o incompleta, las opiniones están divididas, no así en el caso del hombre, en el que la mayoría respondió que puede ser completo sin hijos.

GRUPO 2: Sectores medios

En lo que respecta a las decisiones y a las tareas del hogar, la mayoría coincide en que ambos deben encargarse. Algunos responden que debería ser la mujer quien realice las tareas del hogar, pero ninguno menciona que debe hacerlo el hombre. Y respecto de las decisiones, uno dice que debe ser el hombre quien las tome, pero ninguno la mujer. En cuanto a la educación de los hijos, ninguno menciona que el hombre debería encargarse.

⁴ Realizamos una división entre sectores subalternos “A” y subalternos “B”. El primer sector se refiere a aquellos jóvenes que tienen una condición económica baja, pero que tienen trabajos formales y han realizado completamente sus estudios, algunos de ellos ingresando a la universidad. Mientras que los sectores subalternos “B” son aquellos que han abandonado la escuela primaria, están por debajo de la línea de pobreza y realizan trabajos no formales (limpiavidrio, cuida coches, etc).

Con relación al momento indicado para tener hijos, la mayoría opina que debe ser cuando esté bien económicamente. No se notaron diferencias entre los géneros en las respuestas. Excepto una mujer que sostuvo que la mujer no debe ser demasiado vieja. La mayoría le da una gran importancia a la maternidad, pero no así a la paternidad, opinando que el hombre puede ser completo aunque no haya tenido hijos.

GRUPO 3: Sectores altos

En cuanto a las tareas del hogar, él opina que las deben hacer ambos, ella la mujer y respecto de las decisiones, los dos dicen que tienen que tomarlas ambos, al igual que con la educación de los hijos.

Respecto a la maternidad, ambos opinan que las condiciones son: estabilidad económica y en la pareja. Los dos afirman que tanto la mujer como el hombre pueden ser completos aunque no hayan tenido hijos.

GRUPO 4: Extranjeros

Ambos opinan que las tareas del hogar, las decisiones y la educación las deben realizar tanto el hombre como la mujer. Creen que para tener hijos se tiene que tener estabilidad económica y consideran que tanto el hombre como la mujer son completos sin hijos.

GRUPO 5: Religiosos

La mayoría piensa que la mujer debe realizar las tareas del hogar, mientras que las decisiones y la educación lo tienen que llevar adelante ambos. Aunque ninguno expresa que el hombre tiene que ser el encargado de las tareas del hogar y la mujer tomar las decisiones.

Además, creen que se deben tener hijos luego del matrimonio. En cuanto a si la mujer es completa sin hijos se dieron diversas respuestas: completa, incompleta y depende de la persona. Distinto es en relación al hombre, ya que consideran que es completo.

GRUPO 6: Sectores subalternos “B”

En cuanto a las tareas del hogar, ambos creen que las debe realizar la mujer, aunque las decisiones uno sostiene que debe tomarla ambos miembros de la pareja y el otro expresa que debe ser la mujer (hay que considerar que fue criado sólo por su madre) Sobre quien debe ser el encargado de la educación, se dividen entre el hombre y la mujer.

Creen que se debe tener hijos cuando se pueda asumir la responsabilidad, cuando se esté enamorado con una cierta estabilidad económica.

A su vez, se dividen en considerar que la mujer no es completa sin hijos, aunque coinciden en que el hombre si es completo sin ellos.

XVIII. 2 Eje Sexualidad/pareja:

GRUPO 1: Sectores subalternos “A”

En cuanto al sexo casual, la mayoría de los/as entrevistados/as afirma que está bien en ambos y la única que lo ve mal, lo ve mal en ambos.

Ninguno cree que la mujer tiene un rol pasivo en cuanto al sexo, aunque algunos aclaran que depende de la mujer.

Además, no les molesta que su pareja salga o trabaje. Con respecto al momento de iniciarse sexualmente del hombre, todos coinciden en “estar preparados”; y solo la mujer que pertenece a la religión, afirma que debe darse en el matrimonio.

Entre las razones para tener relaciones sexuales, se dividen entre placer y amor. Todos opinan que a la mujer se la valora socialmente por sus atributos físicos y casi todos creen que existe una mayor exigencia de una buena imagen para la mujer, excepto uno, que opina que es igual para ambos, pero nadie menciona que es mayor para el hombre.

La opinión en cuanto a la demostración de deseos sexuales por parte de la mujer, está dividida entre los/as entrevistados/as de ambos géneros, lo mismo en cuanto a si

el hombre tiene mayores deseos sexuales que la mujer, aunque ninguno/a opina que la mujer tiene mayores deseos.

La mayoría no le exige a su pareja que cuide su imagen. Respecto de si su pareja les reclamó alguna práctica sexual indeseada, las respuestas están divididas.

En cuanto a la infidelidad, la mayoría dijo que el hombre es más infiel, además ninguno dijo que el engaño del hombre es peor visto, pero uno opinó que es peor en la mujer.

Asimismo, en cuanto a si prefieren o no que sus parejas no hayan tenido experiencias sexuales anteriores, las opiniones se dividen.

GRUPO 2: Sectores medios

En cuanto al sexo casual, la mayoría (hombres y mujeres por igual) afirma que está mal en ambos y ninguno lo ve mal sólo en el hombre, aunque sí en la mujer.

Ninguno cree que la mujer tiene un rol pasivo en cuanto al sexo, aunque algunos aclaran que depende de la mujer.

Además, no les molesta que su pareja salga o trabaje. Con respecto al momento de iniciarse sexualmente del hombre, existe una división entre placer y estar preparado; y en cuanto a la mujer, la mayoría menciona el hecho de que esté preparada.

Entre las razones para tener relaciones sexuales, se dividen entre placer y amor. Casi todos opinan que a la mujer se la valora socialmente por sus atributos físicos, aunque ellos las valoran tanto por lo físico como por lo intelectual. Todos creen que existe una mayor exigencia de una buena imagen para la mujer.

El porcentaje mayor dice que la demostración de deseos sexuales por parte de la mujer, está bien solamente cuando tiene una pareja. Todos afirman que el hombre tiene más deseos sexuales que la mujer. La mayoría no le exige a su pareja que cuide su imagen ni su pareja les reclamó alguna práctica sexual indeseada. En cuanto a la infidelidad, la mayoría dijo que ambos son infieles por igual y ninguno sostuvo que la mujer es más infiel, además ninguno dijo que el engaño del hombre es peor visto.

Asimismo, prefieren que sus parejas no hayan tenido experiencias sexuales anteriores, por celos o por temor a la comparación.

GRUPO 3: Sectores altos

Los dos dicen que el sexo casual esta bien para ambos géneros y que el rol sexual de la mujer es activo. A ninguno le molesta que su pareja salga ni que trabaje. En cuanto al momento de iniciación sexual, él opina que tiene que ser con una pareja estable, y ella cuando esté preparada. Las razones para tener sexo se dividen entre amor y placer.

Ambos coinciden en que en la sociedad a la mujer se la valora por lo físico, y que en ese sentido, en lo físico, hay una mayor exigencia para las mujeres. Los dos afirman que la mujer puede demostrar sus deseos sexuales. Él, cree que la mujer tiene los mismos deseos que el hombre, y ella opina que el hombre tiene más. Ninguno le exige a su pareja que tenga una buena imagen, y sus parejas no les exigieron ninguna práctica sexual indeseable. Él dice que la mujer es más infiel, y ella que el hombre.

Los dos dicen que la infidelidad es lo mismo para ambos géneros. A ella le es indiferente que su pareja haya tenido experiencias sexuales anteriores, y él prefiere que no, por celos.

Grupo 4: Extranjeros

Uno de ellos considera que está bien que el hombre tenga sexo casual, pero no en la mujer. El otro entrevistado cree que está bien en ambos casos. Ninguno opina que el rol de la mujer es pasivo, aunque uno indicó que depende de la mujer. Además, a ninguno de los dos les molesta que sus parejas salgan y que trabajen.

Con relación a la iniciación sexual piensan diferente: uno expresa tanto la mujer como el hombre deben tener relaciones sexuales después de los 15 años, mientras que el otro sujeto opina que el hombre no tiene edad de iniciación y la mujer no debe ser muy joven.

Coinciden en que el placer es la principal razón para tener sexo, en que valoran más a la mujer por lo físico y en que hay una mayor exigencia para que la mujer tenga una buena imagen física. A su vez, sostienen que la mujer puede demostrar sus deseos sexuales, pero uno de ellos piensa que la mujer tiene más deseos sexuales y el otro cree que el hombre tiene mayor deseo.

Ninguno le exige a su pareja alguna práctica sexual que no quiera, ni le exige que cuide su imagen. Además, ambos fueron infieles y afirman que el hombre es más infiel. Ninguno considera que la infidelidad es peor en el hombre, sino que uno dice que es igual en ambos y casos y el restante que es peor en la mujer.

No les gusta que sus parejas hayan tenido relaciones sexuales anteriores.

GRUPO 5: Religiosos

Todos ven que es incorrecto tener sexo casual con diferentes amantes. Ninguno sabe si el rol de la mujer es pasivo o activo, ya que no han mantenido relaciones sexuales. A ninguno le molesta que su pareja salga y a la mayoría no le molesta que su pareja trabaje; al único que le molesta que su pareja trabaje es a un hombre.

Además, consideran que, tanto el hombre como la mujer, para iniciarse sexualmente deben estar casados y que la principal razón para tener relaciones sexuales es el amor. Por otro lado, los tres sostienen que a la mujer se la valora por lo físico, aunque ellos lo hacen tanto por lo físico como por lo intelectual, y que existe una mayor exigencia para que la mujer mantenga una buena imagen estética.

Hay una división en cuanto si la mujer puede demostrar sus deseos sexuales: uno expresa que sí en una mujer que está en pareja, otra que no y la restante que no sabe. Creen que el hombre tiene más deseos sexuales y no le exigen a su pareja ninguna práctica sexual, ni que cuiden su físico.

Ninguno fue infiel, la mayoría cree que la infidelidad se da en ambos géneros por igual y que es lo mismo que un hombre o una mujer sean infieles. Todos prefieren que sus parejas no hayan tenido relaciones sexuales con otras personas.

GRUPO 6: Sectores subalternos “B”

Uno de ellos considera que está bien que el hombre tenga sexo casual, pero no en la mujer. El otro entrevistado cree que está bien en ambos casos. Ninguno opina que el rol de la mujer es pasivo, aunque uno indicó que depende de la mujer. Además, a ambos les molesta que sus parejas salgan y que trabajen.

Con relación a la iniciación sexual piensan diferente: uno expresa tanto la mujer como el hombre deben tener relaciones sexuales después de los 15 años, mientras que el otro sujeto opina que el hombre no tiene edad de iniciación y la mujer no debe ser muy joven.

Coinciden en que el placer es la principal razón para tener sexo, en que valoran más a la mujer por lo físico y en que hay una mayor exigencia para que la mujer tenga una buena imagen física. A su vez, sostienen que la mujer puede demostrar sus deseos sexuales, pero uno de ellos piensa que la mujer tiene más deseos sexuales y el otro cree que el hombre tiene mayor deseo.

Ninguno le exige a su pareja alguna práctica sexual que no quiera, ni le exige que cuide su imagen. Además, ambos fueron infieles y afirman que el hombre es más infiel. Ninguno considera que la infidelidad es peor en el hombre, sino que uno dice que es igual en ambos y casos y el restante que es peor en la mujer.

No les gusta que sus parejas hayan tenido relaciones sexuales anteriores.

XVIII.3 Eje Trabajo:

GRUPO 1: Sectores subalternos “A”

En cuanto que la mujer deje de trabajar cuando tiene hijos, todos responden que no excepto una mujer; y sobre si la mujer tiene que trabajar a la par del hombre, se da el mismo patrón de respuestas (todos opinan que sí, excepto la misma mujer, perteneciente a la religión evangelista).

En relación a si el hecho de que la mujer trabaje y realice las tareas del hogar es algo natural o cultural, las opiniones están divididas; y todos excepto la mujer evangelista, opinaron que la mujer no tiene que dedicar más tiempo a las tareas del hogar que al trabajo.

El porcentaje mayor afirma que el menor acceso de las mujeres a los puestos de mando se debe a una cuestión cultural, relacionada con el machismo. La mayor parte de los entrevistados, menciona como oficio natural de la mujer a la educación (una agrega chef y gestión). A su vez, las opiniones sobre si existe diferente trato laboral en relación al género o no, están divididas, con una mayoría que afirma que sí existe.

GRUPO 2: Sectores medios

La mayoría piensa que la mujer no debe dejar de trabajar cuando tiene hijos, y que está capacitada para trabajar a la par del hombre. La mayoría opina que es algo natural que la mujer, además de trabajar, realice las tareas del hogar. Sin embargo, creen que la mujer no debe dedicar más tiempo al hogar que al trabajo.

El porcentaje mayor afirma que el menor acceso de las mujeres a los puestos de mando se debe a una cuestión cultural, relacionada con el machismo. La mayor parte de los/as entrevistados/as, menciona como oficio natural de la mujer a la educación. A su vez, piensan que existe diferente trato laboral en relación al género.

Grupo 3: Sectores altos

Ambos opinan que la mujer no tiene que dejar de trabajar cuando es madre, y las respuestas están divididas en cuanto a si debe trabajar o no a la par del hombre.

Los dos dicen que es natural que las mujeres además del trabajo realicen las tareas del hogar y que ella no tiene que dedicarle más tiempo al hogar que al trabajo. Respecto al menor acceso de la mujer a los puestos de mando, ella opina que es por decisión personal y por menor capacidad laboral; él dice que es por machismo. En cuanto a los oficios naturales, coinciden en que el de la mujer es la educación, y el del hombre todo lo relacionado a la fuerza física. Y ambos afirman que existe diferente trato laboral (mejor trato con pares, con personas del mismo sexo).

GRUPO 4: Extranjeros

Ambos explican que la mujer no debe dejar de trabajar al tener hijos, que debe trabajar a la par del hombre y que realizar las tareas del hogar y trabajar es una cuestión cultural. Además, no creen que las mujeres deban dedicarle más tiempo a las tareas del hogar que al trabajo.

En cuanto al por qué las mujeres no acceden a puestos de mando están divididos en: por machismo y por las leyes laborales.

A su vez, la entrevistada mujer no cree que existan labores naturales para la mujer y el hombre piensa que sí. La misma situación se da con relación a si se produce diferente trato laboral.

GRUPO 5: Religiosos

El mayor porcentaje opina que la mujer debe dejar de trabajar al tener hijos y que no debe trabajar a la par del hombre. Asimismo, creen que la mujer realice las tareas del hogar y trabajar es algo natural, y que la mujer debe dedicarle más tiempo al hogar que al trabajo. También están divididos en cuanto al acceso de las mujeres a puestos de mando, ya que uno de ellos considera que es por naturaleza y otra entrevistada por machismo.

La mayoría afirma que el oficio natural para la mujer es chef y que existe diferente trato laboral entre los géneros, ya sea por la división sexual o por ventajas de las mujeres por seducción.

GRUPO 6: Sectores subalternos “B”

Ambos consideran que la mujer debe dejar de trabajar cuando tiene hijos, que es natural que trabaje y realice las tareas del hogar, y que debe dedicarle más tiempo al hogar que a su trabajo. Pero no comparten que deba trabajar a la par del hombre.

Los dos comparten que un oficio natural para las mujeres es el de maestra y no coinciden en cuanto a que haya diferente trato laboral entre géneros.

XVIII.4 Eje Temas Generales:

GRUPO 1: Sectores subalternos “A”

Las opiniones sobre si las diferencias de roles entre los sexos son naturales o culturales, están divididas, aunque hay una tendencia mayor a decir que son naturales.

Con respecto al modelo de mujer ideal que circula en la sociedad, explican que se divide en dos categorías: la multifacética y el modelo de la TV (vedettes). En relación a su propio ideal de mujer, las respuestas se dividen en: linda e inteligente, buena madre

y multifacética. En relación a su modelo ideal de hombre, la mayoría dice trabajador, y las demás opiniones se refieren a: buena persona, atractivo, buen padre y compañero.

GRUPO 2: Sectores medios

Existe una división en cuanto al por qué de las diferencias de roles de género, entre los que piensan que son naturales y los que opinan que son culturales.

Con respecto al modelo de mujer ideal que circula en la sociedad, explican que se divide en dos categorías: la multifacética y el modelo de la TV (vedettes). En relación a su propio ideal de mujer, coinciden con la primera categoría. En cuanto al hombre creen que debe ser buen padre y trabajador.

GRUPO 3: Sectores altos

Las repuestas sobre la razón de las diferencias de roles de género, están divididas entre naturales y culturales. Ella opina que la mujer ideal para la sociedad es la multifacética y coincide con ese modelo en su respuesta personal. Él dice que el modelo de mujer ideal es el de la TV, y que para él, es la mujer linda e inteligente.

En cuanto a sus modelos ideales de hombre, ella afirma que es alguien compañero, y él buen padre y trabajador.

GRUPO 4: Extranjeros

La entrevistada cree que las diferencias de roles son naturales, mientras que el hombre opina que son culturales.

Con respecto a la mujer ideal que se observa en la sociedad se dividen en la mujer multifacética y la vedette de la televisión. También se da una división en cuanto su mujer ideal: ella sostiene que es una mujer multifacética y él una mujer linda e inteligente.

Para los dos el hombre ideal es un hombre trabajador.

GRUPO 5: Religiosos

La mayoría afirma que las diferencias de roles entre los géneros son naturales. Todos creen que el modelo de mujer ideal que circula en la sociedad son las vedettes de la televisión, mientras que para ellos la mujer ideal es la mujer multifacética. Y el hombre ideal es una persona trabajadora y buen padre.

GRUPO 6: Sectores populares “B”

Ambos afirman que las diferencias de roles entre los géneros son naturales. Uno de ellos cree que el modelo de mujer ideal que muestra la sociedad es la vedette de la televisión, mientras que el otro entrevistado expresa que no exista una mujer ideal. Coinciden en que la mujer debe ser buena madre y el hombre buen padre y trabajador.

NOVENO CAPÍTULO

INTERPRETACIÓN DE LAS ENTREVISTAS

En este capítulo nos proponemos interpretar los discursos de los actores de los diferentes sectores sociales, marcar y explicar sus diferencias e indagar en las posibles explicaciones.

Estos imaginarios sociales diferentes sobre el lugar que ocupan las mujeres en la sociedad, se dan a partir de que, siguiendo a Pierre Bourdieu, las representaciones que tienen los actores del mundo y sus acciones en él están marcadas desde sus estar dotados de determinados habitus, configurados de acuerdo al lugar histórico que ocupan dentro del espacio social, dado a su vez por un volumen y una estructura de capital particular.

IX.1 Eje Hogar/familia:

Todos los grupos opinan que las decisiones y la educación de los hijos, tienen que correr por cuenta de ambos (aunque existen excepciones dentro de cada sector). Mientras que en lo que respecta a las tareas del hogar, también comentan que deberían hacerlas los dos, excepto el grupo de los religiosos y el de los sectores subalternos “B” que piensa que deberían correr por cuenta de las mujeres.

“Las cosas del hogar, no sé, por ahí soy medio machista pero las tiene que hacer la mujer. Bueno, yo por ejemplo, trabajo acá en La Plata, pero por ahí si tengo oportunidades de trabajar en Buenos Aires, y dije que no porque el día de mañana vos sos la mujer de la casa, y no es lo mismo que el varón vuelva tarde que la mujer. Y en mi casa hay una mujer que limpia pero sino limpia mi mamá, porque mi papá no sabe ni dónde están guardadas las cosas.” (Cintia)

“Principalmente las decisiones las debería tomar el hombre, pero con la mujer siempre, teniendo en cuenta su opinión. Las tareas del hogar las debería hacer principalmente la mujer, el hombre debería ayudar a que ella pueda hacerlo.” (Martín)

De esa manera observamos que, pese a ciertos avances sobre el lugar de la mujer en la sociedad, en las representaciones de los jóvenes se sigue relacionando a la mujer con la esfera del hogar. Más allá de que se considera que el hombre también debe llevar adelante las tareas hogareñas y que esta debe tomar las decisiones, al momento de indicar a uno de los dos para esas funciones, siguen eligiendo a la mujer para la primera y al hombre para la segunda. Esto se produce porque se continúan manteniendo las creencias y prácticas de generaciones anteriores y, principalmente, porque en la organización cotidiana de sus familias los roles se distribuyen de esa manera. Al ver que su madre se encarga constantemente de las tareas del hogar y que el hombre es el encargado del mantenimiento económico y de la toma de decisiones, internalizan esa caracterización y la naturalizan. Ejemplo muy notorio son los sectores subalternos “B”, donde esta división es más pronunciada. Esto se produce porque las mujeres de estos sectores, por su deteriorada situación socioeconómica, carecen de proyectos a futuro, por lo que son madres a más temprana edad y sus acciones se limitan a educar a sus hijos y a ocuparse de las tareas del hogar, convirtiéndose así el hombre en el sostén económico de la familia. Dicha situación se suma a la escasa educación y al hecho de que las distintas generaciones observan que esto se repite y lo internalizan como natural.

Diferente es el ejemplo de los componentes del grupo religioso, ya que en el hogar de uno de ellos (Martín), sus padres se distribuyen medianamente las tareas y realizan el mismo trabajo. Pese a ello, el entrevistado cree que la mujer debe encargarse de las tareas del hogar y el hombre tomar las decisiones y trabajar. Por lo que esto no parte tanto de la educación familiar, sino de los principios de la Iglesia Católica que rigen todos los ámbitos de su vida.

En los casos en los que los padres se distribuyen los roles de forma más equitativa. Los/as entrevistados/as tienen una visión más amplia, dejando de lado (aunque no del todo) las representaciones “machistas”.

Con respecto al momento ideal para tener hijos, la mayoría se refiere a la estabilidad económica, y en menor medida, a la estabilidad en la pareja. Salvo el grupo de los religiosos, que sostuvieron que se debe tener hijos luego de contraer matrimonio.

“Para mí el momento ideal, es cuando la pareja se encuentra casada o conviviendo, con un trabajo fijo y con un futuro estable. Si alguno, o ambos, están estudiando alguna carrera universitaria, es conveniente terminarla primero y después tener hijos, porque creo que así es una manera de evitar divorcios, y problemas económicos.” (Julieta)

El hecho de que la gran mayoría de los entrevistados de los sectores medios mencione a la estabilidad económica como el momento ideal para tener hijos confirma lo expuesto por Mario Margulis *“la racionalidad de los sectores medios y altos los impulsa a que los hijos sean planificados de acuerdo con los bienes materiales disponibles, con las facilidades que ofrezcan las casas y el presupuesto familiar actual y esperable, pero también tomando en cuenta los tiempos de la carrera profesional de la mujer y su intersección o interferencia con los tiempos de la maternidad.”* (Margulis, Urresti, Lewin y otros, 2007; 32). En este sentido se observa que lo económico prevalece sobre la armonía y el amor en la pareja, ya que si bien ciertos sujetos lo expusieron como uno de los motivos para tener hijos (pero de menor importancia que la estabilidad económica), otros ni siquiera lo nombraron. Esta situación se produce porque los diferentes jóvenes actualmente otorgan una desmedida importancia a lo material sobre lo afectivo. El amor es un compromiso a futuro y como hoy se vive en el mundo de la inmediatez, donde predomina lo económico y el momento presente, muy pocos están dispuestos a asumirlo.

Representaciones como estas, se producen, además, porque responden a modelos anteriores: madres amas de casas y hombres que trabajan sin ayudar en las tareas del hogar. Como expresa Mario Margulis, las mujeres jóvenes *“Se socializan incorporando los valores afectivos, estéticos, el clima de su propia generación que ha desechado antiguas restricciones, pero también y al mismo tiempo, siguen identificándose con sus madres y conservan, en su intimidad, en su mundo emocional y afectivo, reminiscencias de las prohibiciones del pasado.”*

A su vez, la crisis económica por la que transita el país los sitúa en una situación de incertidumbre que los lleva a perder sus proyectos de vida y a pensar en mayor medida en establecerse económicamente, dejando en segundo lugar lo afectivo o espiritual.

Con relación a los sectores subalternos “B”, coincidimos con Margulis, quien ve que no se considera que la sexualidad esté separada de la procreación, no se ha constituido en un derecho al uso del propio cuerpo, en busca de afecto y placer. “Si hay

relaciones sexuales se tiene hijos.” (Margulis, 2003; 213) Esto se puede observar en el siguiente testimonio:

“Más que nada tener un poco de cabeza y saber asumir esa responsabilidad en el momento en que ocurra. Porque yo realmente no pensé en tener un hijo a los dieciocho años. Y terminé quinto año a los dieciocho y pensaba seguir estudiando, pero bueno, cambió todo.” (Juan)

Si bien Juan, se da cuenta de que no estaba en la situación apropiada para tener un hijo, ocurrió lo que indica Margulis, y es algo que sucede constantemente y en varias familias de los sectores populares, ya que Juan tiene 9 hermanos.

En cuanto a la pregunta de si la mujer y/o el hombre pueden ser completos sin haber tenido hijos, los/as entrevistado/as de los sectores altos y extranjeros afirman que ambos géneros pueden serlo. El resto de los grupos considera que el hombre puede ser completo sin hijos, y en cuanto a la mujer, los sectores subalternos “A”, subalternos “B” y los religiosos están divididos sobre si es completa o no, mientras que los de clase media opinan que no es completa.

“Una mujer no, porque la mujer está para ser madre. Es lo que más quieren. Un hombre si puede ser completo, porque no es lo que más busca de la vida.” (César)

“Las mujeres sin hijos son incompletas, tenemos instinto materno. El hombre no, se realiza por el trabajo y la mujer por los hijos.” (Damaris)

“Si, puede serlo. La mujer está para tener hijos, pero no hay una sola forma de tenerlos como lo conocemos como la forma natural, puede tenerlos de forma espiritual para llamarlo de alguna forma. Y en el hombre es el mismo caso.” (Martín)

Con respecto a la maternidad, en algunos casos, se sigue manteniendo el pensamiento de que la mujer es la encargada de su crianza, mientras que el hombre sólo colabora. Esto se observa claramente en que creen que la mujer no debe pasar de determinada edad para tener un hijo.

“El hombre por ahí no tanto, pero la mujer sí, que no pase los treinta y pico. Por una cuestión de que si después querés tener más hijos es como que la mujer tiene su tiempo biológico. La paciencia misma de la mujer, y por todo esto de que ahora esta insertada en el mundo laboral, su paciencia se agota siendo más grande. Igual siempre es primero proyecto personal. En eso sí lo veo más en la mujer, porque el hombre, de por sí, por más que tenga un hijo puede seguir con su vida laboral o estudiantil, por ahí la mujer no, está más limitada en esas cosas.” (María)

A su vez, también se mantiene vigente en gran medida la idea de que, como dice Ana María Fernández, para ser mujer hay que ser madre, en el sentido de vincular la felicidad de la mujer únicamente con la maternidad. Esta concepción parte mayoritariamente del grupo de clase media, lo que rompe con el prejuicio de que las clases más bajas son los que tienen imaginarios con mayor nivel de machismo, por falta de educación.

De todas formas, nos encontramos con que se ha producido un avance al descubrir que en todos los grupos de diferentes capitales simbólicos hay al menos un joven que considera que ambos géneros pueden ser completos sin hijos. Aunque nadie opinó que el hombre sería incompleto sin hijos. Esto a partir de que se sigue pensando que la mujer tiene un instinto natural de maternidad, cuando en realidad se produce lo manifestado por Greco: *“El hecho de que la mujer tenga la capacidad reproductiva de procrear no implica que necesariamente deba ser madre –es decir, que la maternidad no se convierta en un “mandato biológico” y que el hecho de dar a luz y ser la responsable de la alimentación del bebé durante sus primeros meses de vida no significa que todas las demás tareas vinculadas a la crianza y cuidado de los hijos no puedan ser realizadas de igual modo por el padre.” (Greco, 2005; 67)*

IX.2 Eje Sexualidad/pareja:

La mayoría de los grupos expresa que es correcto el sexo casual en ambos géneros, excepto el de los sectores medios y el de los religiosos, que opinan que está mal en ambos casos. Lo curioso es que ninguno/a de los/as entrevistados/as dijo que el sexo

casual era incorrecto en el caso del hombre, y sí hay algunas excepciones con respecto a que es incorrecto cuando lo practican las mujeres.

“Una mujer que no se interesa por su persona y que no valora a los hombres. Lo mismo en el caso de un hombre.” (Julieta)

“La mujer es una trola y el hombre un ganador.” (Gonzalo y Victoria)

Se sigue manteniendo la creencia de que es más incorrecto que la mujer mantenga relaciones sexuales casuales. Hay una doble moral sexual permisiva para los hombres y restrictiva para las mujeres, en la que se valora el hecho de que la mujer carezca de experiencia sexual, sucediendo lo contrario con los hombres. En el hombre se cree que es natural que tenga libertad sexual, en cambio la mujer, por su “naturaleza”, debe y tiene que mantener relaciones sexuales sólo con parejas estables. De esta forma, se caracteriza a la mujer que tiene libertad sexual como una prostituta y al hombre como “*un vivo bárbaro*”. Aunque también surgieron discursos impugnadores de esta visión, como el de Jorge, que afirmó:

“Si no tiene pareja y está con muchos tipos no me molesta, al contrario, yo si fuera mujer haría eso. Porque es mucho más fácil para la mujer.”

Esta última visión, impugnadora de los discursos históricos hegemónicos, puede adjudicarse al hecho de que el entrevistado proviene de un hogar en el que ambos padres son profesionales y trabajan a la par. En cambio, muchos de los imaginarios conservadores que se manifiestan provienen, en su mayoría (ya que existen algunas excepciones) de los/as entrevistados/as cuyas madres dedicaron su vida a ser amas de casa y sus padres son el sostenedor económico del hogar y la autoridad principal.

Lo que resulta curioso es que, como en los ejemplos dados, son las mujeres las que más critican la sexualidad libre de sus pares. Como afirma Simone de Beauvoir, “(...) por mucho que remontemos el curso de la Historia, siempre las veremos subordinadas al hombre; su dependencia no es resultado de un acontecimiento o de un devenir, no es algo que haya llegado. (...) La Naturaleza, lo mismo que la realidad histórica, no es un dato inmutable. Si la mujer se descubre como lo inesencial que jamás retorna a lo esencial, es porque ella misma no realiza ese retorno.” (De Beauvoir, 1972; 21)

En cuanto al rol sexual de la mujer, la mayoría de los grupos opinó que es activo, salvo algunos que dijeron que no lo sabían (que fueron los religiosos ya que no han tenido experiencias sexuales) y otros que expresaron que depende de la mujer. También hubo casos en que mencionaron que la mujer es más activa que el hombre.

“Hoy en día para mí es más activa la mujer que el hombre, en cuanto a proponer y eso. Para mí al hombre le resulta raro ese rol de la mujer que pide o reclama. También es una cuestión de la sociedad, que las minas por ahí estamos más acostumbradas a que sea el hombre el que toma la iniciativa. Pero sería bueno el no esperar.” (Lucía)

“Sí, yo creo que está bien por la misma razón por la que lo hace el hombre. Yo no me encargaría a un hombre, no lo veo mal ni raro, yo no lo haría y justo mi entorno tampoco lo hace, es como que esperás a que el hombre tome la iniciativa. Bah, no sé, por ahí es muy contradictorio lo que me pasa, porque por ahí yo veo a una piba así chamuyendo o algo y digo “mirá estas pendejas están rapidísimas”, y por ahí los pibes también, pero siempre se ve a la mujer así, como rápida porque encara, y al tipo si no encara es puto o dormilón. Pero yo no lo haría, yo preservo eso de que venga el hombre a encarar, es parte de la emoción también de que te elija alguien, ahora ya no pasa eso.” (María)

El mayor cambio con respecto a la valoración de la sexualidad de la mujer, se da en que ninguno/a de los/as entrevistados/as expresó que ésta tiene un rol pasivo. Esta actitud de las mujeres se debe a su mayor permanencia en el sistema educativo y el incremento de su participación en el mercado de trabajo. Esta mayor independencia y participación en la vida pública se refleja también en su vida privada.

De todas formas, varios/as de los/as entrevistados/as expresaron esta característica de las mujeres porque lo observan en la vida cotidiana, sin embargo, no están siempre de acuerdo con ello. Principalmente, las jóvenes entrevistadas y el entrevistado masculino del grupo religioso, indicaron que prefieren que el hombre tome la iniciativa, ya que de lo contrario la mujer se muestra ante sus pares como “una chica fácil”. En estas representaciones se ve reflejado el discurso de las generaciones pasadas y se define a la mujer como un objeto de deseo que debe ser poseído por el hombre. A las jóvenes entrevistadas les molesta esta actitud porque creen que las mujeres no “están

para eso” (tomar la iniciativa, tener una vida sexual libre) y que lleva a que se degrade al género femenino.

Los únicos que afirmaron que les molesta que su pareja salga y trabaje fueron los pertenecientes a los sectores subalternos “B”.

“Me gustaría que se quede en casa y yo mantener a la familia. Que salga también porque soy celoso y las minas están muy trolas.” (César)

Consideran que el hombre debe ser el que mantenga económicamente el hogar y la mujer la que cuide los hijos. A su vez, desconfían de la mujer cuando sale a divertirse con sus amigas, por miedo a que les sean infieles. Esta mirada (César) puede verse reflejada a partir de la escasa educación recibida (abandonó la escuela primaria) y el modelo de familia que observaba en su casa, donde el padre era el “jefe supremo”.

Principalmente, en los distintos sectores se da el caso de que moleste que salgan a bailar con sus amigos o amigas por desconfianza.

“Me molesta que salga a los boliches, me da un poco de desconfianza. A mi pareja le molesta pero no tanto como a mí, es celoso también. No le molesta que trabaje, pero si me dijo que si quería dejara de trabajar.” (Virginia)

Por su parte, Martín y Damaris (grupo religioso) afirman que la mujer no debe trabajar, porque creen que cada uno tiene una tarea determinada, de lo contrario se puede llegar al caos en la pareja y en la familia. Plantean que el hombre está más capacitado para el trabajo y la mujer para el cuidado de los hijos, punto de vista que está claramente identificado con la postura de la Iglesia Católica y la Evangelista Bautista.

Esta cuestión de la estabilidad familiar es fundamental para dichas religiones, que sostienen que los matrimonios en los que la mujer trabaja fuera del hogar son menos estables y están más expuestos a su disolución, debido a que no es posible para la mujer ejercer roles sociales tan contradictorios como ser madre, obrera, ama de casa y amante, y tampoco es posible ejecutarlos bien a todos ellos.

En este sentido, además, se puede observar que a ninguna de las mujeres les molesta que su pareja trabaje. Esto resulta comprensible, ya que el hombre históricamente ha sido el proveedor de la familia. Aunque a algunas si les molesta que salga, por temor a que sean infieles. Sin embargo, esto es un sentimiento que invade a toda la juventud, sin importar su género, por la falta de compromiso hacia sus parejas.

En relación al momento de iniciarse sexualmente, los grupos coinciden en el hecho de “estar preparados”, con excepciones que opinan que debe realizarse cuando se tenga una pareja estable, o los religiosos, que afirman que debería ser después del matrimonio. También se dan casos en que se diferencia el momento del hombre del de la mujer.

“Y en el momento en que empiece tener ganas. Pero no tan exagerado como vienen las pendejas ahora que a los 14 años ya debutaron. Tienen que estar maduras de la cabeza totalmente y ser conscientes de lo que están haciendo; que estén informadas y seguras de lo que van a hacer. No tener ganas y nada más. Al hombre siempre lo vi como que se puede iniciar antes que la mujer.” (Gabriela)

“La mujer cuando esté segura y enamorada. El hombre en cuanto pueda.” (Gonzalo)

No existe una marcada división de ideas en cuanto a cada género. Es decir, que se piensa que tanto el hombre como la mujer lo deben hacer cuando estén preparados o tengan una pareja estable, principalmente por los riesgos de contraer una enfermedad de transmisión sexual o tener un hijo no deseado. De todos modos, existen respuestas que diferencian al momento de la primera experiencia sexual del hombre de la mujer, ya que algunos comentan que el inicio de la mujer debe ser por amor y el del hombre por necesidad, razón por la cual este puede iniciarse antes. Aquí se comprueba la falta de información sexual que existe en todos los sectores sociales, ya que se piensa que el hombre tiene mayores necesidades a satisfacer. Además, tiene que ver con que sigue presente en la sociedad un mandato que valoriza su iniciación temprana y un papel activo en la sexualidad, contrariamente a la mujer

De todos modos, la propia realidad sexual que viven las jóvenes en la actualidad está demostrando lo contrario, pese a que se las sigue estigmatizando, aunque cada vez con menos fuerza.

Todos los grupos opinaron que socialmente a las mujeres se las valora más por sus atributos físicos que por los intelectuales, a pesar de que muchos manifestaron no estar de acuerdo personalmente con esa valoración, ya que si bien lo primero que llama la atención es lo físico, les tiene que atraer el otro también como persona. También todos coinciden en que existe una mayor exigencia para que la mujer cuide su imagen estética.

“Los medios creo que nos muestra mujeres que se la valoran por el aspecto físico, pero no un físico cualquiera sino un estereotipo de mujer en el cual la figura perfecta es lo que vale, y es lo que vende; como te dije antes se valora a una mujer, no sé si por su intelectualidad, sino por su forma de ser y por el tipo de mujer que es. Elegiría una mujer intelectual pero creo que al decir intelectual nos estamos refiriendo a que es una mujer que no vive en una burbuja y que se pueda entablar una charla de algo más interesante que la peluquería o la moda.” (Víctor)

“Si “sino los hombres después te cambian por una de veinte” viste que es la frase. El hombre es como que tiene panza y no pasa nada. La sociedad es mucho más exigente con la mujer, en todo. La mujer misma también, maneja alguien mal delante tuyo y decís seguro que es una mujer. Una misma lo piensa, las mujeres también hacemos que eso pase porque si vos no le das bola a eso y listo, pero la sociedad o los tipos quieren que vos seas de tal manera, y todas buscamos ser así. Entonces contribuimos a eso.” (Cintia)

Dicha representación se genera a partir de que en la sociedad se presenta a la mujer como un cuerpo que existe fundamentalmente por y para la mirada de los demás, es decir, en cuanto que objeto. Se espera de ella que sea “femenina”, es decir, sonriente, simpática, atenta, sumisa, discreta, contenida. Están constantemente bajo la mirada de los demás, condenadas a experimentar la distancia entre el cuerpo real y el cuerpo ideal que exhiben los medios de comunicación.

Por otra parte, se comienza a ver que los hombres tienen cuidados estéticos, que antes estaban sólo asociados a la mujer: cremas, cama solar, manicura, etc. Con esto se empareja la exigencia sobre el cuidado del cuerpo entre los géneros.

Hay un pensamiento dividido en cuanto a sí la mujer puede o no demostrar sus deseos sexuales, aunque con una mayor tendencia a responder negativamente. También está dividida la opinión sobre si la mujer tiene mayores deseos sexuales que el hombre, aunque fueron sólo tres entrevistados los que afirmaron que son mayores los del sexo femenino.

Asimismo, se advierte que varios/as entrevistados/as opinan que la mujer debe mostrar sus deseos sólo con su pareja, ya sea por una cuestión religiosa o por un prejuicio de la moral sexual.

“En el caso de las solteras no. En el matrimonio podría ser, porque es natural sentir los deseos sexuales y expresarlos al marido. Creo que se tendría que ver la relación sexual como algo que lleva a la procreación y no por una simple cuestión de placer entre los dos. Por eso es que no es que uno busque al otro, sino que tengan en cuenta para lo que es y entonces darse cuenta cuándo es el momento en el cual deben hacerlo consensuado entre los dos.” (Martín)

“Sí, porque es una manera de demostrarle al hombre cuanto lo quiere, cuanto lo ama. Y en las solteras no estoy de acuerdo, porque es como si estuvieran desesperadas y quedan como atorrantas, algunas veces. Que la mujer tome la iniciativa no lo veo mal, siempre que lo haga bien, no desesperadamente. A su manera, con una sonrisa, con palabras.” (Virginia)

Por el lado de los varones, hay que pensar que deben procesar en sus relaciones de pareja la mayor autonomía y libertad de la mujer, pero están todavía muchas veces apegados a modelos femeninos más tradicionales, que les garantizan roles activos y les permiten también aferrarse a modelos de masculinidad en los que se sienten más seguros.

Aunque lo mismo sucede con las mujeres, en cuanto a todavía tener incorporados visiones de sus madres, es menos comprensible, debido a que esto les significa una mayor libertad e independencia. Esto se puede explicar a partir de lo expresado por los discursos de la corriente culturalista, en los que se afirma que la mujer es construida por los discursos hegemónicos como el objeto del deseo masculino, cuya función es satisfacer al hombre, mientras su propio deseo permanece invisibilizado –reprimido-. A

partir de la internalización de la identidad sexual propuesta por el entorno cultural, la mujer se asume y se define a sí misma como un ser cuya función es gustar al otro, atraer al hombre, y que carece de un deseo propio. (Greco, 2005; 65)

Sin embargo, comienzan a surgir voces que sostienen que la mujer tiene más deseos, dando muestras de la creciente libertad sexual de la mujer y el dejar de lado los prejuicios que la estigmatizan y que afirman que las mayores necesidades de los hombres se deben a una cuestión biológica.

Entre la mayoría de los grupos, se sigue creyendo que el hombre es más infiel que la mujer porque consideran que tienen una “mayor necesidad biológica”, y por lo tanto busca constantemente sexo y es más fácil de seducir. Mientras que el mayor porcentaje de grupos, piensa que la infidelidad es vista de igual modo en ambos géneros. Aunque hay excepciones que opinan que es peor en el caso de la mujer, ya sea por una cuestión “natural” o por el hecho de que es una madre potencial. Ningún entrevistado de ningún grupo afirma que está peor vista en el hombre.

“Es lo mismo que lo haga un hombre y una mujer, por el simple hecho que se está lastimando a otra persona.” (Liliana)

“Se ve peor en una mujer, por una cuestión natural. Lo veo así y pienso que todos en la sociedad lo ven así. Normalmente se identifica más fácil a una mujer, cuando es infiel, con una prostituta. En cambio, el hombre no tiene una imagen en la sociedad a la altura de una prostituta. Hay, pero no está tan difundido.” (Martín)

IX.3 Eje Trabajo:

Exceptuando al grupo de los religiosos y al de los sectores subalternos “B”, todos sostienen que la mujer debe seguir trabajando al tener hijos, que debe trabajar a la par del hombre y que no debe dedicarle más tiempo a las tareas del hogar que al trabajo.

En cuanto a que entre la minoría que respondió que la mujer debe dejar de trabajar cuando tiene hijos y que debería dedicar más tiempo al hogar, se entiende que esté mayoritariamente constituida por el grupo de los religiosos, ya que responde a una tradición, en cuanto a que la institución católica afirma que la realidad de la mujer en la

esfera del trabajo es diferente a la del hombre. Así, asevera que las mujeres deben dedicar todo su tiempo al trabajo doméstico o bien llevar adelante una flexibilización de los horarios y condiciones laborales, para que su trabajo dentro del hogar no se vea interferido ni tampoco se dañe la unidad y la estabilidad familiar.

Y otro de los grupos que constituye esa minoría es el de los sectores subalternos “B”, lo cual también se explica por su falta de educación superior, y su entorno de socialización primaria (su familia), que generalmente se trata de hogares en los que el padre es el jefe y la madre sólo cumple un rol hogareño, confinado a las tareas domésticas y al cuidado de los hijos.

Lo mismo ocurre con la joven de clase alta que respondió que el hombre debería ser quien trabaje más en la familia, ya que su familia está constituida por una madre ama de casa y un padre profesional que es el único que aporta los ingresos económicos de la familia.

Como sostiene Florencia Saintout los varones jóvenes cuanto más capital cultural poseen aceptan generalmente la idea de que la mujer pueda trabajar, tener sus proyectos. (Saintout, 2006; 121) Esto se puede observar en que todos los hombres entrevistados, excepto los de los sectores subalternos “B” y el joven del grupo religioso, afirman que la mujer debe trabajar a la par del hombre y que debe continuar trabajando luego de tener hijos. Esto, además, es efecto del acostumbamiento que tienen de la imagen de la mujer como una trabajadora más, con la que conviven cotidianamente.

El trabajo se puede entender como la posibilidad de desarrollo profesional que ahora tienen las mujeres, lo que no sólo se relaciona con un mayor nivel de libertad individual, sino que también significa una modalidad a su alcance para poder adquirir una identidad social.

“Yo, bah, como fue en mi caso personal, que mi mamá estuvo siempre, yo llegaba de la escuela y me hacía la leche, yo iba a tal lugar y ella estaba. Sé que es lo mejor que esté una madre en la casa, pero bueno, no están las condiciones para eso ni tampoco yo desearía eso para mí. Pero sé que es lo mejor. Escuché casos de mujeres que se recibieron y dejaron de ejercer la profesión para atender a sus familia, y uno dice “¿Pero cómo, tanto que te costó?”, pero igual, pienso que es lo mejor que esté siempre alguien en la casa. Si te cuida otro, no es tu sangre.” (Dámaris)

“La mujer, por más que trabaje, ya ella misma ya tiene la exigencia de hacerlo, de ser la mujer de la casa.” (Juan)

Sólo los extranjeros expresan que es una cuestión cultural que la mujer trabaje y además se encargue de las tareas del hogar, aunque en el grupo de clase baja están divididos sobre esta temática.

“Hoy en día es algo que no es común que la mujer haga las dos tareas, porque si hablamos de la convivencia creo que es una ayuda mutua entre las partes.” (Víctor)

“Sí, es normal, porque está hecho así. Pero siempre se comparten, creo que siempre fue así. No sería algo normal que un hombre trabaje y se encargue de las tareas del hogar, pero no estaría mal.” (Matías)

“No, como dije antes. No porque vienen los dos cansados igual del trabajo, y los dos tienen por ahí ganas de tirarse en la cama. No igual, si uno limpia el otro cocina. Igual generalmente se da eso, es algo cultural. O más que nada se trata de machismo. Porque hay hombres que a pesar de que no son machistas, no les sale hacer esas cosas (las tareas del hogar). Si es como natural entonces. Porque no les sale hacerlo a los hombres porque nunca lo hicieron. Eso de a poco esta cambiando lentamente. Por ejemplo yo lo veo con mi tío, como mi tía tenía una jornada más extensa de trabajo, mi tío le cuidaba la casa, limpiaba. Un amigo de mi novio también, trabaja él y su pareja y él es el que limpia la casa. Limpia bien y no tiene problema de cocinar.” (Lucía)

“No sé si es normal, porque en el caso de mi familia es mi padre quien realiza la mayoría de las tareas del hogar.” (Julieta)

A pesar de los cambios observados en los discursos de los/as jóvenes entrevistados/as, en cuanto a que se acepta que la mujer trabaje y además, que lo haga a la par del hombre, algunos de esos discursos, sobre todo provenientes de las mujeres, continúan viendo al trabajo de la mujer como algo accesorio (al cuidado de los hijos o del hogar) u opinan que todavía no está preparada para trabajar a la par del

hombre, o que si en una pareja uno tiene que dejar de trabajar o hacerlo menos, debería ser la mujer.

Así, por ejemplo, en la siguiente cita se observa a una mujer de clase media hablar del trabajo de la mujer como algo “accesorio”:

“Para mí (la mujer) debería dedicarle más tiempo a los hijos que al trabajo. Las tareas del hogar no. Pero sí en cuanto a los hijos, a dedicarles tiempo, o sea si hacen falta menos horas de trabajo o largar un laburo para estar con los hijos, yo en mi caso lo haría. Yo en ese sentido soy medio machista, para mí el trabajo ahora no se si está tan a la par, (entre el hombre y la mujer) es como que en la mujer es algo accesorio el trabajo, o sea, para mí, si alguien tiene que salir a trabajar tendría que ser el hombre, o sea si uno sí o sí se tiene que quedar en la casa y el otro salir a trabajar, en mi pareja sería el hombre el que va a trabajar y yo me quedaría con los hijos” (María)

En cuanto al impedimento del acceso a los puestos de mando por parte de las mujeres, la mayoría cree que no llegan por machismo. Una de las entrevistadas de clase alta opina que es por una decisión personal o por falta de capacidad, mientras que uno de los religiosos afirma que es por naturaleza. Sólo el grupo de los sectores subalternos “B” expone que no hay diferencias entre los géneros en el trabajo.

El hecho de que la mayoría de los entrevistados indiquen que las mujeres no llegan a los puestos de mando por una cuestión de machismo conduce a pensar en que se está progresando. Se está dejando de lado, al menos en esta muestra, el imaginario social que indica que las mujeres poseen deficiencias que las alejan de los puestos de jefatura, para los cuales son más aptos los hombres, debido a su fortaleza física y su capacidad de mando y decisión. Esto es consecuencia del avance de las mujeres en los distintos ámbitos laborales y las cualidades que presentan, pese a que todavía no se ha logrado la igualdad merecida. Justamente el caso más paradigmático es el de Cristina Fernández que ha logrado obtener el cargo más importante del país.

De todas formas, se siguen disminuyendo la importancia que tiene el hecho de que la mujer trabaje, y es preocupante que ello provenga justamente de las mismas mujeres. En las entrevistas realizadas, se observó en los discursos de ciertas jóvenes, de diferentes volúmenes de capital simbólico, que opinan que el trabajo de la mujer es complementario al de su marido o novio, por lo que sería *“una especie de lujo*

prescindible". Esto responde al discurso tradicional que atribuye al hombre el rol de proveedor y sostén de la economía familiar y que contempla como "excepcional" que la mujer salga del hogar para trabajar.

Por otra parte, la gran mayoría de los/as entrevistados/as coincide en que un oficio natural para la mujer es la educación, aunque los católicos creen que es chef.

Estas afirmaciones dejan en claro que continúan existiendo prejuicios que posibilitan la existencia de una división sexual del trabajo. Fueron muy pocos los jóvenes que afirmaron que no existen oficios naturales para cada género.

Una de las consecuencias de esta división sexual del trabajo, es la concentración del empleo femenino en un pequeño número de ocupaciones de escasa productividad y remuneración, que se constituyen como típicamente femeninas porque involucran tareas afines a la reproducción: demandan cualidades maternas y habilidades para las cuales se considera que las mujeres están "naturalmente" capacitadas.

De nuevo, como en el caso de las respuestas de los jóvenes que se vinculaban con el hogar y la familia, surge la idea de que existe un instinto materno, una inclinación natural de las mujeres a vincularse con los niños, que no se da en los hombres.

Esto confirma que las identidades laborales reconocen su base en el género y persisten a pesar del aumento del número de mujeres u hombres en una determinada profesión.

Se elige la educación como el oficio que debe tener la mujer porque es una tarea que constituye una prolongación de las funciones domésticas, es decir, aquella labor que está relacionada con la paciencia, la monotonía, el cuidado y la pasividad. Ser cheff fue lo que expresaron los entrevistados del grupo de los religiosos, oficio que cumple con estas mismas características.

Por otro lado, la mayoría de los/as entrevistados/as expresan que es natural que las mujeres trabajen y además se encarguen de las tareas del hogar. Esta es una característica que seguramente sea muy difícil eliminar del imaginario social, ya que hoy en día todavía se mantiene con mucha fuerza la consideración que es una tarea que debe realizar específicamente la mujer. Se cree que sus características "naturales" la convierten en ideal para llevarlas adelante. Hay que tener en cuenta que esta "doble

carga” de las mujeres es una tradición que se remonta a las antiguas culturas romanas, griegas y hebreas.

Por lo que este ingreso masivo al mundo laboral trajo consigo, para muchas mujeres. Un nuevo conflicto: el de tener que realizar dos trabajos. Por un lado, el desarrollado en el mercado laboral, y, por otro, el de mantener el orden y la limpieza en el ámbito doméstico y el de ocuparse de la crianza de los hijos, en el caso de que los tuvieran.

Además, son muy escasos los ejemplos en que los que el hombre es el que realiza las tareas del hogar y cuando sucede, ello es visto de forma particular. Una de las entrevistadas respondió que no sabía si eso era algo normal, ya que su padre es el que realiza la mayoría de las tareas hogareñas. Por lo que se denota la gran influencia que tiene la formación familiar en cada uno de los/as entrevistados/as .

En el caso de los jóvenes del grupo de extranjeros (único grupo que considero en su totalidad que es por una cuestión cultural que la mujer trabaja y realiza las tareas del hogar) es llamativo que piensen de esta manera ya que no sólo su madre lleva a cabo los dos trabajos, sino que, como ellos mismos aclararon, pertenecen a una cultura muy machista y sus padres cumplen con ello.

IX.4 Eje Temas Generales

Las opiniones sobre si las diferencias de roles entre los sexos son naturales o culturales, están divididas, aunque hay una tendencia mayor a decir que son naturales. Sólo el grupo de los sectores subalternos “B” en su totalidad manifiesta que las diferencias son naturales.

“Se vienen trayendo de generación en generación para mí. Porque el machismo viene ya desde hace rato y se sigue manteniendo. Ha mejorado a lo que era anteriormente en cuanto a la sociedad, pero todavía no esta parejo, el hombre hoy sigue mandando”.
(Nicolás)

“No, quizás lo veo como natural porque me resultaría muy difícil pensarlo al revés, o sea si hubiera sido distinto,. Por ejemplo, la mujer trabajando y el hombre en la casa. (...) Siempre se dieron características muy similares en todas las civilizaciones, donde

la mujer asumía el rol más casero y el hombre salía a trabajar, y si se dio así en la mayoría de las civilizaciones, no sé si es tanto por machismo sino por un tema natural”.
(Dámaris)

El hecho de que el mayor porcentaje de los/as entrevistados/as indican que las diferencias de géneros son naturales surge a partir de que, como explica Julieta Greco, los estereotipos de género actúan como depositarios de sentido y su difusión es tan amplia y aparece en contextos tan disímiles (textos escolares, científicos, filosóficos, religiosos, diarios, revistas, filmes, chistes, refranes, etc.) que pasan a formar parte del sentido común y a naturalizarse, tomando entidad de verdades no cuestionables. (Greco, 2005; 52)

A raíz de esto surgen respuestas que no tienen una explicación coherente y fundada en la práctica, simplemente contestan *“porque es así”*, síntoma que es una idea que le han transmitido o que simplemente han observado en la cotidianeidad.

En cuanto a los sujetos religiosos, este pensamiento aparece porque los discursos de la Iglesia Católica y de la Iglesia Evangelista caracterizan a la mujer y al hombre como iguales en cuanto a su valor moral ante los ojos de Dios, pero al mismo tiempo establecen una diferencia entre la naturaleza de ambos, que deriva en una diferenciación de funciones, vocaciones y aptitudes. El hombre ha sido llamado a la posición de líder, y prueba de ello es su estructura corporal e intelectual, mientras la mujer es asignada a la subordinación masculina en cuanto se une al hombre. Si no se respeta esta “naturaleza” se producen los problemas familiares y sociales.

Este discurso, vale aclarar, pertenece a los dos entrevistados que tienen una visión religiosa ortodoxa (Martín y Damaris), ya que Julieta, si bien es una católica practicante, tiene un pensamiento más progresista.

Por otro lado, aquellos/as que manifiestan que las diferencias entre los hombres y las mujeres son culturales, son conscientes que esta situación es producto de una relación que se viene produciendo desde antaño y la cual consideran injusta para la mujer. Varios/as de ellos/as, si bien consideran que esta situación es cultural, en sus vidas cotidianas actúan como si fueran naturales, ya que creen que hay determinadas acciones que son propias de las mujeres y que los hombres no pueden o deben hacer (tareas del hogar, principalmente) Lo mismo sucede con las mujeres, quienes, a pesar

de quejarse de estas circunstancias, llevan adelante esos roles que se les adjudican como naturales, ya que ellas mismas los tienen internalizados.

Por otro lado, salvo los religiosos, que creen que el modelo de mujer que circula en la sociedad es únicamente la vedette de la televisión, el resto expresa que es ese mismo estereotipo o la mujer multifacética.

Mientras que el modelo de mujer ideal personal es la mujer multifacética, en mayor medida en las mujeres. Los entrevistados de los sectores subalternos “B” afirman que la mujer debe ser una buena madre. Además, para los hombres del grupo de sectores altos y de los extranjeros, la mujer debe ser linda e inteligente.

“Una mujer que puede inculcar los buenos principios a sus hijos. Y el hombre ideal que puede dar un muy buen ejemplo en la familia. La mujer que circula en los medios es una mujer libertina, que no le interesa estar sujeta a unos principios que la encarcele, como lo están tomando hoy en día, que sería lo que volvería más mujer”.
(Martín)

“Para mí la mujer ideal es una mujer trabajadora, capaz de igualar a la posición del hombre laboralmente, que sea capaz de valerse por si misma, sin dejar influenciarse y que se sienta completa”. **(Julieta)**

Por otro lado, la mayoría coincide en que el hombre debe ser buen padre y trabajador, con mayor preeminencia esta última característica. Algunas de las mujeres también agregaron como cualidad de importancia el ser buen compañero.

En cuanto al modelo de mujer que circula en la sociedad, los/as entrevistados/as del grupo religioso son los más tajantes al sostener que ese modelo es el de las vedettes de la televisión. Tienen una visión conservadora y muy crítica sobre las mujeres que exhiben su sexualidad, por lo que esto es lo que más los alarma. Creen que la mujer debe ser sobria y vivir para el mundo familiar.

Las mujeres de los diferentes sectores sociales son las que en mayor medida opinan que el principal modelo es el de la mujer multifacética, aunque no todas lo toman de manera positiva, ya que afirman que se les exige demasiado, es decir, que deben

multiplicarse para poder actuar en los distintos ámbitos de la sociedad. Los casos en que lo observan como un hecho plenamente positivo, y a lo que ellas aspiran a ser, se da porque lo toman como un gran progreso, debido a que sus madres o abuelas estuvieron solo destinadas a las tareas del hogar, perdiéndose de vivir el resto de los ámbitos que ellas comienzan a conocer y en el que conviven y compiten con los hombres, lugares a los que antes era impensado que las mujeres pudieran acceder.

Los sujetos de los sectores subalternos “B” sostienen que el modelo de mujer ideal es “la buena madre”, porque es con el estereotipo de mujer con el que han vivido desde siempre en sus casas y en el de sus alrededores.

Los hombres buscan principalmente a una mujer linda, aunque para poder formar una pareja también debe ser inteligente. Aquí se muestra que se empieza a dejar de lado el modelo de mujer como simple objeto sexual. De todas formas, no hay un progreso total, ya que algunos de ellos no acceden totalmente a que la mujer sea trabajadora, ya que prefieren que sea una buena madre y se quede con sus hijos. Principalmente, el grupo religioso y los sectores subalternos “B”. Si bien por el momento económico por el que atraviesa la sociedad, aceptan que trabaje, no es el modelo de mujer que prefieren. Este pensamiento se desprende del hecho de que históricamente ha sido el hombre el proveedor de la familia. Esto mismo es apoyado por varias entrevistadas, ya que la mayoría menciona que el hombre ideal es aquel que es, primero, trabajador y, luego, buen padre.

CONCLUSIONES

Rosana Reguillo expresa que se debe investigar si los y las jóvenes en el comienzo de un nuevo siglo, han sido capaces de generar una crítica a los presupuestos tácitos en relación con una biopolítica que ha logrado “naturalizar” la superioridad y el dominio masculino. A raíz de los datos obtenidos de los discursos de los diferentes jóvenes que viven en la ciudad de La Plata se ha advertido que, a diferencia de lo que ocurre con otros ámbitos o realidades socioculturales, la visión crítica recién está naciendo y que todavía existen vestigios de la superioridad y el dominio masculino que no deberían continuar existiendo a esta altura de las circunstancias.

Mario Margulis, sostiene que “la juventud se erige en vanguardia portadora de transformaciones (notorias o imperceptibles) en los códigos de la cultura, e incorpora con naturalidad los cambios en las costumbres y en las significaciones que fueron objeto de pugnas y controversias en la generación anterior”. (Margulis, 2003; 14) Como expresamos anteriormente, creemos que esto no está ocurriendo con la profundidad esperada y que lograrlo está siendo muy dificultoso, ya que los discursos de las generaciones anteriores están todavía muy presentes, más allá de los avances logrados. Esto queda demostrado a través del análisis llevado a cabo en el Capítulo 7 de esta investigación, en el que se plantea que hasta discursos de las antiguas culturas sobre la inferioridad de las mujeres siguen vigentes hoy en día en los jóvenes.

De esta forma, continúan manteniéndose los mandatos de comportamiento de las mujeres de las generaciones anteriores, como ser: ama de casa, objeto de deseo, madre, y determinados oficios (maestra). Esto se presenta a partir de la dificultad de despegarse de los valores que les han sido internalizados por sus madres y padres, por lo que conservan en su mundo emocional y afectivo, reminiscencias de las prohibiciones del pasado. De allí surgen representaciones sociales para las cuales no tienen un por qué y a las que responden simplemente que “Es así” o “Así esta hecho”.

A su vez, se pudo constatar que no existen demasiadas diferencias entre los sujetos de distinto capital simbólico, ya que muchas veces opinan de la misma manera. Además en ciertos temas unos manifiestan un discurso impugnador y otros conservador, y viceversa. Si bien los imaginarios sociales que construyen los jóvenes

pertenecientes al grupo religioso y a los sectores subalternos “B” son los que tienen mayores manifestaciones conservadores.

Un dato muy importante y sorprendente a la vez, fue el hecho de que las mismas mujeres fueron las que presentaron en sus discursos las visiones más conservadoras y machistas, aunque, en algunos casos, se sentían culpables y se disculpaban constantemente por lo dicho. Sin embargo, vale aclarar que, en muchos ejemplos, los hombres responden con un discurso políticamente correcto, lo que los lleva a formular respuestas contradictorias, lo que también se observa en algunas mujeres.

Asimismo, continúa vigente la creencia de que muchos de los atributos y los roles asignados a los géneros son naturales, aunque varios son los que empiezan a considerar que se trata de una construcción cultural, injusta hacia la mujer, reproduciendo lo manifestado por Simone de Beauvoir, *“La mujer no nace, se hace”*, hecho que resulta muy positivo y alentador para el futuro.

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, Bonnie S. Y Zinsser, Judith P., "Historia de las mujeres. Una historia propia". Crítica, Barcelona, 1991.
- Barbero, Jesús Martín. (1998) "Jóvenes: des-orden cultural y palimpsestos de identidad". En: Viviendo a toda: jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades. Bogotá, Universidad Central, Siglo del Hombre Editores.
- Bengoechea, Mercedes. "De la reificación a la destrucción en los discursos masculinos sobre la mujer". En:
http://www.ortegaygasset.edu/circunstancia/numero12/art6_imp.htm; 2007
- Berger, Peter y Luckmann, Thomas. "La construcción social de la realidad." Cap. 3: "La sociedad como realidad subjetiva". Amorrortu editores, Buenos Aires, 1997.
- Bertaux, D. De la perspectiva de la historia de vida a la transformación de la práctica sociológica. En Marinas, J.; Santamarina, C. (ed.). La historia oral: métodos y experiencias. Madrid. Debate. 1993.
- Bleichmar, Silvia. "Dolor País". Libros del Zorzal, 2da.edición, Buenos Aires, 2002.
- Bonino, Luis, "Los varones ante el problema de la igualdad con las mujeres."
http://www.e-leusis.net/nueva_maculinidad/pdfs/bonino_cast.pdf
- Bourdieu, Pierre : "La dominación masculina". Anagrama, Barcelona; 1999.
- Buxó Rey, María Jesús: "Antropología de la mujer. Cognición, Lengua e Ideología Cultural". Promoción Cultural, S. A. Barcelona. 1978
- Castellanos, Gabriela, "¿Existe la mujer? Género, lenguaje y cultura"; 1995.
<http://filodar.filipense.edu.co/biblioteca/Existe%20la%20mujer.pdf>
- Charles, Mercedes. Ponencia: "La televisión y la construcción de género", 2002, de
<http://www.ateiamerica.com/doc/mcharles.pdf>
- Cohen, Nestor y Piovan, Juan Ignacio. "La metodología de la investigación en debate". EDULP, 2008.
- De Beauvoir, Simone. El Segundo sexo, Editorial Siglo 20. 1972.
- Delgado, Juan Manuel; Gutiérrez, Juan. "Métodos y técnicas cualitativas de investigación en Ciencias Sociales." Editorial Síntesis, S. A., Madrid, 1995.
- Di Marco, Graciela, "Las mesas desparejas. Relaciones de género, poder, autoridad y conflicto." www.revistacriterio.com.ar/art_cuerpo.php?numero_id=82&articulo_id=1674; 2005.

- Eisenstein, Silla. Hacia el desarrollo de una teoría del patriarcado capitalista y el feminismo socialista 1977. En: Teoría feminista. (Selección de textos). República Dominicana. Ediciones populares feministas, 1984.
 - Fernández, Ana María, “La mujer de la ilusión. Cap. 10 Poder e imaginario social”.
 - Fernández, Ana María, “Las mujeres en la imaginación colectiva”. Paidós, 1993
 - Feixa, Carles: “De jóvenes, bandas y tribus”- 3ª edición actualizada: Barcelona - marzo de 2006; Editorial Ariel S.A.
 - Figueroa Perea, Juan Guillermo y Rivera Reyes, Gabriel. “Algunas reflexiones sobre la representación social de la sexualidad femenina”. 1990 .
- Fuente: <http://www.juridicas.unam.mx/publica/librev/rev/nuant/cont/41/cnt/cnt6.pdf>
- Gamba, Susana. “Feminismo de la igualdad vs- Feminismo de la diferencia”, agendadelasmujeres.com.ar/index2.php?id=3¬a=123; 2005
 - García-Celay, Mª Luisa Montero. “ La mujer o las mujeres”, en <http://www.trasversales.net/t10mlqc.htm>; 2008
 - García Mesenguer, Álvaro. “¿Es sexista la lengua española?” (1994). Barcelona Paidós, 1994.
 - Giddens, Anthony. “La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas.” Ediciones Cátedra, Madrid, 1998.
 - Greco, Julieta: “Modelo para armar. La construcción de la mujer en las Revistas Femeninas”. Tesis de grado, Facultad de Periodismo y Comunicación Social UNLP 2003
 - León T, Magdalena. “Mujeres y trabajo: cambios impostergables.” 2003 <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/genero/mujeres-trabajo.pdf>.
 - Llaguno, Magaly, “El movimiento feminista: ¿Bendición o maldición?”, en http://www.vidahumana.org/vidafam/feminismo/maldicion_feminismo.html
 - López Diez, Pilar: ““Uso del lenguaje en el mundo laboral”. “Capítulo 2: Las mujeres en el discurso iconográfico de la publicidad”; www.pilarlopezdiez.eu
 - Margulis, Mario. “Juventud, Cultura y Sociedad”. Biblos, Buenos Aires. 2003
 - Margulis, Mario; Urresti, Marcelo, Lewin Hugo y otros: “Familia, hábitat y sexualidad en Buenos Aires”. Biblos, Buenos Aires; 2007.
 - Mead, Margaret. “Macho y hembra”. Buenos Aires, Alfa, 1976.
 - Molina, María Elisa: “Transformaciones Histórico Culturales del Concepto de Maternidad y sus Repercusiones en la Identidad de la Mujer”. 2006. http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0718-22282006000200009&script=sci_arttext

- Obregón, Sonia. Tras las vetas de la investigación cualitativa. Perspectivas y acercamientos desde la práctica, ITESO, México, 1999.
- Oiberman, Alicia. "Historia de las madres en occidente: repensar la maternidad". Fuente:<http://www.palermo.edu/cienciassociales/psicologia/publicaciones/pdf/Psico5/5Psico%2009.pdf>
- Puleo, Alicia: "El patriarcado ¿una organización social superada?", Mujeres en red, 2005. www.mujeresenred.net
- Ratzinger, Joseph; Amato, Angelo (2004): "Carta a los obispos de la iglesia católica sobre la colaboración del hombre y la mujer en la iglesia y el mundo", en <http://www.aciprensa.com/familia/documentos>.
- Reguillo Cruz, Rossana: "Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto." Grupo Editorial Norma. 2000.
- Rössler, Augustine; Fanning, William, "La mujer"; en Enciclopedia Católica online; en: <http://www.encyclopediacatolica.com/m/mujer.htm>
- Saintout, Florencia "Jóvenes: el futuro llegó hace rato. Comunicación y estudios culturales latinoamericanos" 1ª ed. La plata, Universidad Nacional de La Plata, 2006.
- Sánchez, Elida Aponte y Femeninas, María Luisa. "Articulaciones sobre la violencia contra las mujeres". EDULP. 1º edición. La Plata, 2008.
- Scheper-Hughes, Nancy "La muerte sin llanto". Barcelona: Ariel, 1997
- <http://www.clarin.com/diario/2007/06/16/sociedad/s-06203.htm>
- Segato, Rita. "Las estructuras elementales de la violencia." Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2003.
- Torrado, Susana. "Historia de la familia en la Argentina moderna (1870-2000)" Ediciones de la Flor, Buenos Aires, año 2003
- Villareal Montoya, Ana Lucía: "Relaciones de poder en la sociedad patriarcal", Revista Electrónica "Actualidades Investigativas en Educación" Vol. 1. 2001 <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/447/44710106.pdf>
- "Paridad en el trabajo." Instituto social y político de la mujer. http://www.ispm.org.ar/paridad_trabajo/index_trabajo.html
- <http://www.clarin.com/diario/2007/06/16/sociedad/s-06203.htm>

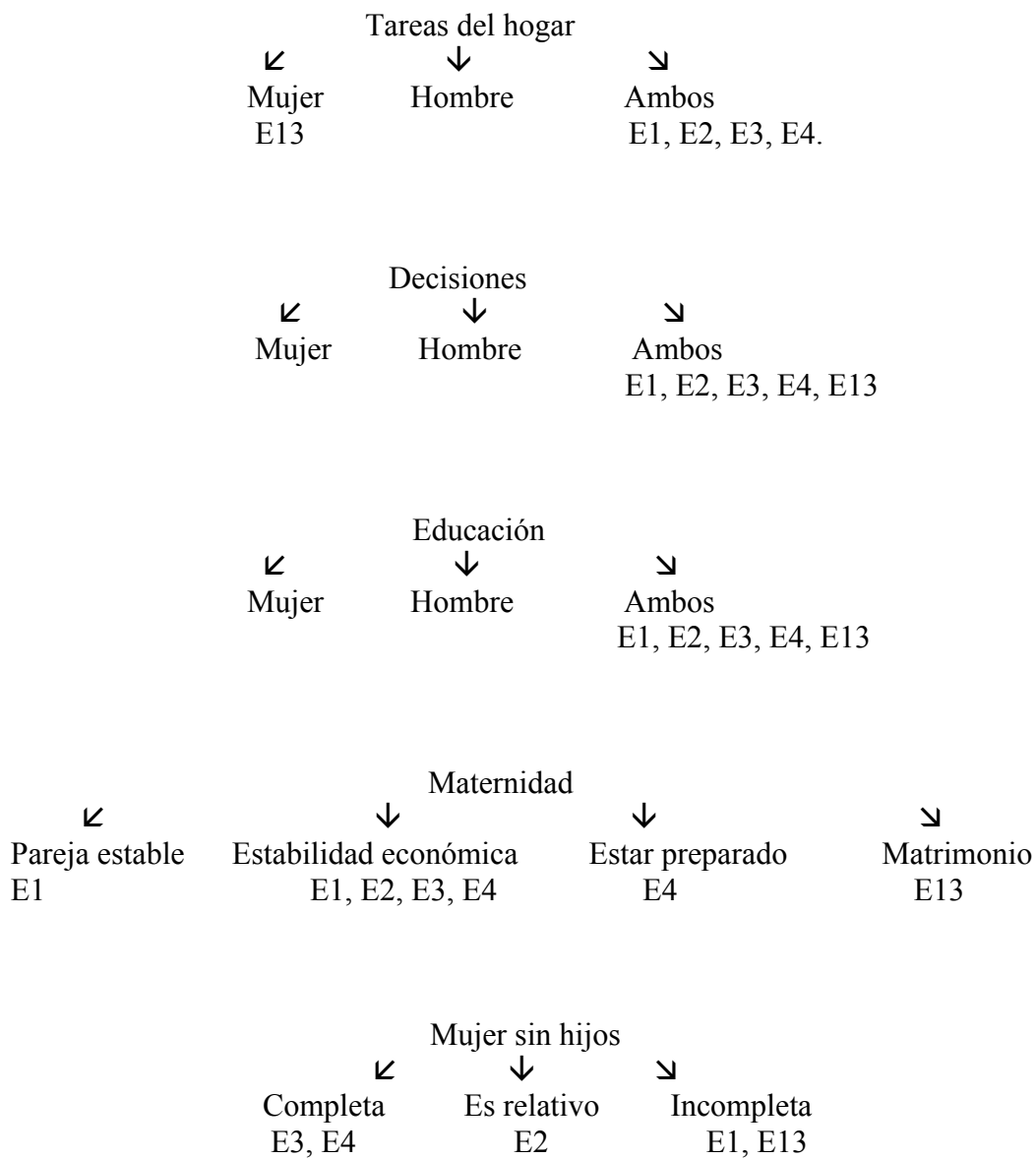
ANEXO I

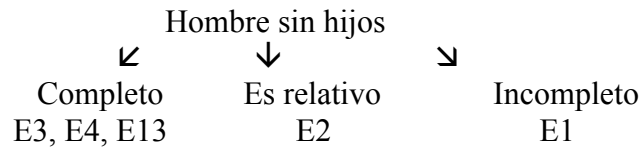
Grupo 1

SECTORES SUBALTERNOS “A”

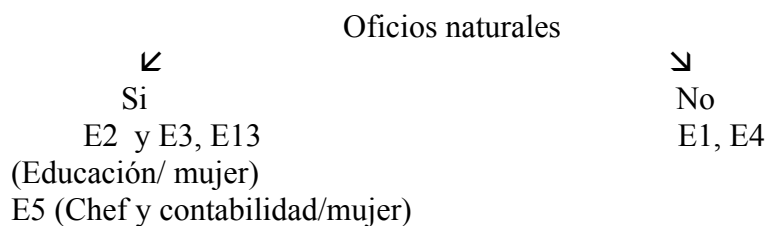
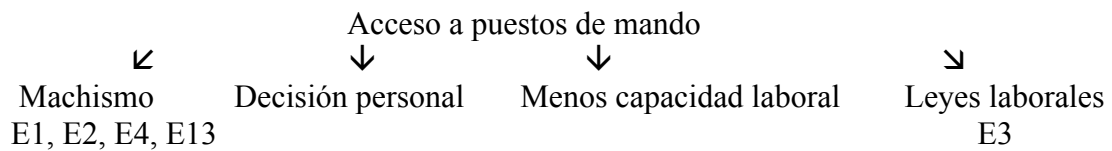
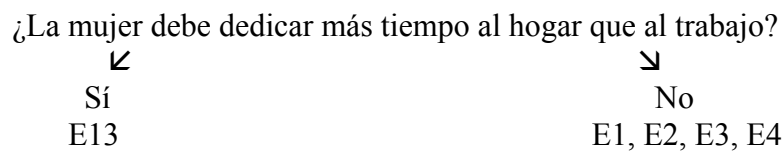
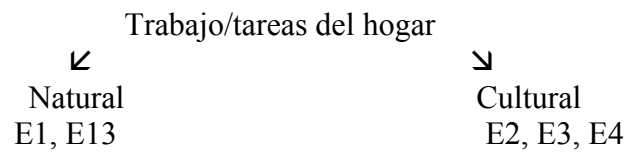
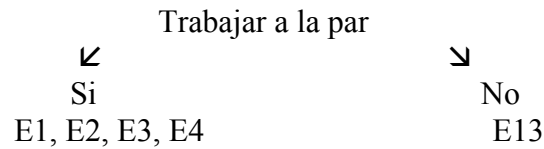
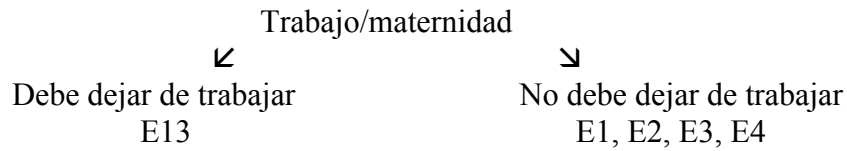
Matías (E1), Lucía (E2), Víctor (E3), Liliana (E4), Dámaris (E13).

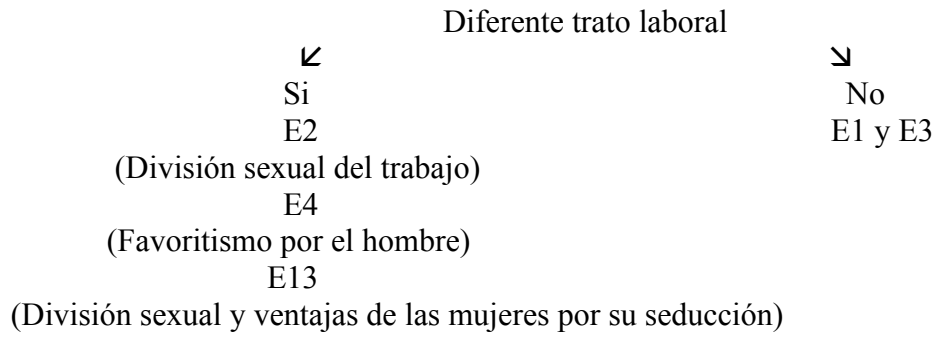
EJE HOGAR/FAMILIA



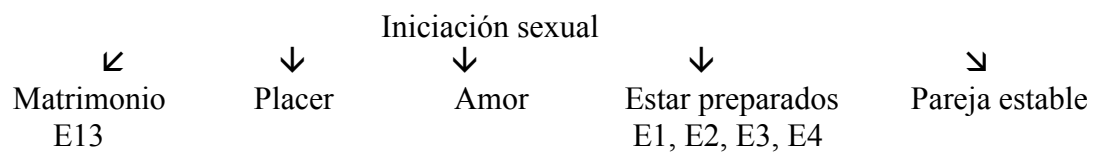
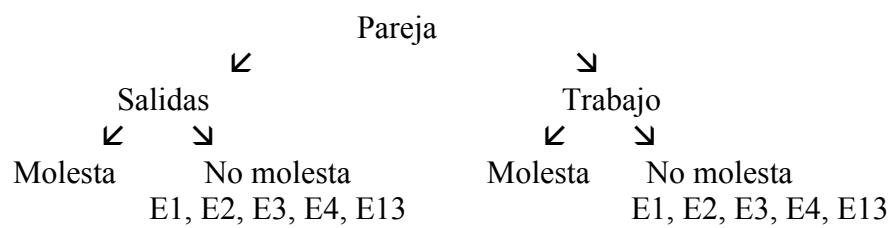
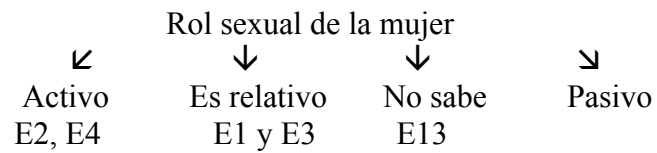
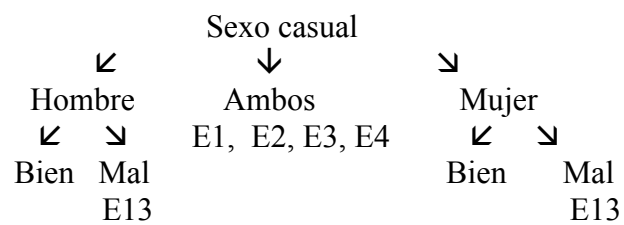


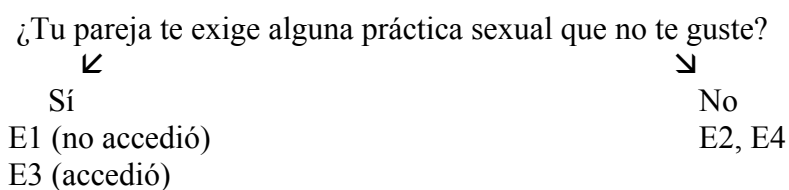
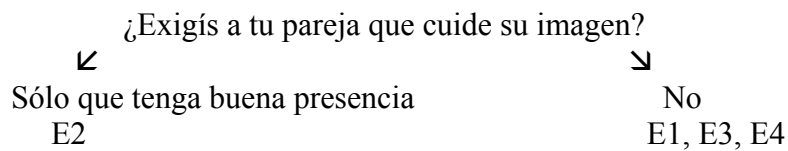
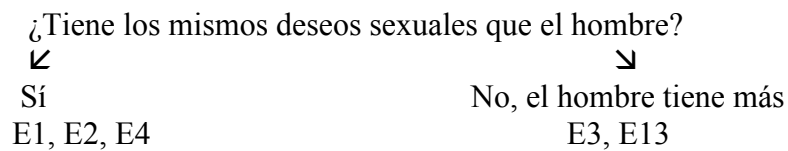
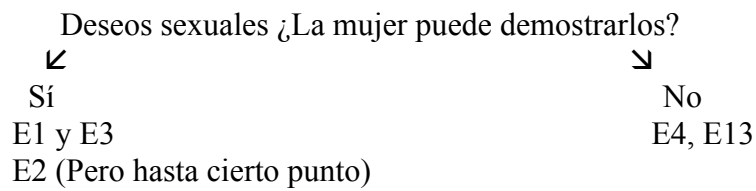
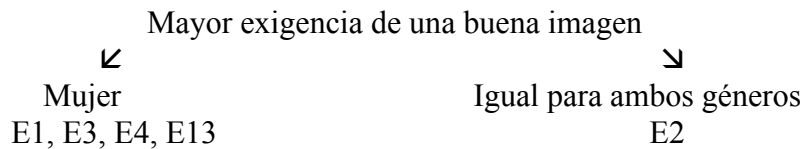
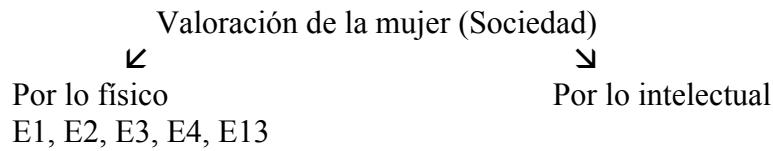
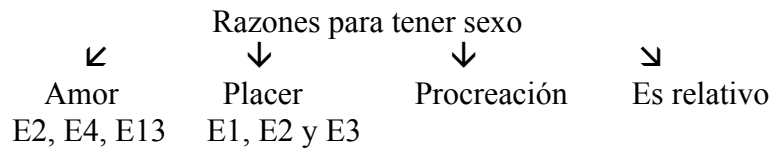
EJE TRABAJO

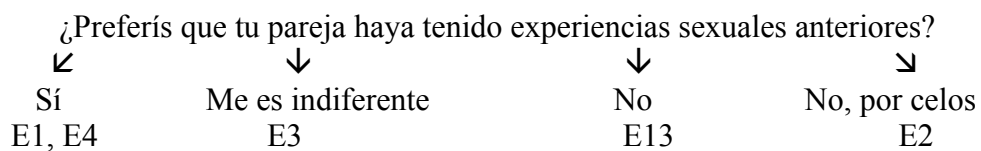
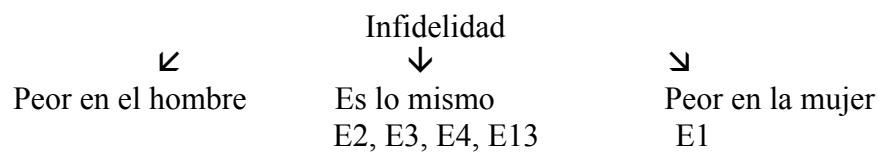
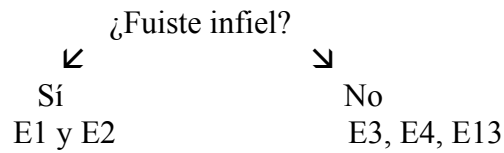
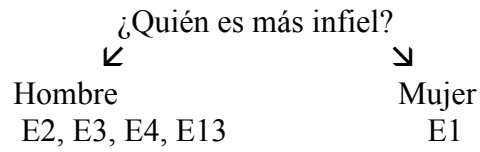




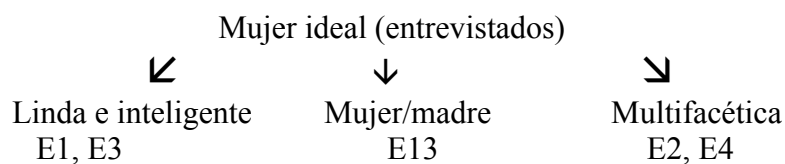
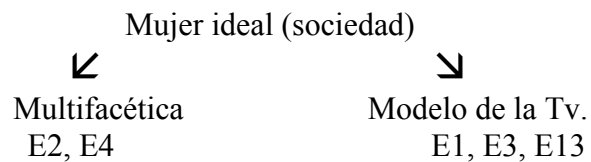
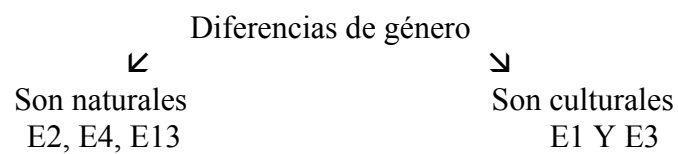
EJE SEXUALIDAD/PAREJA

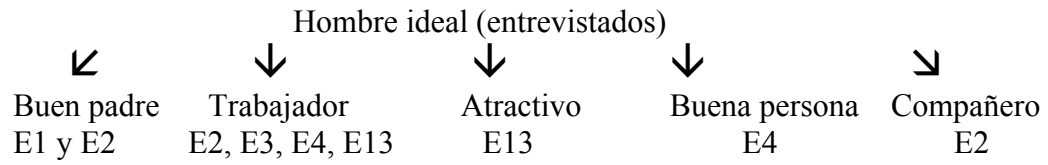






TEMAS GENERALES



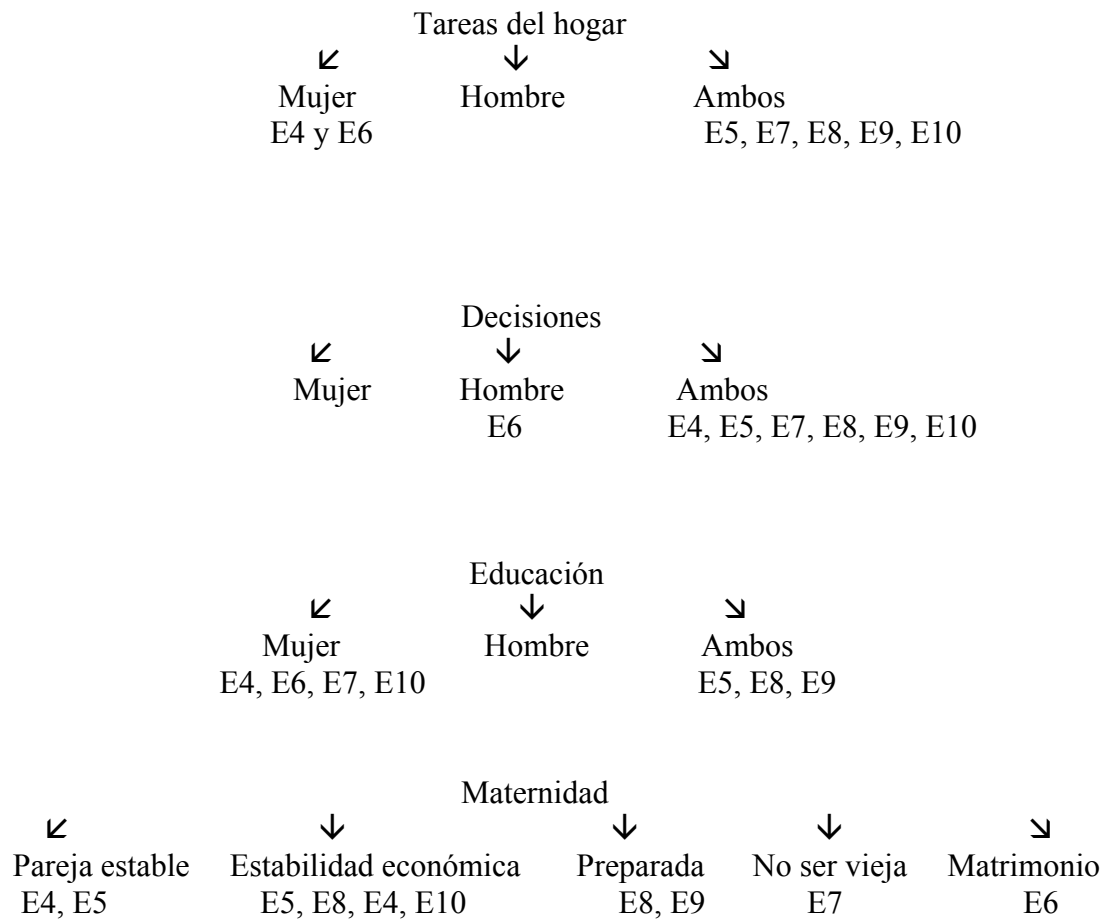


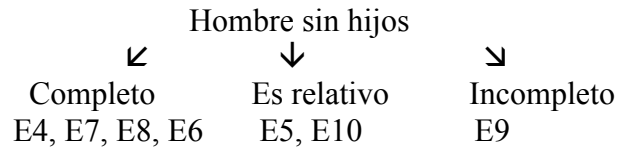
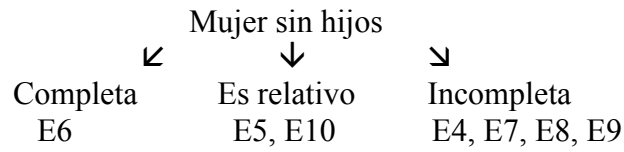
Grupo 2

SECTORES MEDIOS

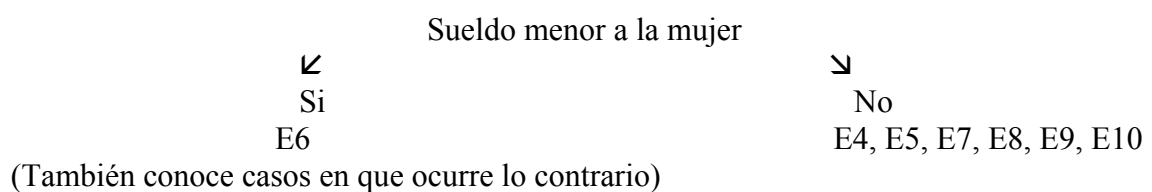
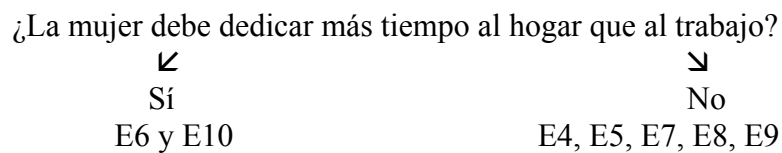
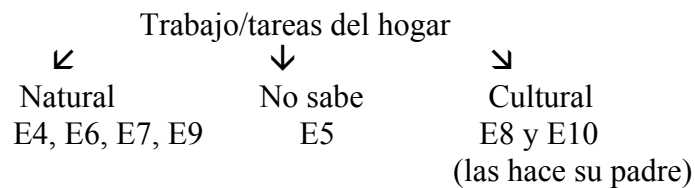
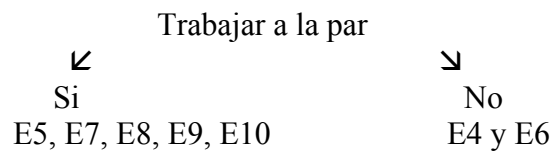
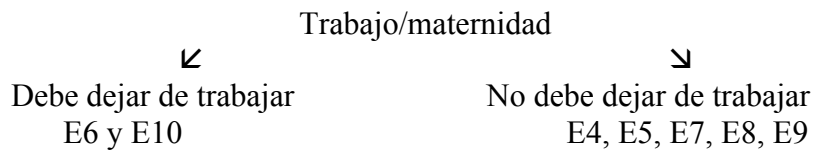
Virginia (E4), Julieta (E5), Martín (E6), María (E7), Gabriela (E8), Gonzalo (E9), Nicolás (E10)

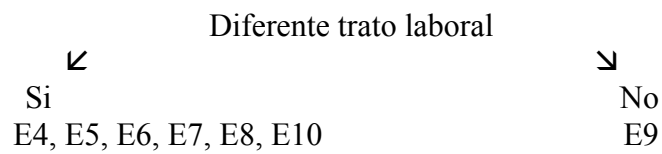
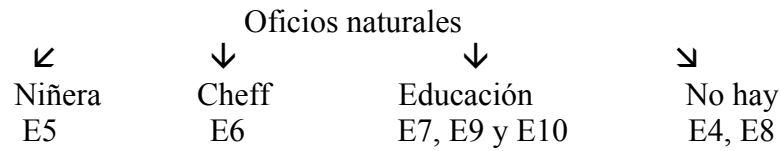
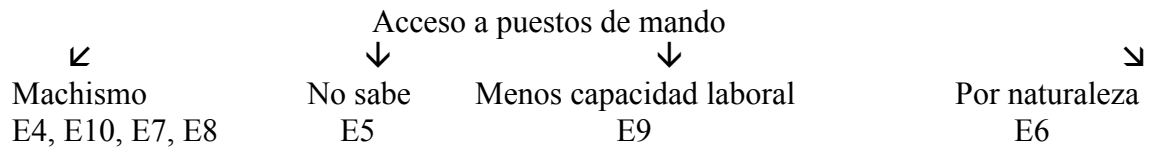
EJE HOGAR/FAMILIA



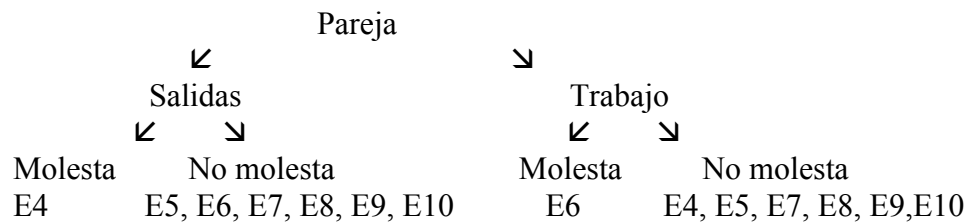
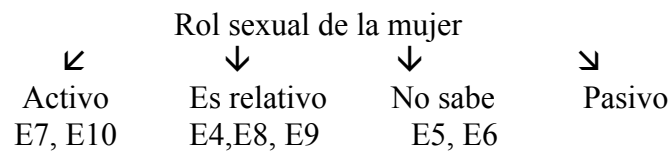
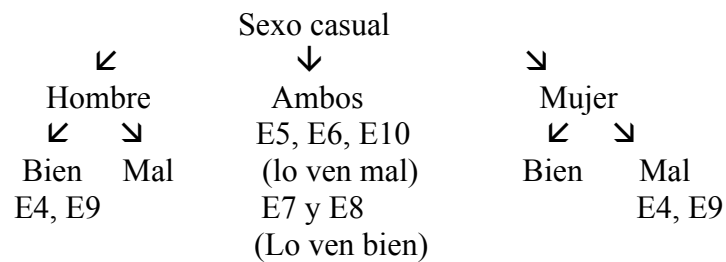


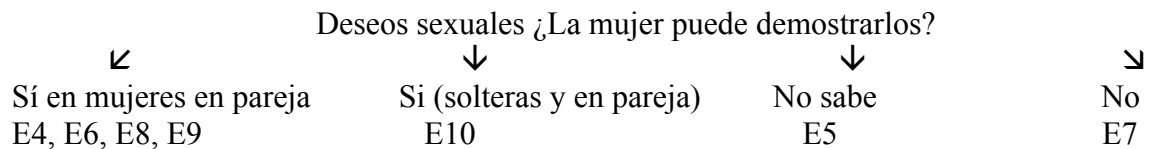
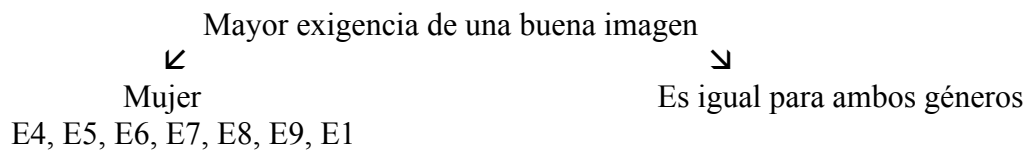
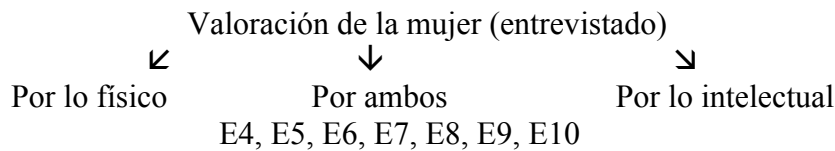
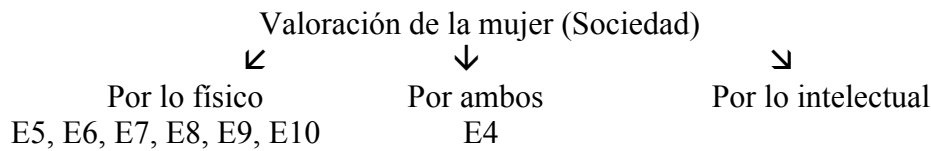
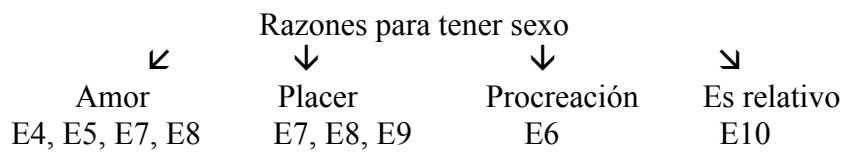
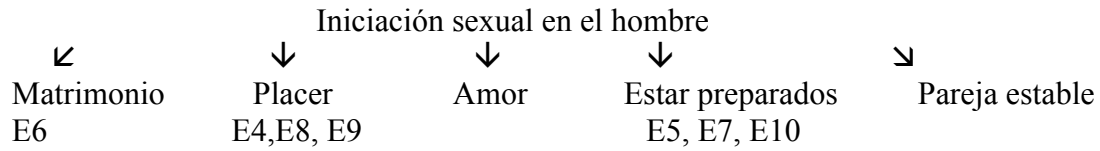
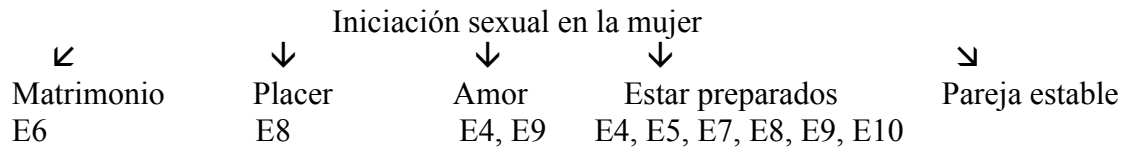
EJE TRABAJO





EJE SEXUALIDAD/PAREJA





¿Tiene los mismos deseos sexuales que el hombre?

↙
Sí

↓
No sabe
E5

↘
No, el hombre tiene más
E4, E6, E7, E8, E9, E10

¿Exigís a tu pareja que cuide su imagen?

↙
Sólo que tenga buena presencia
E4, E7

↘
No
E5, E6, E8, E9, E10

¿Tu pareja te exige alguna práctica sexual que no te guste?

↙
Sí
E9
(Si le gusta, lo hacen)

↘
No
E4, E5, E6, E7, E8, E10

¿Quién es más infiel?

↙
Hombre
E4, E8, E10

↓
ambos por igual
E5, E6, E7, E9

↘
Mujer

¿Fuiste infiel?

↙
Sí
E7, E9

↘
No
E4, E5, E6, E8, E10

Infidelidad

↙
Peor en el hombre

↓
Es lo mismo
E5, E7, E8, E10

↘
Peor en la mujer
E4, E6, E9

¿Preferís que tu pareja haya tenido experiencias sexuales anteriores?

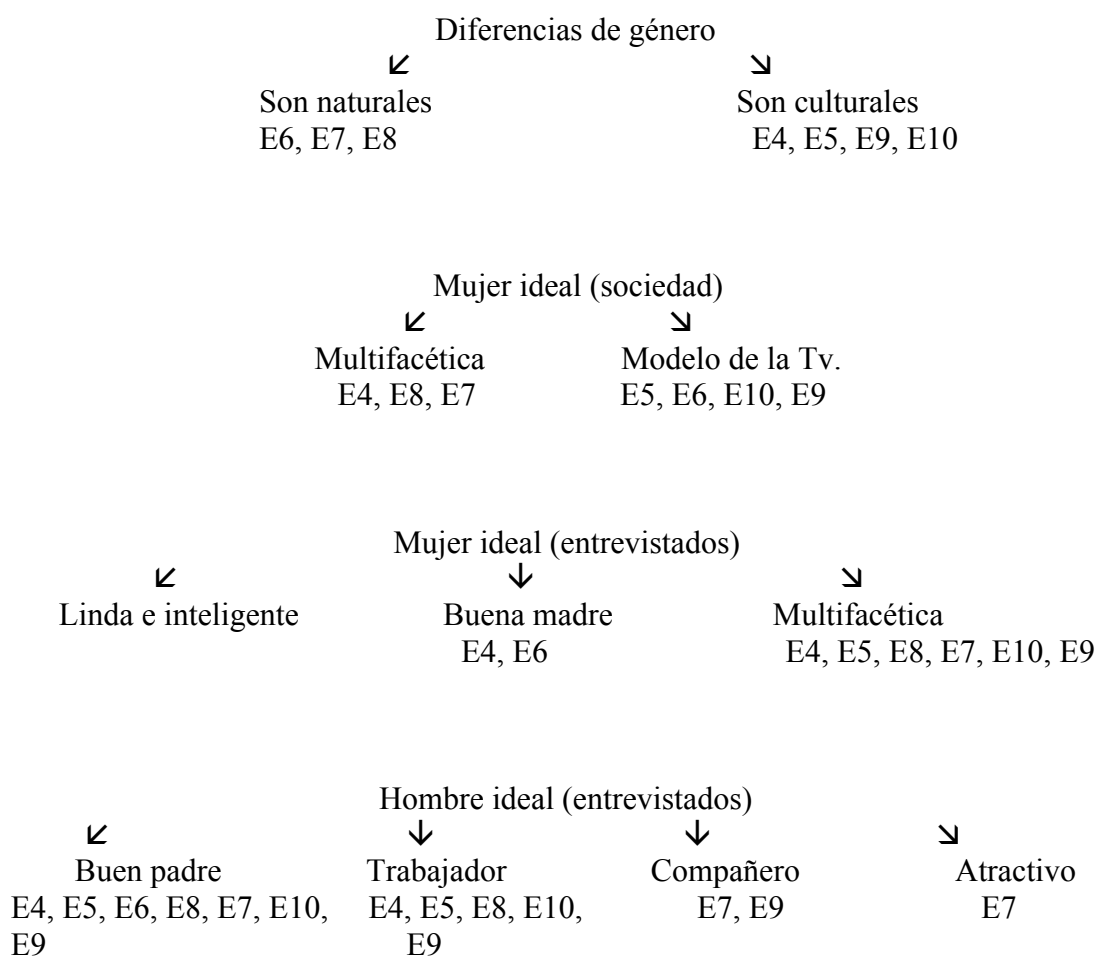
↙
Sí
E10

↓
Me es indiferente
E8, E9

↓
No, no me gusta que compare
E5

↘
No, por celos
E4, E5, E6, E7

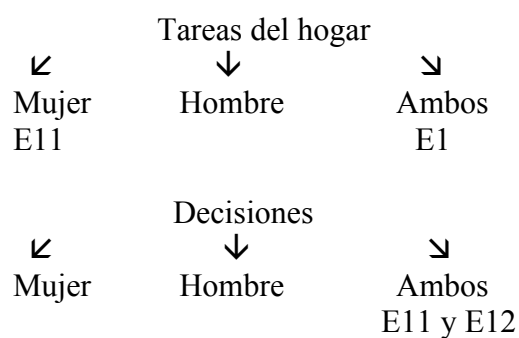
TEMAS GENERALES

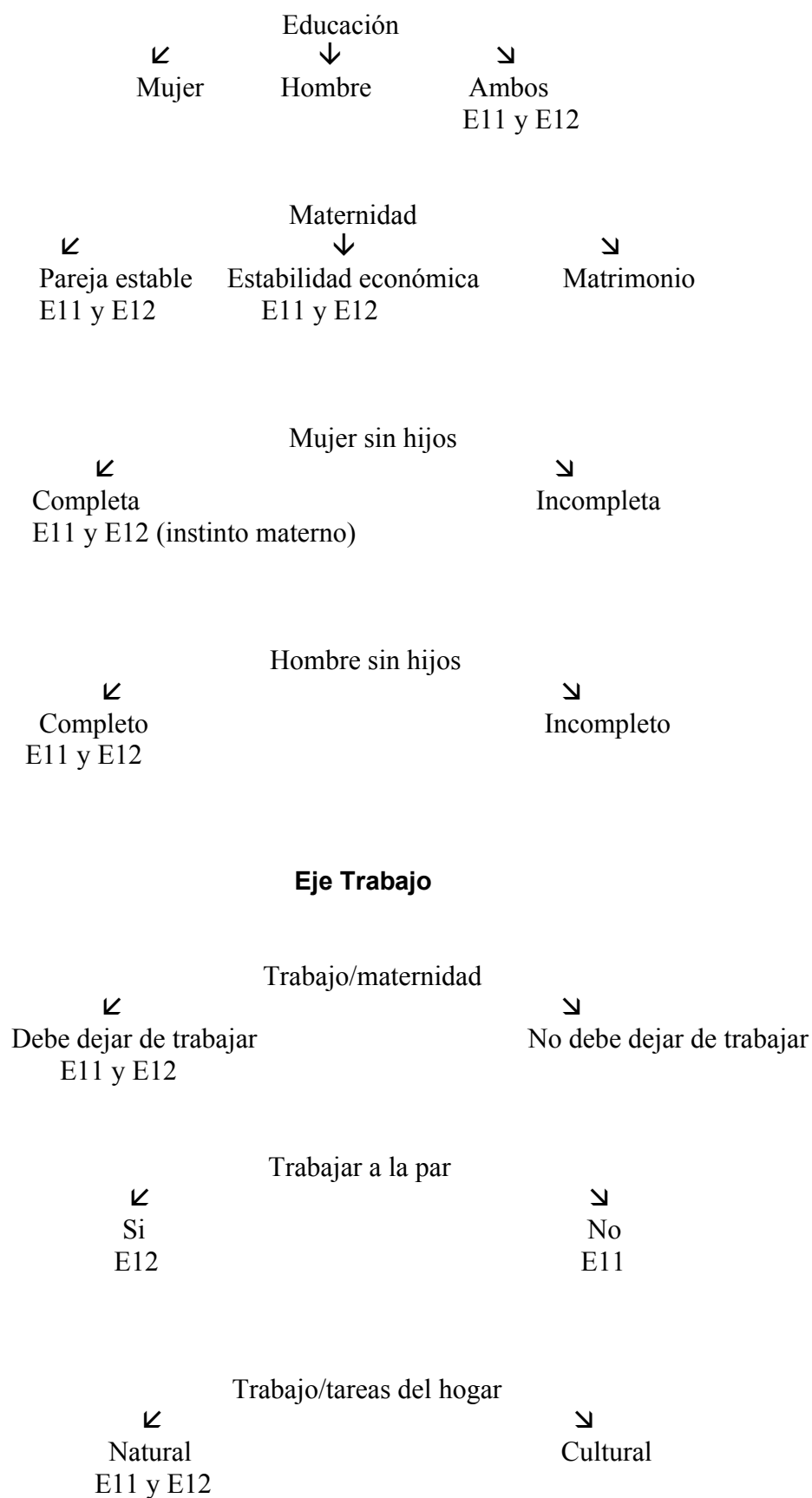


Grupo 3

SECTORES ALTOS:
Cintia (E11), Jorge (E12)

Eje Hogar/ Familia





¿La mujer debe dedicar más tiempo al hogar que al trabajo?

↙
Sí

↘
No
E11 y E12

Acceso a puestos de mando

↙
Machismo
E12

↓
Decisión personal
E11

↓
Menos capacidad laboral
E11

↘
Leyes laborales

Oficios naturales

↙
Si
E11 y E12
(Educación/ mujer)

↘
No

Diferente trato laboral

↙
Si
E11 Y E 12
(mejor trato entre igual género)

↘
No

EJE SEXUALIDAD/PAREJA

Sexo casual

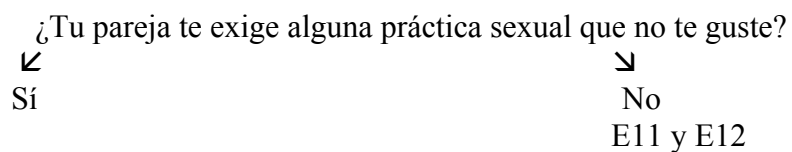
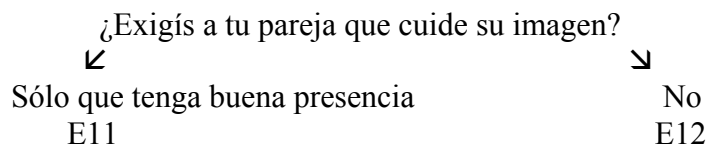
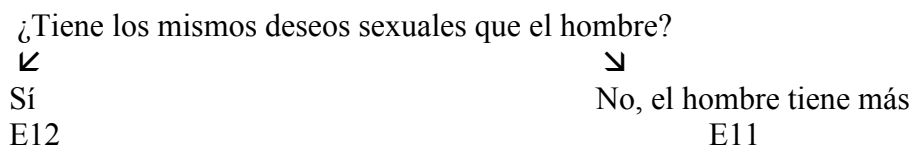
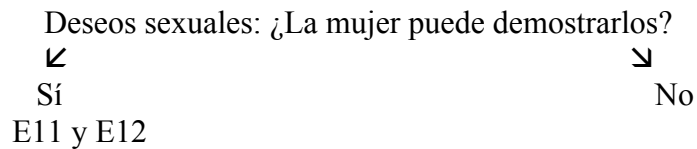
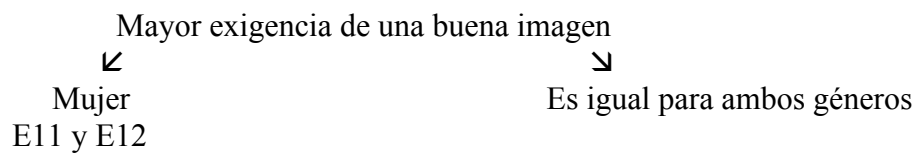
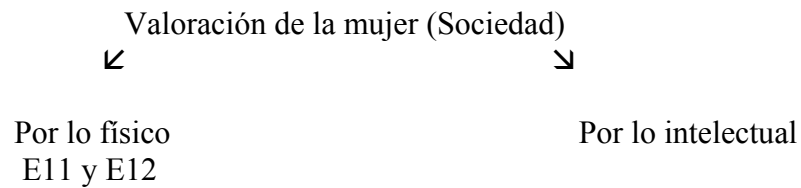
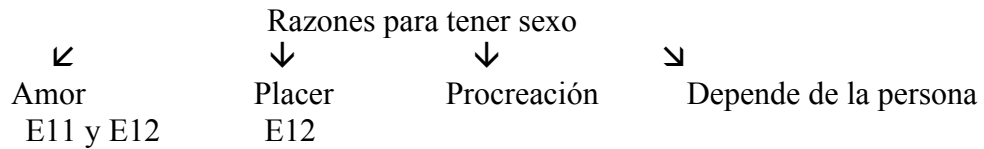
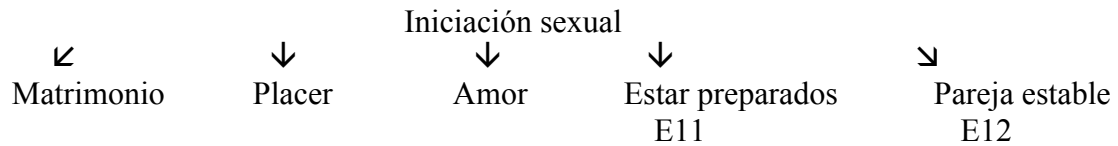
↙ ↘
Hombre Ambos Mujer
↙ ↘ ↙ ↘
Bien Mal E11 y E12 Bien Mal

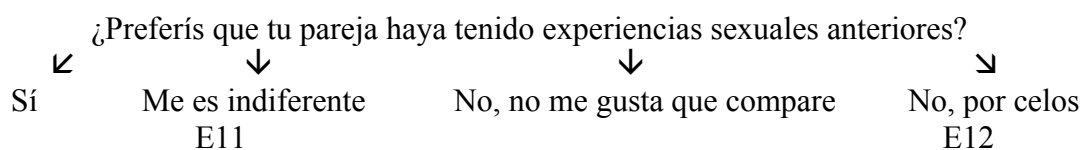
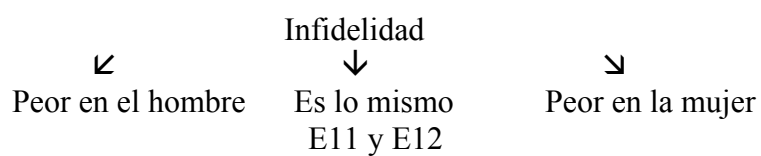
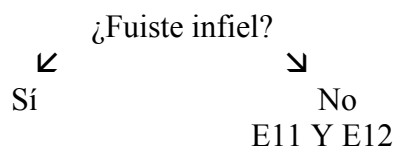
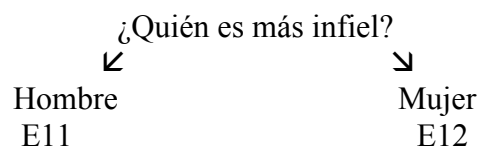
Rol sexual de la mujer

↙ ↘
Activo Pasivo
E11 y E12

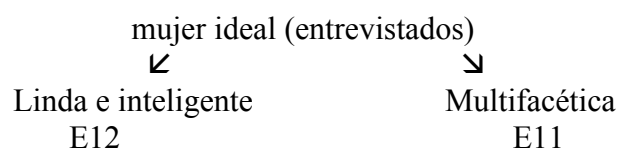
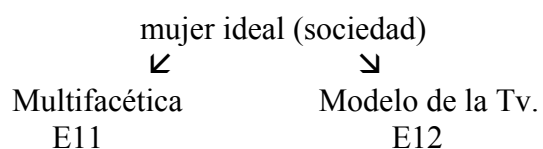
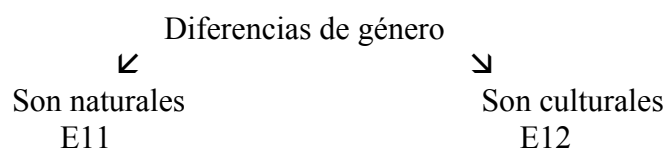
Pareja

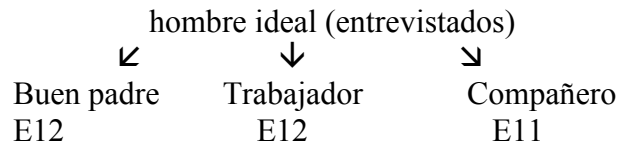
↙ ↘
Salidas Trabajo
↙ ↘ ↙ ↘
Molesta No molesta Molesta No molesta
E11 y E12





TEMAS GENERALES

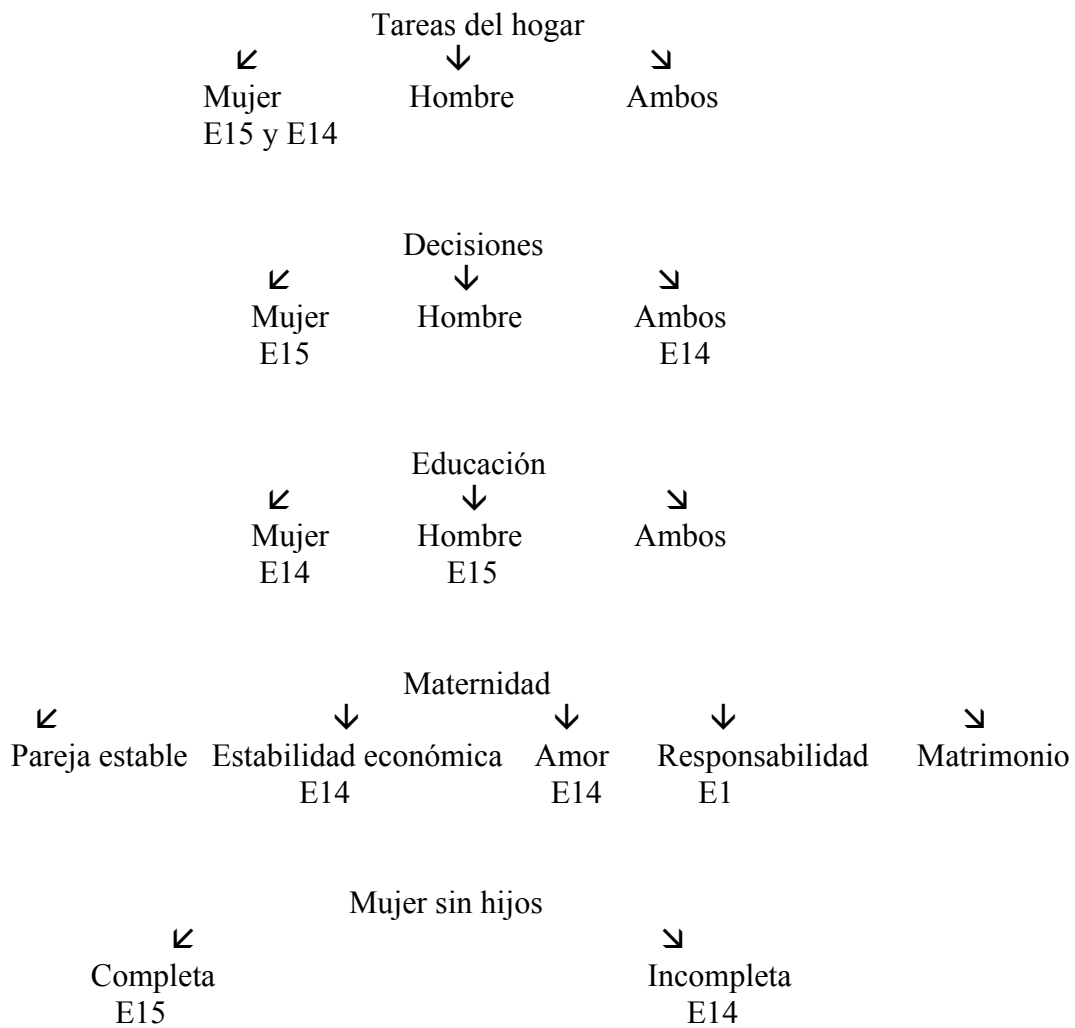


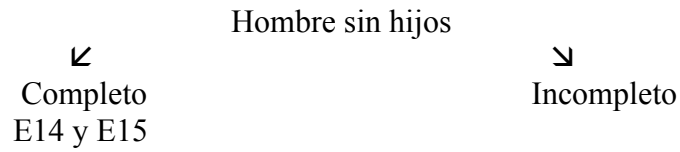


Grupo 6

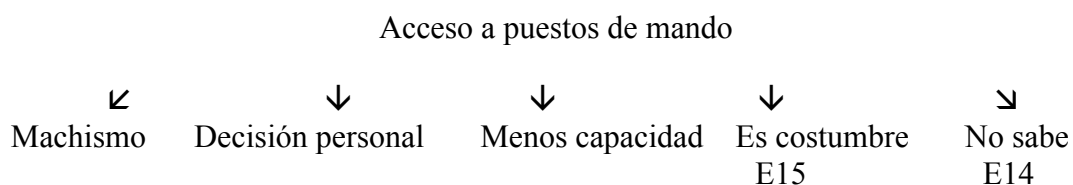
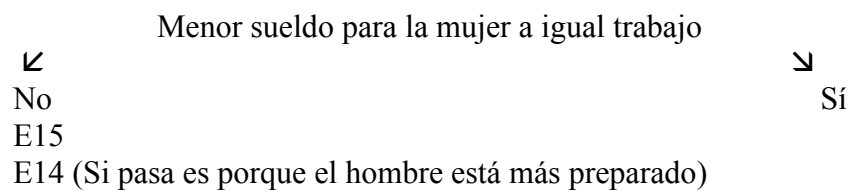
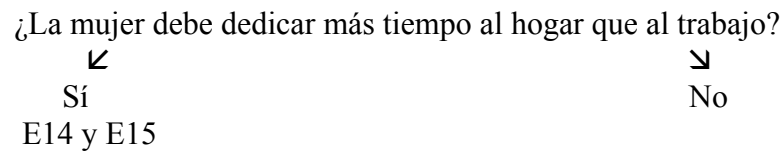
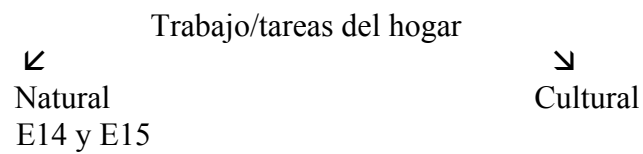
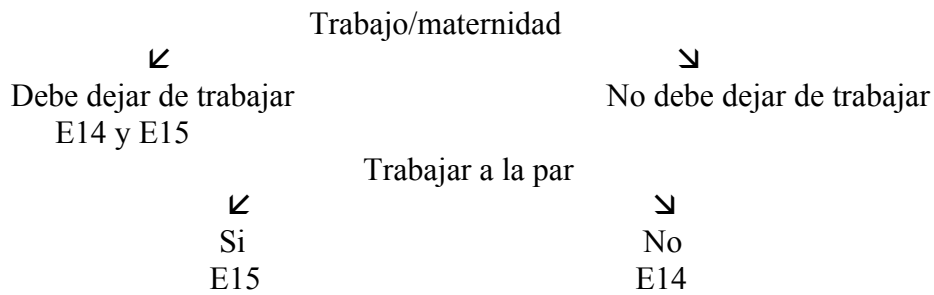
SECTORES SUBALTERNOS “B”
César (E14) y Juan (E15)

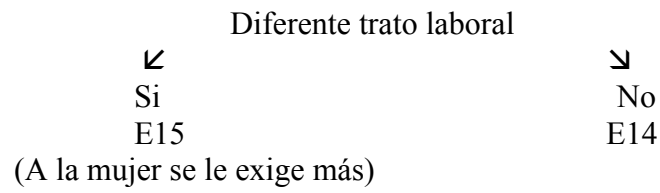
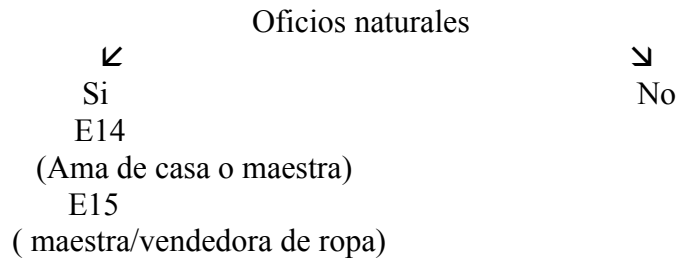
Eje Hogar/ Familia



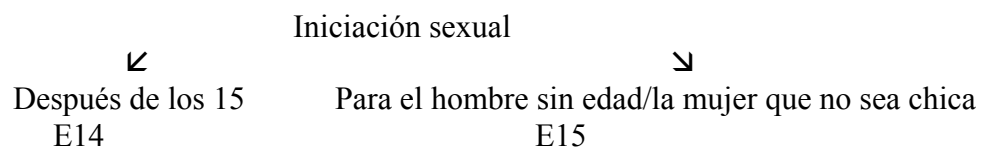
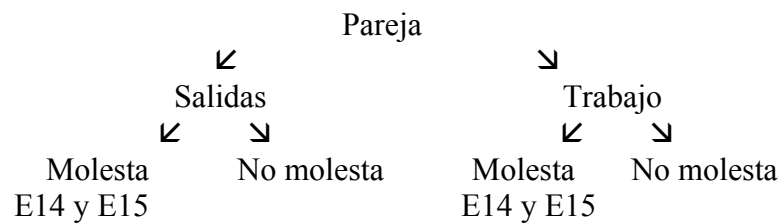
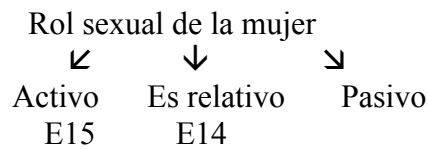
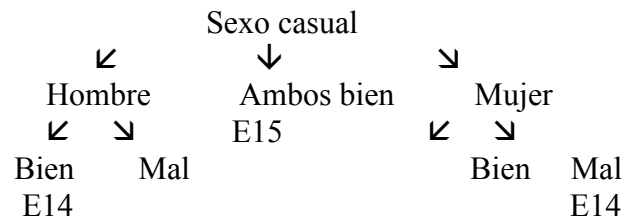


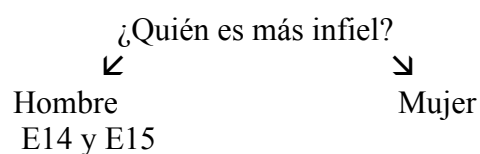
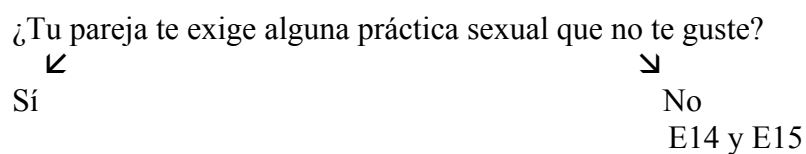
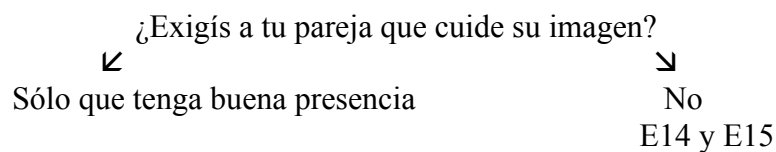
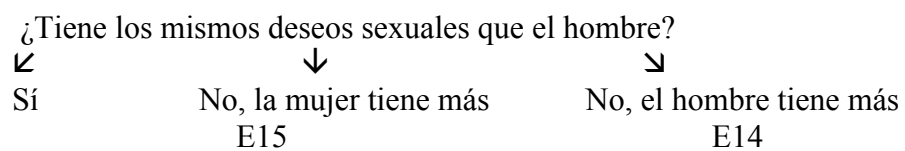
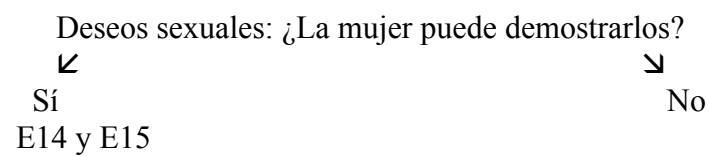
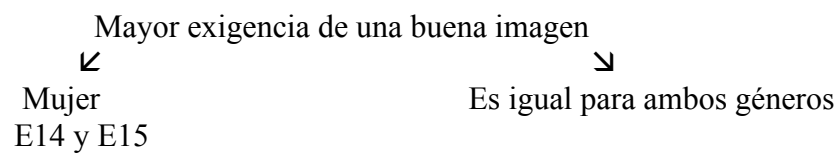
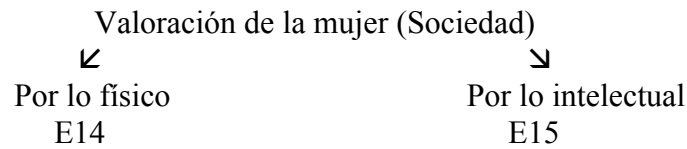
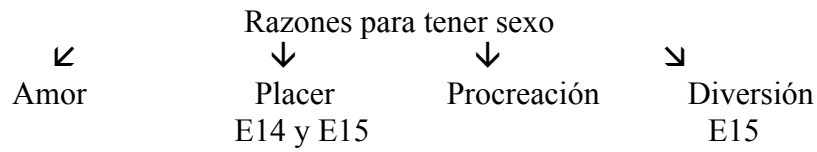
Eje Trabajo

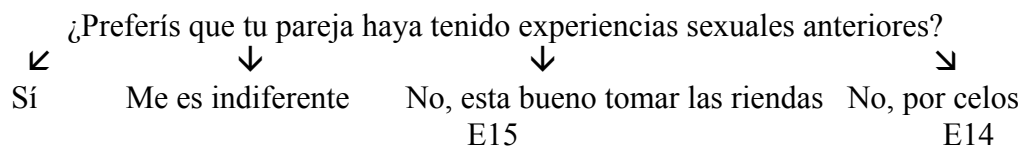
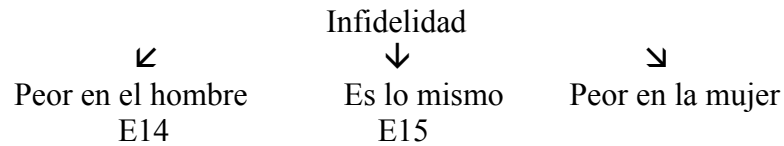
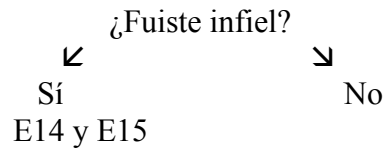




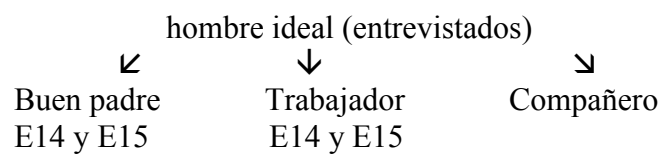
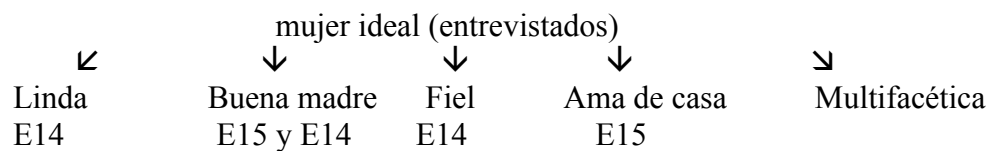
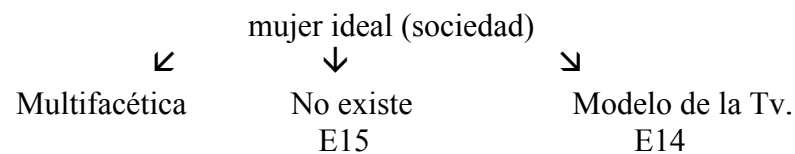
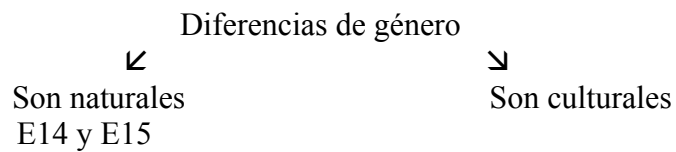
Eje Sexualidad/Pareja







TEMAS GENERALES

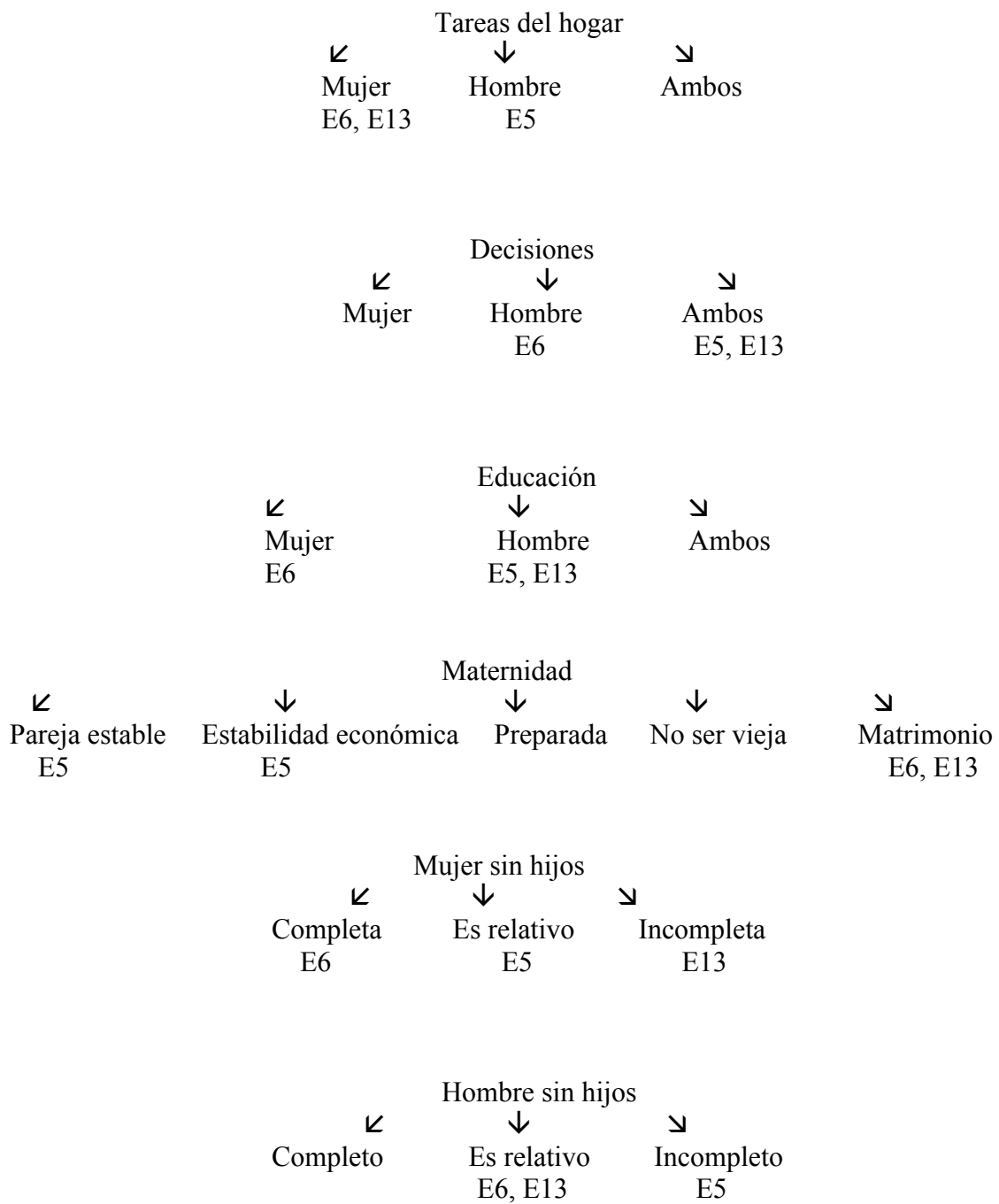


Grupo 5

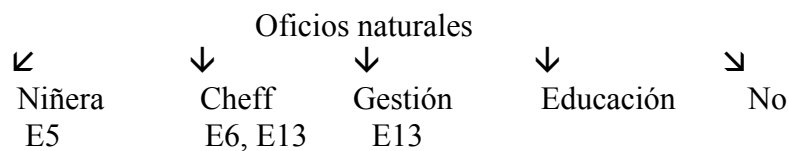
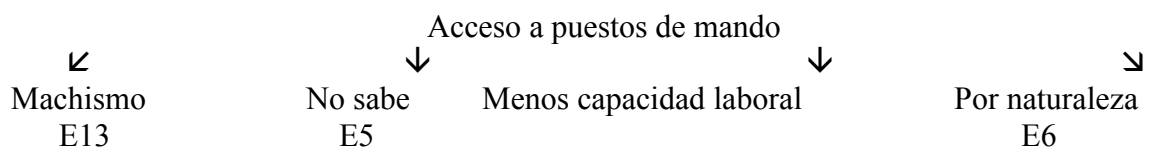
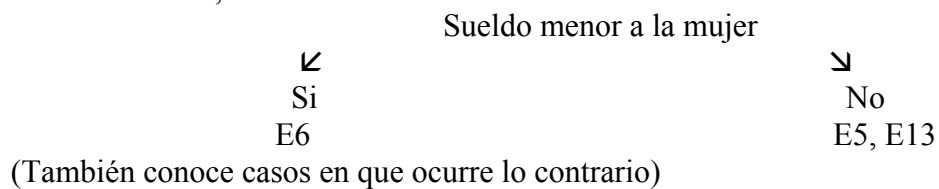
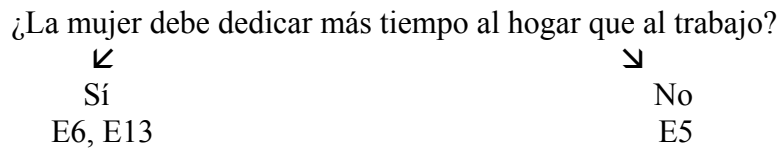
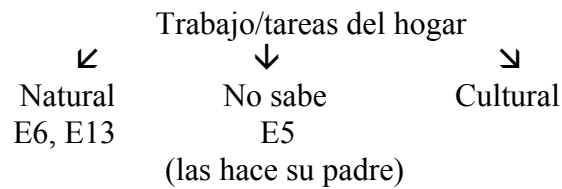
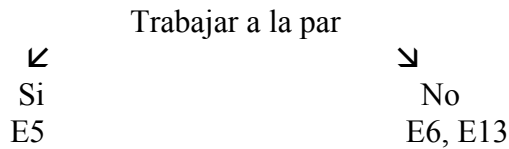
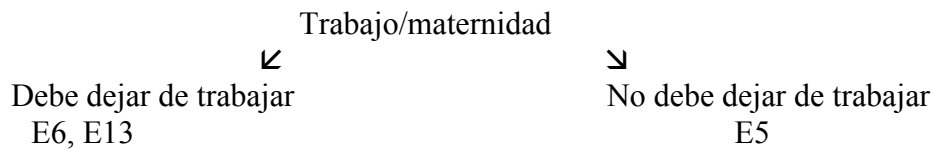
RELIGIOSOS:

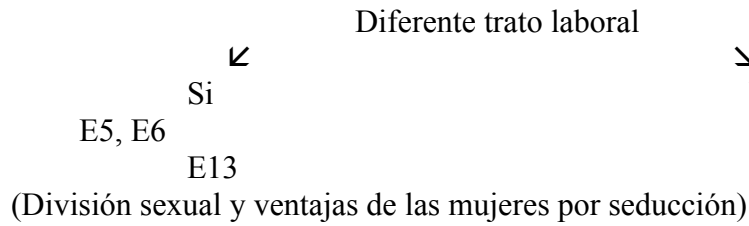
Julieta (E5) Martín (E6) y Dámaris (E13)

EJE HOGAR/FAMILIA

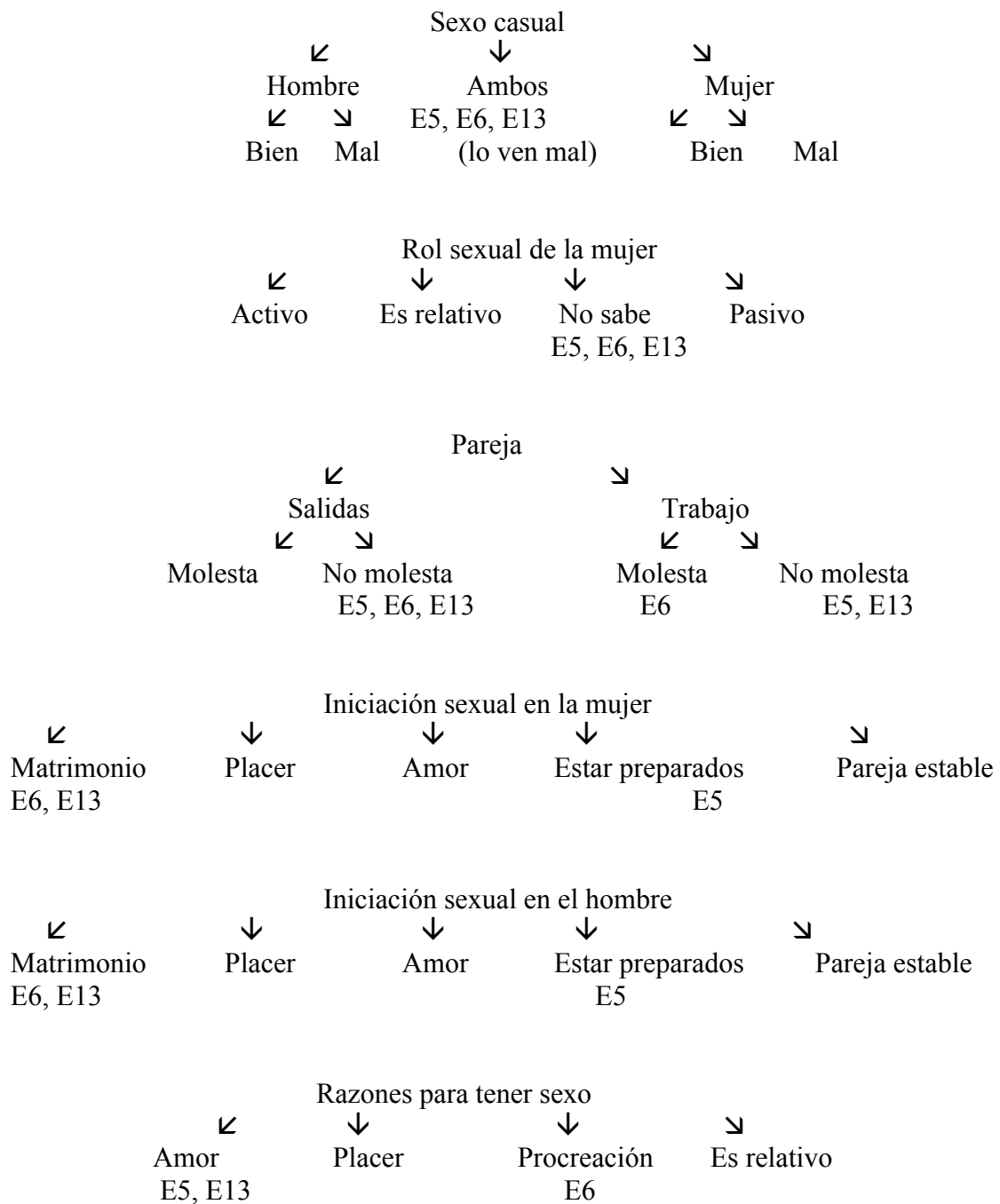


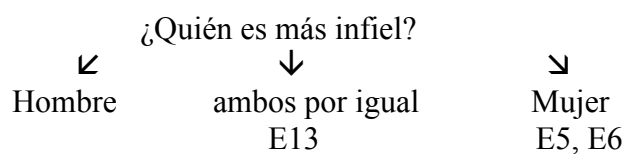
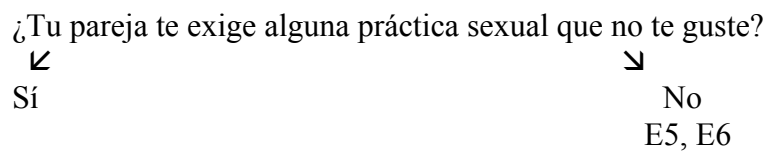
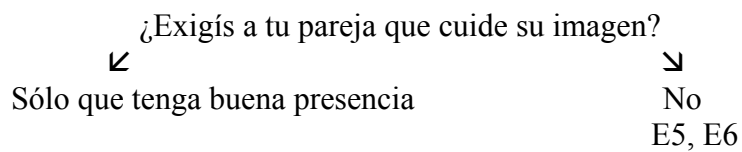
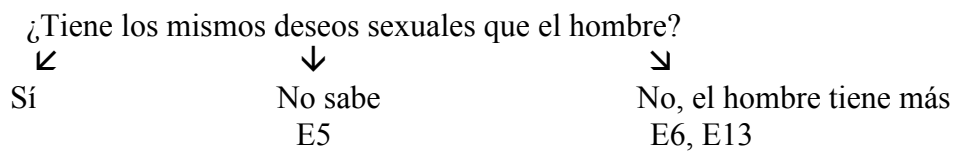
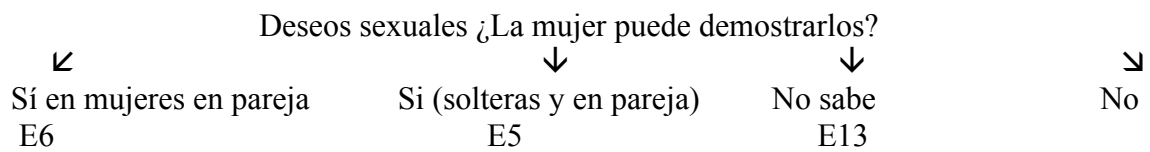
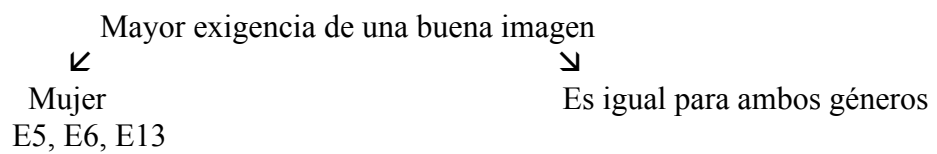
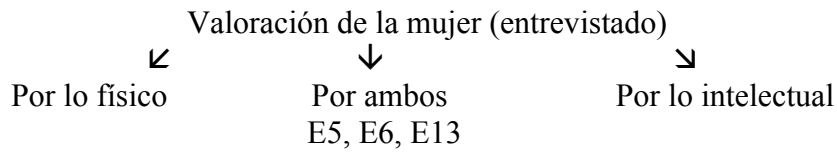
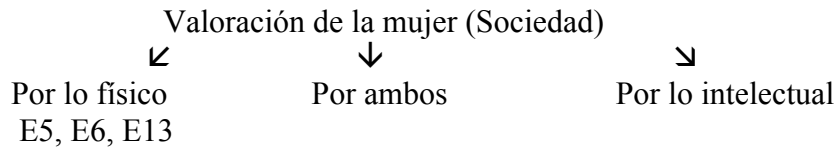
EJE TRABAJO

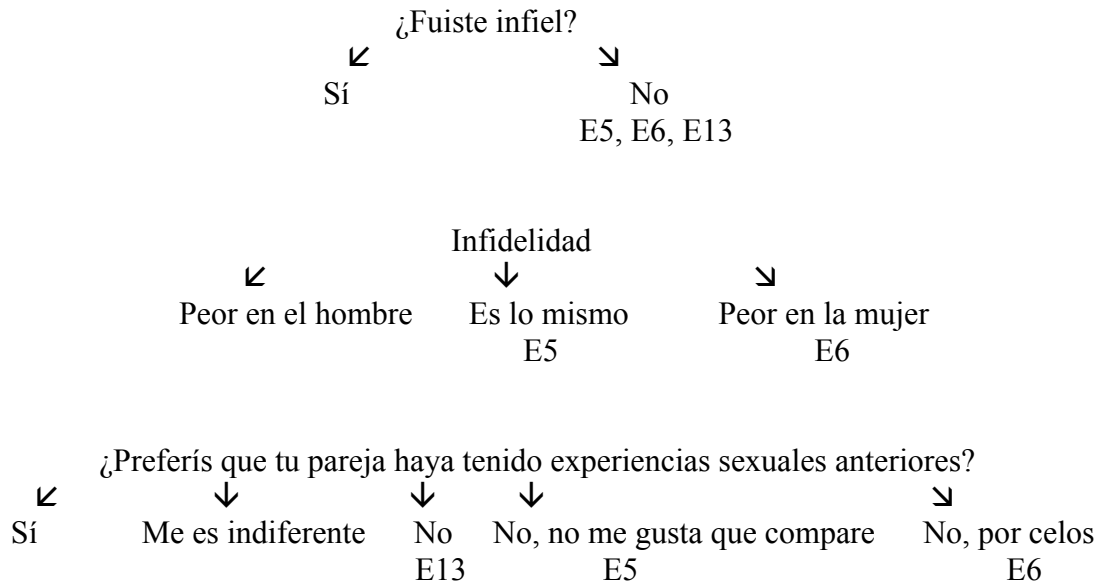




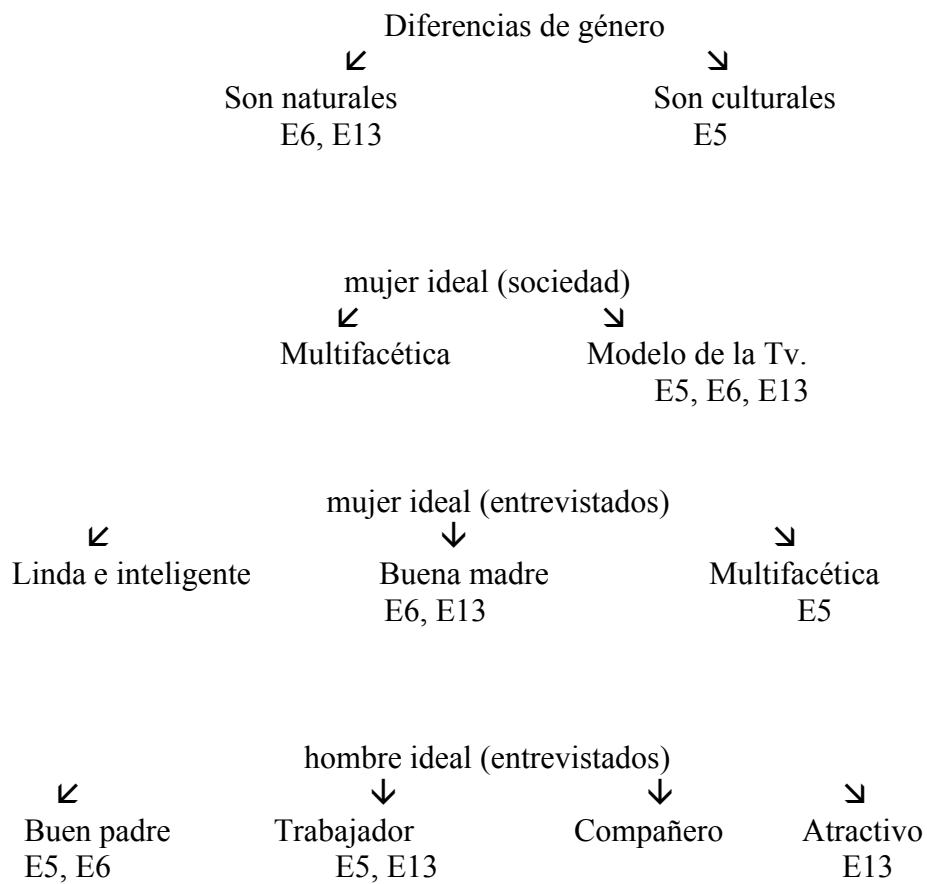
EJE SEXUALIDAD/PAREJA







TEMAS GENERALES

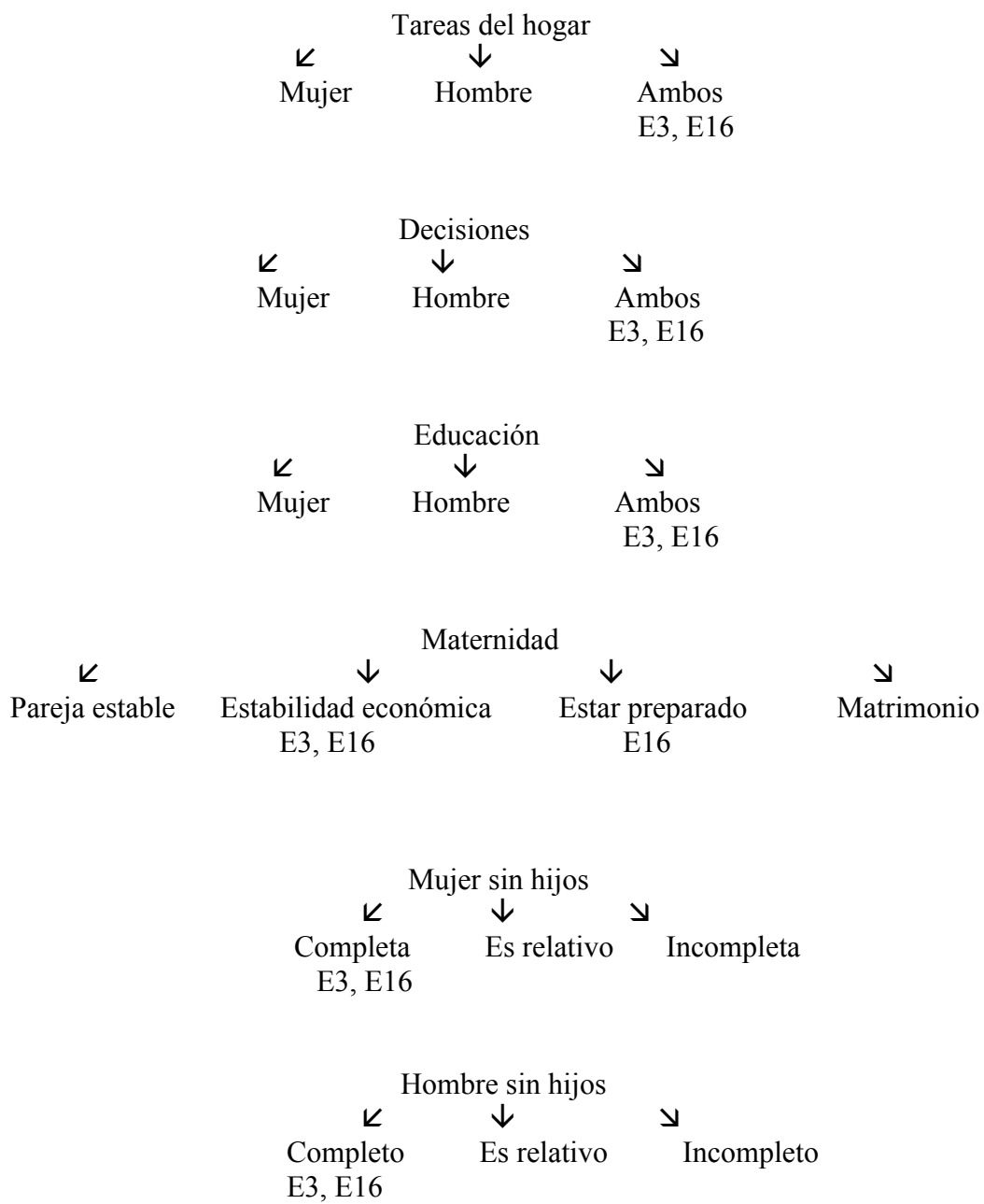


Grupo 4

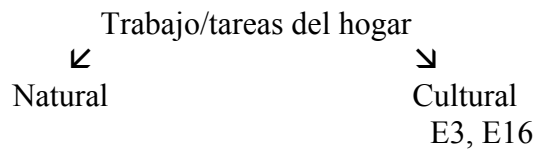
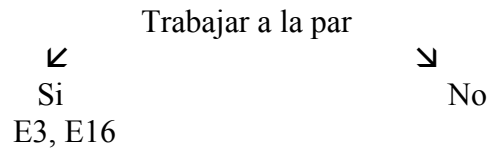
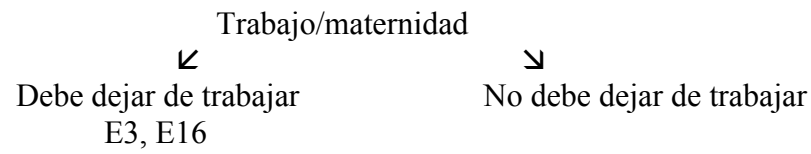
EXTRANJEROS

Victor (E3) y Liliana (E16)

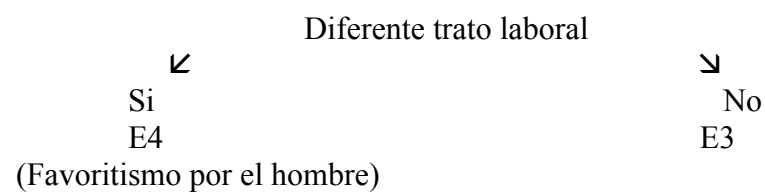
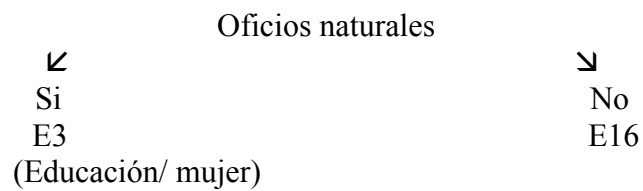
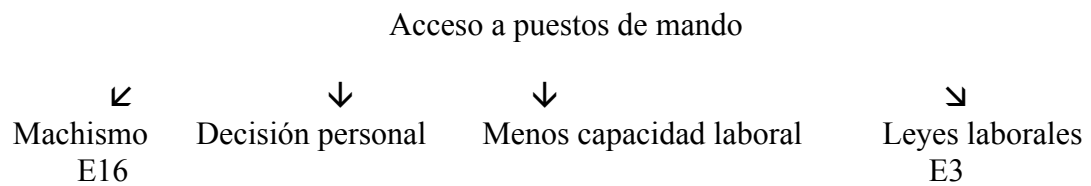
EJE HOGAR/FAMILIA



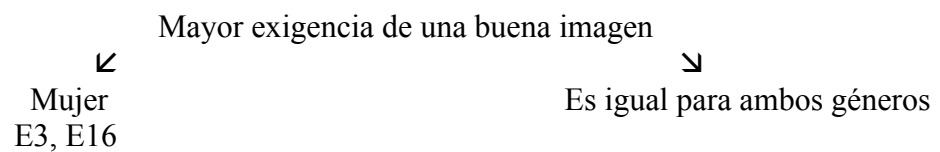
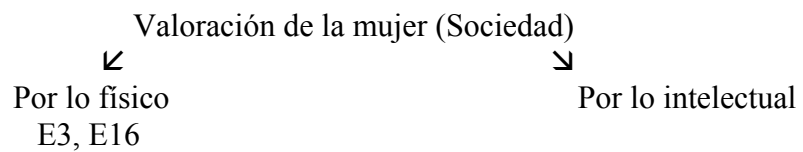
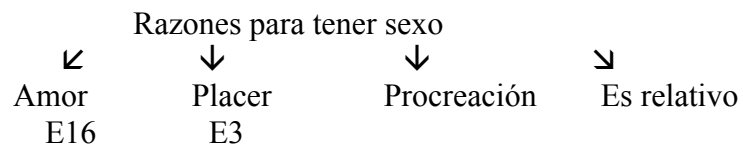
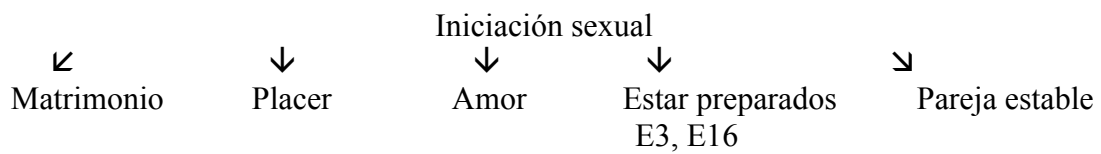
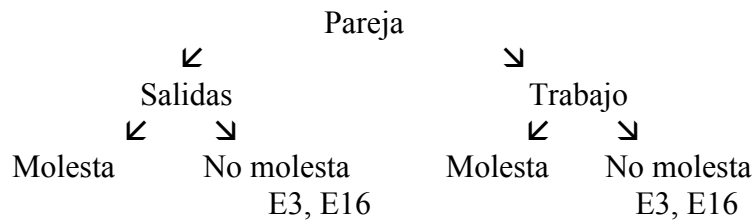
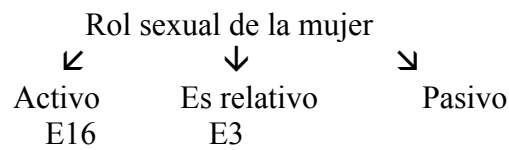
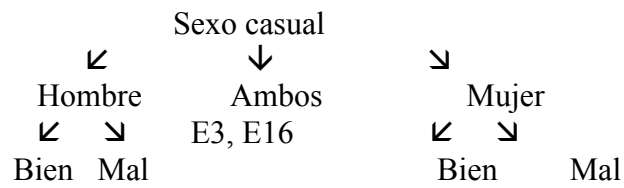
EJE TRABAJO



¿La mujer debe dedicar más tiempo al hogar que al trabajo?



EJE SEXUALIDAD/PAREJA



Deseos sexuales ¿La mujer puede demostrarlos?

↙
Sí
E3

↘
No
E16

¿Tiene los mismos deseos sexuales que el hombre?

↙
Sí
E16

↘
No, el hombre tiene más
E3

¿Exigís a tu pareja que cuide su imagen?

↙
Sólo que tenga buena presencia

↘
No
E3, E16

¿Tu pareja te exige alguna práctica sexual que no te guste?

↙
Sí
E3 (accedió)

↘
No
E16

¿Quién es más infiel?

↙
Hombre
E3, E16

↘
Mujer

¿Fuiste infiel?

↙
Sí

↘
No
E3, E16

Infidelidad

↙
Peor en el hombre

↓
Es lo mismo
E3, E16

↘
Peor en la mujer

¿Preferís que tu pareja haya tenido experiencias sexuales anteriores?

↙
Sí
E16

↓
Me es indiferente
E3

↓
No, no me gusta que compare

↘
No, por celos

TEMAS GENERALES

